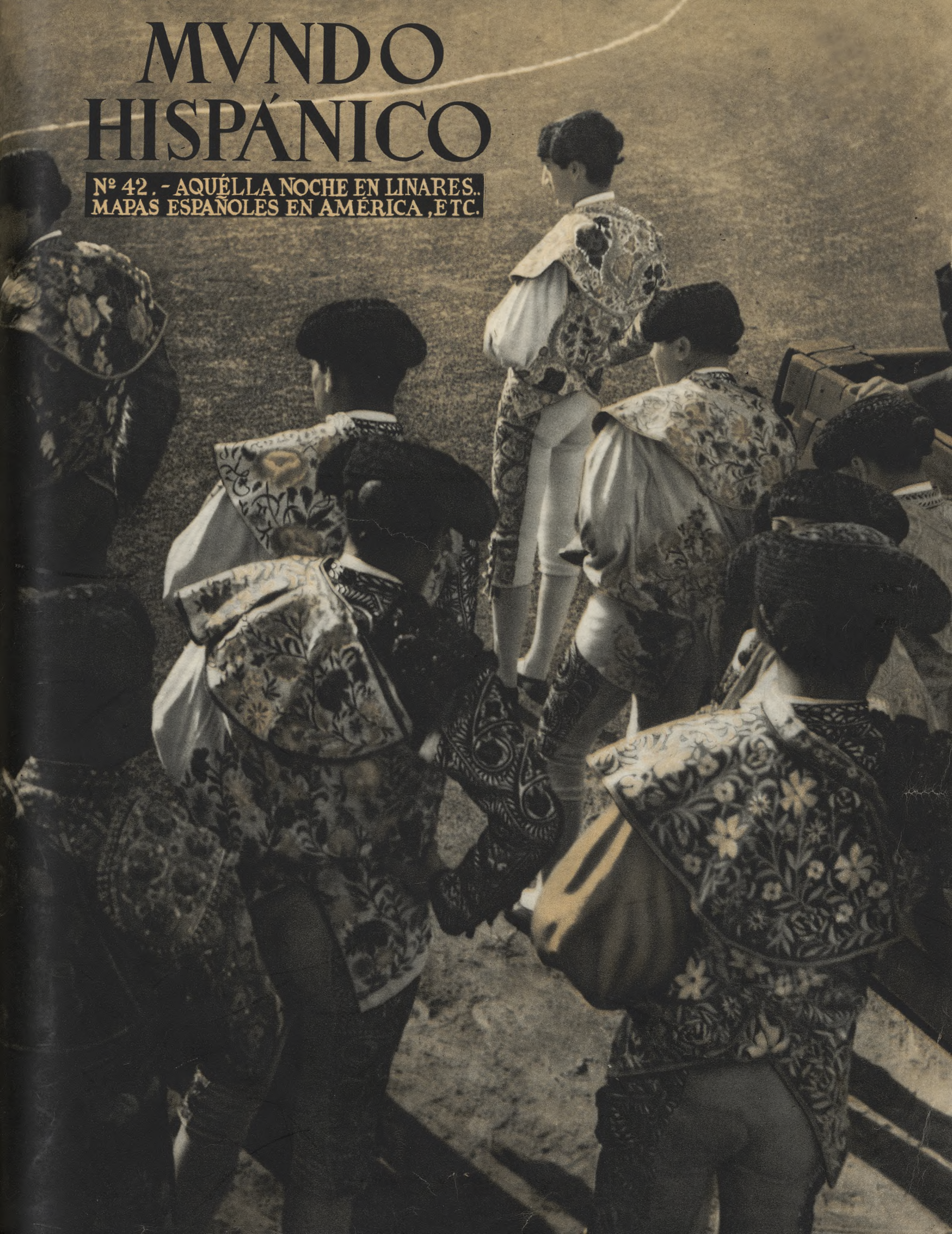
MVNDO HISPÁNICO

Nº 42. - AQUÉLLA NOCHE EN LINARES.. MAPAS ESPAÑOLES EN AMÉRICA, ETC.



LA DUQUESA DE AMBLADA HABLA EN LA HABANA DE ISABEL LA CATOLICA

Esta casa es la residencia de los Duques de Amblada, Marqueses de Tiedra, donde encuentran cordial acogida todos los españoles que visitan Cuba.

La Marquesa de Tiedra, dirigente de la Acción Católica cubana, en un momento de su charla en la Casa Cultural sobre «Isabel la Católica».

En los salones de la Casa Cultural y bajo los auspicios de la sección «Una Hora en la Biblioteca», ofreció, con el título «Isabel la Católica, feminista», una interesantísima charla la excelentísima señora doña Leticia de Arriba, Duquesa de Amblada y Marquesa de Tiedra, Presidenta que fué del Comité de Damas Nacionalista Español durante la guerra de liberación española y Gran Cruz de la Cruz Roja Española. La distinguida dama cubana hizo un cálido y meditado elogio de la primera reina de América, que «encarna—dijo—el más puro y completo feminismo que mujer alguna haya desarrollado en la vida, y, como gloria de una raza respetada en todo el mundo, fué vanguardista de ideas democráticas y precedesora de la mujer feminista del Nuevo Mundo». «Fué Isabel la Católica —añadió—antorcha de luz que iluminó la América y sembró la simiente de la mujer fuerte de que nos habla el Antiguo Testamento al crearse la nueva generación de mujeres americanas que iban a poblar con ideas renovadoras las tierras vírgenes del Nuevo Continente.» Entre los asistentes a la conferencia, a la que asistió la mejor intelectualidad cubana, figuró el Encargado de Negocios de España, don Germán Baráibar.

Entre otras condecoraciones, la Duquesa de Amblada posee la Gran Cruz Dama Banda Azul de la Orden de Santa Elena y la Gran Cruz de la Orden del Santo Sepulcro. La excelentísima señora doña Leticia de Arriba es también Comendadora de la Cruz Roja Cubana.

INDUSTRIA EXTREMEÑA DEL CAUCHO

ARTICULOS DE GOMA PARA ESCRITORIO

GOMAS DE BORRAR - ANILLOS Y BANDAS - ESPONJEROS - DEDALES
CUENTAPAPELES - LIMPIATIPOS - AMORTIGUADORES PARA SELLOS
VADES PARA MESAS, ETC.

APARTADO 109 -:- BADAJOZ -:- TELEFONO 1392

LEYLAND MOTORS LTD.

MOTORES INDUSTRIALES Y MARINOS - CAMIONES PARA MERCANCIAS Y PASAJEROS - GRUPOS GENERADORES

TURNER MANUFACTURING CO. LTD.

TRACTORES AGRICOLAS DIESEL 40 HP.

Representantes exclusivos para España:

LEYLAND IBERICA, S. A.

Tomás Bretón, 10 -:- Teléfono 28 04 07 -:- MADRID

Una noticia...

... que Vd. esperaba hace tiempo era poder coleccionar esta Revista en una encuadernación lujosa, digna de su contenido.

MVNDO HISPANICO

ha editado tapas para las colecciones de los años 1948, 1949 y 1950, en solidísima confección en tela con estampaciones en oro, al precio excepcional de 60 ptas. el juego.

PARA NUESTROS SUSCRIPTORES: 50 PESETAS.

PEDIDOS AL SR. ADMINISTRADOR DE MVNDO HISPÁNICO - ALCALÁ GALIANO. 4 MADRID (ESPAÑA)

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

PRESIDENTE DEL CONSEJO EDITORIAL:
ALFREDO SANCHEZ BELLA

DIRECTOR:
MANUEL JIMENEZ - QUILEZ

REDACTOR-JEFE:
MANUEL SUAREZ - CASO

NUM. 42-SEPTIEMBRE 1951-AÑO IV-15 PTS.

SUMARIO

	Págs.
Portada: MANOLETE EN LA PLAZA («foto» Müller)	1
LOS LECTORES TAMBIEN ESCRIBEN y ESTAFETA	4
MANIFIESTO A AMERICA EN EL CENTENARIO DE ISABEL, por Ernesto Giménez Caballero, y TABLONCILLO	5
CUADRO DE LA MOSCA	7
EL CATOLICISMO, TEMA CINEMATOGRAFICO, por Pascual Cebollada	8
TIERRA DE CAMPEONES, por Juan Peñafiel Alcázar	14
OCHO «FOTOS» ANTOLOGICAS DE MANUEL RODRIGUEZ («fotos» Müller, Lara, Santos Yubero, Contreras, de Madrid, y Ricardo, de Córdoba)	17
AQUELLA NOCHE EN LINARES ..., por Antonio Díaz Cañabate	19
MAPAS ESPAÑOLES DE AMERICA	21
MAPAS ESPAÑOLES DE AMERICA (reproducciones en color)	27
LA ISLA DE LA TORTUGA, por M. A. Peña Batlle (ilustrado por Bernal)	31
LA CAPITAL DE NUEVA ESPAÑA Y DE MEXICO, por Miguel Castro Ruiz («fotos» Montero Torres y F. Henle, de México). (Del I Concurso de Reportajes de «M. H.»)	37
DANZAS POPULARES DE BOLIVIA, por Enrique Sánchez Narváez (fotos de Hans Helfritz, de La Paz)	45
BIOGRAFIA DE UN MILAGRO, por Justo Peral de Acosta	47
17 CARICATURAS POLITICAS, por «KIN»	51
LOS ARRULLOS A LOS NIÑOS MEXICANOS, por Luis Islas García (ilustrado por Ubieta)	54

Colaboración artística de Luis González y Daniel del Solar

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION: MADRID - ALCALA GALIANO, 4 - TELEF. 23-05-26 APARTADO 245 - DIRECCION TELEGRAFICA: MVNISCO

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.)
PIZARRO, 17 — MADRID

Prohibida la reproducción de textos e ilustraciones, siempre que no se señale que proceden de MVNDO HISPANICO

TIPOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN, MARSIEGA, S. A. (MADRID * HUECOGRABADO, ARTE (BILBAO) * OFFSET, INDUSTRIA GRÁFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIÁN)

MVNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRÉS PAÍSES

Corresponsales de venta

ARGENTINA.—Queromon Editores, S. R. L. Oro, 2455.—**Buenos Aires.**

BOLIVIA.—D. Alfredo Prudencio. Librería Voluntad. Calle Comercio, 362.—**La Paz.**

COLOMBIA.—Librería Nacional, Limitada. Calle 20 de Julio. Apartado 701.—**Barranquilla.**

Carlos Climent. Instituto del Libro.—**Popayán.**

Librería Hispania. Carrera 7.ª, 19-49.—**Bogotá.**

Pedro J. Duarte. Selecciones, Maracaibo, 49-13.—**Medellín.**

COSTA RICA.—Librería López. Avenida Central.—**San José de Costa Rica.**

CUBA.—Oscar A. Madiedo. Agencia de Publicaciones. Presidente Zayas, 407.—**La Habana.**

CHILE.—Edmundo Pizarro. Huérfanos, 1372. **Santiago.**

ECUADOR.—Agencia de Publicaciones Selecciones. Plaza del Teatro.—**Quito.**

Nueve de Octubre, 703.—**Guayaquil.**

EL SALVADOR.—Emilio Simán. Librería Hispanoamericana. Calle Poniente, 2.—**San Salvador.**

ESPAÑA.—Ediciones Iberoamericanas, S. A., Pizarro, 17.—**Madrid.**

FILIPINAS.—Librerías y quioscos de Manila.

GUATEMALA.—Librería Internacional Ortodoxa. Séptima Avenida Sur, núm. 12.—**D. Guatemala.**

HAITI.—Librerías y quioscos de Puerto Príncipe.

HONDURAS.—Agustín Tijerino Rojas. Agencia Selecta. Apartado 44.—**Tegucigalpa, D. C.**

MARRUECOS ESPAÑOL. — Herederos de Francisco Martínez. General Franco, 28.—**Tetuán.**

MEJICO.—Juan Ibarrola. Libros y revistas culturales. Belisano Domínguez, 3-9.—**Méjico.**

NICARAGUA.—Ramiro Ramírez. Agencia de Publicaciones.—**Managua, D. N.**

PANAMA.—José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones.—**Panamá.**

PARAGUAY.—Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209.—**Asunción.**

PERU.—José Muñoz R. Mozón, 137.—**Lima.**

PUERTO RICO.—Librería «La Milagrosa». San Sebastián, 103.—**San Juan.**

REPUBLICA DOMINICANA. — Instituto Americano del Libro y de la Prensa. Escofet, Hermanos. Calle Arzobispo Nouel, 86.—**Ciudad Trujillo.**

URUGUAY.—Germán Fernández Fraga. Durazno, 1.156.—**Montevideo.**

VENEZUELA. — Distribuidora Continental, Sociedad Anónima, Bolero a Pineda, 21.—**Caracas.**

BELGICA.—Juan Bautista Ortega Cabrelles, 42, Rue d'Arenberg.—**Bruselles.**

Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, 14 a 22.—**Bruselles.**

BRASIL.—Livraria Luso-Espanhola e Brasileira, L. Livros Tecnicos e Cientificos. Av. 13 de Maio, 23, 4.º andar. Edificio Darke.—**Río de Janeiro.**

CANADA.—Comptoir au Bon Livre, 3703 Av. Dupuis, angle Ch. de la Côte de Neiges. **Montreal.**

DINAMARCA.—Erik Paludan. Fiols traede, 10.—**Copenaghe.**

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA.—Las Americas Publishing Company. 30 West, 12th. street.—**New York, 11, N. Y.**

FRANCIA.—L. E. E. Librairie des Editions Espagnoles. 78, Rue Mazarine.—**París** (6ème).

Nouvelles Messageries de la Presse Parisienne. Réception Etranger. 8, Rue Paul Lelong.—**París** (2ème).

ITALIA.—Libreria Feria. Piazza di Spagna, 56.—**Roma.**

PORTUGAL.—Agencia Internacional de Livraria y Publicaçoes. Rua San Nicolau, 119.—**Lisboa.**

SUIZA.—Thomas Verlag. Renweg, 14.—**Zurich.**

los LECTORES también escriben

Caracas, julio 20 de 1951.

Muy distinguido señor:

Una sugerencia, señor director. Aunque nada conozco de tipografía e ignoro si esto sería posible. ¿No podrían imprimir nuevamente los números agotados y ponerlos a la venta aunque fuera con un pequeño recargo en el precio?

Otra de las razones por las cuales le he escrito, y esto va dirigido al Concurso de Ideas. Cónstame positivamente que los números monográficos son los mejor acogidos por los lectores. Por consiguiente, y he aquí la idea: ¿Por qué no dar otra orientación a la revista, dedicándola alternativamente un mes a hablar únicamente de determinada nación americana, o de las Filipinas o Portugal, y otro mes a tratar exclusivamente de cierta región española, Andalucía, Castilla La Vieja, etcétera? Decir, algo de historia, geografía, la parte más importante, con profusión de fotografías y datos sobre las principales ciudades, villas y pueblos de la nación o región tratada. Habría también que publicar fotografías de trajes típicos, folklore, dar recetas de platos típicos, dedicar algunas páginas a poesía y prosa, reproducir de los pintores nativos sus mejores cuadros, y, en fin, todo lo que pueda ayudar a formarse una exacta idea de las características espirituales y materiales del pueblo tratado.

En la revista he hallado pocas o casi ninguna referencia al *Quijote*, que en mi creencia es el mejor libro que se ha escrito en el mundo entero desde que existe. Ignoro si en algún número de MVNDO HISPANICO, de los que me faltan, se le ha tributado al *Quijote* el homenaje al que es acreedor. Si no se ha hecho sería muy grato para los lectores dedicar un número o parte de él al conocimiento en el exterior de España de esta bellísima obra, pues he notado que hay bastantes personas que no la han leído y hasta algunos, pocos por fortuna, que ni siquiera saben de qué se trata.

Observará, señor director, que ningún elogio dedico a la revista, y eso es porque no hallo un adjetivo que cuadre a mi entusiasmo y a mi cariño hacia ella.

Una sola falla le he notado, la supresión de portadas con pinturas. Esto resta carácter a la presentación de la revista, ya que en muchos casos la portada es lo que induce a comprar una revista al que no la conoce. Ya sé que «en la variedad está el gusto», pero yo creo que en este caso la variedad perjudica a MVNDO HISPANICO, ya que quizás hace que no adquiera lectores nuevos que de otra manera la hubieran comprado. Y yo y todos los españoles deseamos que la revista se compre y se lea mucho, porque su lectura es dar un paso agigantado hacia el cariño y la admiración que todos los españoles deseamos hacia nuestra Patria.

También debería MVNDO HISPANICO publicar un suplemento, difundiendo resumidas y enteras obras famosas, como el *Quijote*, *Autos Sacramentales*, poesías de Rubén Darío, el *Martín Fierro*, obras tan gustadas en España como en América.

Y nada más, señor director. Reciba usted un muy atento saludo de s. s. q. e. s. m.,

Francisco Avinent.

Sur 13, núm. 45, Apto. 2 (El Conde), Caracas (Venezuela).

Reproducimos con gran satisfacción su carta y tomamos buena nota de las sugerencias que en ella se nos hacen, en muchas de las cuales ya habíamos pensado, si bien no se han realizado por las dificultades con que nos encontramos de obtener buenos originales gráficos. La reproducción de números agotados no es factible, por resultar antieconómica.

Cuenca de Ecuador, 30 de junio de 1951.

Distinguido señor director:

Al alto honor de saludarle con las atenciones que se merece acompañamos la grata nueva de que en una de las sesiones plenarias de nuestro Club «Hno. Miguel», se trató hace unos días por comun acuerdo de nombrarle Socio Benefactor de nuestra Entidad, ya que entre los diferentes fines a que aspiramos sobresale el de procurar un acercamiento hacia la madre España.

Sería para nosotros todo un honor el poder contar entre los socios benefactores al director de tan importante rotativo, quien, con su apoyo moral y valiosa aportación en lo que a dicha revista se refiere, incrementaría esta sana propaganda en pro de la madre Patria, cuyas glorias, algo en penumbra por la labor nefasta de quienes se proponen eclipsarla, cobrarían brillo por estas regiones que la lejanía facilita la dudosa interpretación de cuantos rumores se permite alterar la prensa y radio comunista.

Dígnese remitirnos su fotografía a fin de enriquecer las páginas de nuestra revistilla y figurar en la Galería de nuestros benefactores.

Los suscritos le reiteran sus respetos con gracias anticipadas. Sus obsecuentes servidores,

Humberto Garcés (presidente).
Mario Sánchez (secretario).

Nuestro director, señor Jiménez Quílez, acepta con mucho gusto el título de socio benefactor de esa Entidad y les agradece su gentileza y las frases de elogio que dedican principalmente a la revista MVNDO HISPANICO.

Caracas, 12 de julio de 1951.

Muy señor mío:

Me complazco en felicitarle por la perfecta organización que demuestran tener, tanto su dirección como la colaboración de todos los demás y que en conjunto hacen de MVNDO HISPANICO una maravillosa y amena revista que en estas tierras tropicales cuenta con gran número de admiradores y simpatizantes.

Sin otro particular, quedo atto. s. s. q. e. s. m.,

Juan José Llorente.

Animas a Platanal, 77-4.—Caracas (Venezuela).

Muy agradecidos por sus elogios, a los que damos cabida en esta sección, porque también damos publicidad en ella a las censuras que se nos dirigen.

Bolivia, febrero 1951.

«Estimado señor director:

Habiendo visto con agrado sumo que en esa su revista se dan cabida a consultas e impertinencias de los lectores, me he animado a exponerle los siguientes puntos:

En el número de MVNDO HISPANICO dedicado al Año Santo y en la sección «Jerarquía del Catolicismo Hispanoamericano», figura monseñor Abel Antezana, arzobispo de La Paz, como Primado de Bolivia. El arzobispado de La Paz es de reciente creación, mientras que el arzobispado de Sucre data del siglo XVII (1605), estando en la actualidad dividida eclesiásticamente Bolivia en dos provincias, siendo la que más sufragáneos cuenta, la de más antigüedad y de más brillo e interés histórico la provincia eclesiástica correspondiente al arzobispado de Sucre. Esto, no obstante, sé que puede ser nombrado como Primado de la Iglesia boliviana el arzobispo de La Paz, donde reside el Gobierno; pero no siempre donde reside el Gobierno reside el Primado, como en España, cuyo Primado es el arzobispo de Toledo, y ni siquiera Madrid es arzobispado. ¿Me podría, señor director, indicar por qué en su revista al arzobispo de La Paz se le da el título de Primado de Bolivia? Ignoro que Roma le haya dado tal título».

Francisco Ruiz del Campo.

La contestación es bien sencilla: estuvimos mal informados de la geografía eclesiástica de América, obtenida con la precipitación que fué montado aquel número del Año Santo. Sirva, pues, su carta de aclaración informativa que nosotros aceptamos.

ESTAFETA

Desean correspondencia:

Juan Gámez Martín, calle de Cordonerías, núm. 20, Toledo (España), con señoritas de los países hispanoamericanos para intercambio de revistas, libros, postales, sellos, etc.

Juan Manuel Gutiérrez Carmona, calle de Fernando el Católico, 39, Madrid (España), en el mismo sentido.

José L. de la Hera, Atocha, 9, Valladolid (España), también con señoritas de Hispanoamérica.

Franco Fons, calle 17, núm. 645, General Pico-La Pampa, Argentina, solicita correspondencia con señoritas españolas, de Cuba o Méjico, para intercambio de correspondencia, revistas, etc.

Joven cubano, de veintidós años, soltero, desea sostener intercambio de correspondencia con jóvenes de ambos sexos de habla hispánica. Principalmente para intercambiar sellos de Correos, «fotos», etc. Escribir a Luis Ríos Campanioni, Maceo y Alejandro Oms, Santa Clara, L. V., Cuba.

BIBLIOTECA DEL SUSCRIPTOR

YA PUEDE ADQUIRIR LIBROS

Forme su biblioteca ahorrando dinero

Con el deseo de que pueda adquirir cualquier libro que precise, la Administración de Ediciones MVNDO HISPANICO le ofrece este lote de libros:

	Pesetas
Pío XII y Roosevelt. Su correspondencia durante la guerra	25,00
El problema político, Torcuato Fernández Miranda	25,00
La amenaza mundial, Williams C. Bullit	30,00
La Europa que he visto morir, Carlos Sentis	22,00
Hacia una nueva guerra, Pedro Gómez Aparicio	40,00
Dos dictadores frente a frente, D. Alfieri	40,00
Alemania y la reorganización de Europa, Claude Moret	20,00
Europa y sus fantasmas, Joao Ameal	28,00
Historia del mañana, Curzio Malaparte	40,00
De la guerra inevitable, León Van Vassenhove	13,00
Cruzada de Europa, D. Eisenhower	75,00
La crisis mundial, Wiston Churchill	40,00
Hacia la Democracia cristiana. La democracia al día. Stafford C.	40,00
Europa entre dos guerras, Jacques Chastenet	30,00
¿Qué será de Europa?, J. J. Inchausti	18,00
Dios no duerme, Susane Chantal	30,00
Metafísica del bolchevismo, Iván de Kologriwof	10,00
El bolchevismo ruso contra Europa, Roberto Suster	15,00
Frente al Comunismo, Georges G. Degay	20,00
Juicio sobre el bolchevismo, Gaetano Ciossa	20,00
Roosevelt y los rusos	50,00
A través de la Rusia soviética, Juri Jermak	15,00
Stalin y sus crímenes, León Trosky	30,00
Stalin en Norteamérica, señora de Roosevelt y otros	20,00
Yo escogí la Libertad, Víctor Kravchenko	40,00
Yo, comunista en Rusia, E. Vanni	40,00
Los Mariscales rojos hablan, Coronel Zirilo D. Galinov	25,00
Yo he sido marxista, Regina García	30,00
Rommel, Desmond Young	60,00
Goebbels (Diario)	75,00
Historia de un año, Benito Mussolini	20,00
Los últimos días de Hitler, H. R. Trevor Roper	28,00
Goering ante sus jueces, Russell Danners	25,00
Kapputt, Curzio Malaparte	60,00
Mi defensa, Charles Maurras	20,00
Churchill (Memorias). Fascículos publicados, 47; precio de cada uno	10,00
Roosevelt, F. La Madrid	25,00
Misión de guerra en España, Carlton J. Hayes	30,00
Por el exilio inmenso, P. Madrigal	30,00
Entre Hendaya y Gibraltar, Ramón Serrano Súñer	35,00
Asesinos de España, M. Karl	35,00
Españoles en Rusia, Rafael Miralles	20,00
Informe sobre España, Richard Pattee	18,00

Los libros van marcados a su precio y por cada pedido de 100 (cien) pesetas que usted haga recibirá un vale de 20 (veinte) pesetas, que puede ser canjeado en la adquisición de nuevos libros.

Forma de pago: En España serán enviados por correo contra reembolso. En el extranjero, previa remisión de su importe en cheque de dólares, que se abonarán al cambio del mercado libre en la Bolsa de Madrid, en la actualidad 39,85 pesetas por cada dólar.

También se admitirán cheques en cualquier moneda que se cotice en España.

Dirija sus pedidos: Señor Administrador de EDICIONES MVNDO HISPANICO, calle Alcalá Galiano, 4, MADRID.

TABLONCILLO

Dentro de unas semanas se pondrá a la venta el número que MVNDO HISPÁNICO dedica a Barcelona.

Será un número doble (octubre y noviembre), de más de cien páginas, en el que se hará la disección de la gran Barcelona de hoy.

Tanto por el número de páginas como por su calidad técnica y periodística, este número de Barcelona tiene para nuestros lectores su más exacto paralelo en el número que MVNDO HISPÁNICO dedicó a Galicia hace un año.

* * *

En la Dirección y Redacción de MVNDO HISPÁNICO se han recibido muchísimas felicitaciones por el número 40, de julio último, dedicado en parte a replicar a la revista *Life*. Desde aquí damos las gracias a nuestros comunicantes.

* * *

Hace tiempo que no nos preocupamos de las erratas que aparecen en nuestras páginas. Pero, puesto que hablamos, para bien, del número de julio último, señalemos la misteriosa transformación de determinados signos ortográficos. Por no sabemos qué misterio tipográfico, hubo comas imprescindibles que desaparecieron y puntos y punto y coma que se transformaron en discretas comas, incluso en alguna entradilla aclaratoria. Verbigracia: la que figura al frente del trabajo titulado "Crónicas (imposibles) de la España que enternecería a *Life*": en ella, los puntos se convirtieron en comas, incomprensiblemente.

MANIFIESTO a AMERICA en el CENTENARIO de ISABEL

POR ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

América: Así como los pueblos cristianos tienen en Jerusalén su Santo Sepulcro y su sede católica en Roma, y los pueblos islámicos una Meca para religarse a su profeta fundador, así los pueblos de América habrían de acudir a estas tierras castellanas de Avila, donde naciera y se ungiera la que había de ser madre de todos nosotros, españoles y americanos: Isabel.

Quizá esa sacra peregrinación esté muy cerca. Ya en 1903—recién terminada la convulsión romántica de las emancipaciones—hubo de ser un americano, un gran argentino, el que iniciara ese retorno filial al hogar materno de Isabel. El argentino Larreta, el que con su inmortal «Gloria de don Ramiro», y sintiendo la voz de la sangre progenitriz, comprendió que de nada valía la emancipación conquistada sin un regazo genial donde entroncarla. Por lo que escribió la primera novela moderna de América sobre Avila, la ancestral.

Misión de poetas, de vaticinadores, de videntes; ese volver a la inspiración materna para cobrar ímpetus con que defender ante la Historia el derecho a ser libres, el derecho a ser dignos los pueblos americanos.

Así rodó el uruguayo al entrañar su pensamiento en la tradición purísima de Hispania fecunda.

Así Vasconcelos, el mejicano, al proclamar la «raza cósmica de América», impulsado por el atavismo universal y cristiano que le legaran sus abuelos hispánidas.

Así el colombiano Rufino José Cuervo, al descubrir en aquel «idioma común» que Isabel llevara a América un camino de inmortalidad y salvación para un porvenir también común.

Así Montalvo, el ecuatoriano, renovando la idealidad imperecedera del *Quijote* como bandera de todos nuestros pueblos.

Así Arguedas, el boliviano, al señalar en su «Pueblo enfermo» que la salud estaba en un renacer a vida histórica originaria.

Así el peruano Santos Chocano, al revelar que el león «era de oro» y el corazón español, sí incaico el latir.

Así la chilena Gabriela Mistral, trasmutando a poesía de libertad y ternura el efluvio de maternidad que Isabel derramara para siempre en América. El mismo Rómulo Gallegos, venezolano, en su amor inmenso al indígena, ¿qué hizo con formas sociales nuevas sino seguir aquellas leyes de Indias que Isabel dictara y que dos siglos de bastardía y revolución—el XVIII y el XIX—habían intentado borrar?

Poetas, prosistas de Guatemala y Honduras, de El Salvador y Costa Rica, de Santo Domingo, Cuba y Paraguay. Y escritores y vates de la otra América, la lusitana, la brasileña. Y hasta de la nórdica, con Walt Whitman al frente, poeta del amor humano.

Y sobre todos ellos—poetas, videntes, adivinos del futuro—el nicaragüense Rubén, el de la ¡Salve! «a los espíritus fraternos» y «a las almas luminosas». Cuando exclamó sintiendo «los sordos ímpetus de las entrañas»: «¡Abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres!» Porque «¿quién dirá que las savias dormidas no despierten en el tronco del roble gigante?» (¡Isabel!) «¡Unanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos! ¡Formen todos un sólo haz de energía ecuménica! ¡Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente!»

(Continúa en la página siguiente.)

(¡Isabel!) El espíritu ardiente renovando las viejas prosapias. El espíritu y ansias y lengua para cantar nuevos himnos.

Nuevo himno es éste que os lanza desde la vieja prosapia de Avila (desde nuestra Roma, desde nuestra Meca), desde nuestra madre Isabel, un hijo suyo, el menor de todos los emancipados, un español de hoy que sólo tiene a orgullo llamaros «hermanos» y aprender de vosotros vuestra anterior lección de libertad y dignidad frente a la Historia.

La lección que Isabel en su testamento legara y que por dos siglos de indignidad y bastardía estuvo a punto de perder «una España madrastra», como llamó Bolívar a aquella España anti-Isabel.

Porque si hoy nosotros reivindicamos a Isabel como madre es porque también reivindicamos a quienes directamente la siguieron en sus inmarchitables consignas de libertad y dignidad, ¡a nuestros respectivos emancipadores!

¡Es llegada la hora de la claridad y la verdad! La de no mentirnos, la de no engañarnos ni dejar que nos engañen, ni nos mientan los que, mintiéndonos y engañándonos en estos dos siglos, tramaron nuestra ruina y nos llevaron al borde de un suicidio colectivo.

Yo proclamo—desde las sublimes piedras de Avila, en la entraña materna de Isabel—que los continuadores directos de nuestra fundadora fueron los fundadores de nuestras respectivas independencias.

En América no ha habido más que dos fuerzas de creación: la conquistadora y la emancipadora. Todo lo demás, híbrido y fatal.

Y ello no podía verse hasta salvar de embrujos y telarañas la vera faz de Isabel.

Empresa reservada a nuestra piedad genuina, a nuestra pureza insobornable, a nuestra impavidez histórica.

Por eso disparamos a los aires de América y del mundo este manifiesto, con voz tan preñada de futuridad que será oída por todo el que no sea un bastardo y un renegado y un maldito.

¿Quién fué Isabel?: América.

Fué Isabel, no una reina de Castilla que surgió a vida en el siglo XV sobre el pueblecito avilense de Madrigal de las Altas Torres.

Fué Isabel algo más esencial e indescriptible que esas contingencias de histórica poquedad.

Fué Isabel un ser mítico y divino. De los que surgen de evo en evo—no importa el lugar ni el tiempo—sobre la redondez de la tierra, para librar del caos al resto no divinal de los humanos.

Como Agni en la India, como Teseo en Grecia, Como Osiris en Egipto, Como Rómulo en Roma, como Moisés en el pueblo hebreo y como el fabuloso Avil, el que fundara Avila, capital roquera y encastillada de un reino primordial en la viejísima Hispania.

Seres de luz, seres de civilidad, seres fundacionales, portadores de ley, ungidores de lenguas, inventores de culturas, preñadores de amor. Y cuyo emblema milenario—otorgado por Dios mismo—fué siempre el Rayo (con que aniquilar enemigos) y la Ley (con que yugar fraternalmente a sus pueblos).

Por eso sería el emblema de Isabel—¡y no podía ser otro!—el Haz jupiterino de sus Flechas. Y también el Yugo amoroso, símbolo de ley civil. El Rayo, vertical, zigzagueante. Cruzado por el Yugo domeñador.

Con Rayos y con Yugos—Isabel, ¡mítica, innombrable!—unificó a España. Con Yugos y Rayos llevó a América leyes, caminos, lengua, luz, cariño, ciudades, poemas. Y una idea «fraterna y libre» del mundo: la de la Cruz. La Cruz, el Haz de rayos vertical y el Yugo horizontal. Pero ya cristianizados. Así.

Con esa Cruz de dos trazos y las dos consignas que eran esos dos trazos—Amor y Libertad—Isabel madre fundó América como fundara España.

Isabel, predestinada no sólo a la coyunda unitaria con Fernando (el tanto monta), sino a procrear la magna criatura de la era moderna: América.

Tal como lo vaticinaron sacerdotes y poetas, navegantes y adelantados, ante el año milagroso de 1492.

Colón fué Isabel. Y Colón reveló qué Isabel era la Providencia misma hecha mujer, con predestinación arcana. Pues mientras en Granada—1492—cerraba la cristiandad frente al Oriente, la abría ¡en ese mismo campamento de Santa Fe! a inmensas tierras nuevas, cuya llave—¡Plus Ultra!—a Colón daba.

«Que bien pudiera Dios dar estas gentes—cantaría Juan de Castellanos—a otros muchos reyes y señores. Mas escogió a Isabel de los mejores.»

A Isabel, a quien «Dios, nuestro Señor (en vaticinio del financiero Santangel) dióle el espíritu de inteligencia y esfuerzo. Y la hizo de todo hacedera (realizadora) como a rara y muy amada hija».

«Ordenándolo Dios así, que quería que estos reinos de tan inmensa grandeza no los hubiese sino ella...» Palabras del famoso Bartolomé de las Casas que revelan, de un golpe, por qué se sublevaría luego contra todos los que incumplieron esa orden divina. Pues América no sólo debía la vida a Isabel sino su Destino en la Historia, o sea su dignidad y su libertad. Las dos normas místicas que Isabel, a su vez, recibiera de la madre Roma. ¡Cuán maravilloso resulta ahora descubrir que esas dos normas como hilo de un Destino: esas dos normas del *Jus gentium* romano, trasmitidas a España en las Partidas de Alfonso el Sabio y reiteradas por el Papa Alejandro VI a Isabel fueron las que Isabel, en su Testamento, prescribiera a América.

«No reciban agravio alguno» los americanos. ¡Dignidad!

«Que vivan como hombres libres», ¡Libertad!

Así habló antes el viejo Alfonso el Sabio en el siglo XIII. Así la abuela civilidad romana. Y así seguirían hablando los sucesores de Isabel mientras no comenzaron a traicionar ese espíritu de madre.

Carlos V recomendaba a los conquistadores: «Os he echado a quellas ánimas a cuestas. Parad mientes que déis cuentas dellas a Dios y me descarguéis a mí». Y Felipe II a Valdivia: «No dar lugar a que se le haga agravio alguno» (dignidad). Y a Legazpi: «¡Salvad sus ánimas!» (libertad). Y así, aunque ya más débilmente, Felipe III, Felipe IV, Carlos II. Pero desde el momento que España, dejando de ser madre—como dijo Bolívar—pasó a ser madrastra, la dignidad y la libertad comenzaron a sufrir. Y una nación se hace madrastra cuando ya no pertenece a la misma sangre del hijo. Madrastra. Madre bastarda.

Y eso fué ya para América la España del XVIII y más aún la del XIX. La España de peluca y la España de melena. La España que pactó con sus enemigos y se dejó arrebatar Gibraltar e invadir por Napoleón.

No quedaba a América otra salvación: O se hundía con esa España bastardeada y podrida, sin libertad, sin dignidad, o buscaba por sí sola la libertad y dignidad que España le negaba.

No quedaba a América otra vía sino esa de volver al «origen» mismo de donde saliera, al espíritu de Isabel, a entroncarse ya directamente con la madre primordial.

¡Y esa fué la genialidad de los Emancipadores! Y esa fué la empresa gigantesca y filial de los libertadores y dignificadores de América. (¡Miranda!, ¡Bolívar!, ¡San Martín!, ¡Hidalgo!, ¡Sucre!, ¡O'Higgins!, ¡Castilla!, ¡Páez!, ¡Arigas!, ¡Solano!, ¡Martí!)

Repetidlo conmigo, juventudes de España y América, repetidlo. Sólo dos momentos de Creación: el de los Conquistadores. Y el de los Emacipadores. Los que fundaran América en nombre de Isabel. Y los que la emanciparan en recuerdo suyo. ¡Libertad! ¡Dignidad!

Era la hora ya de proclamar esta verdad valiente, esta verdad fecunda, esta verdad retumbadora como una explosión en medio del inmundo aglomerado histórico de dos siglos con que se la ha sofocado, ignorado, ofendido.

¡Desde la tierras natales y arcanas de Avila clama por esta verdad hoy un emancipado más, el último y menor de todos vosotros, pueblos de Isabel. Un español, salido de una guerra civil en la que nos jugamos, como os jugásteis antes vosotros, la dignidad y la libertad!

Pero nosotros—como vosotros—, si vencimos, también vemos hoy en peligro esa herencia divina de nuestra madre. Y quizá nosotros más aún que vosotros, pues el espíritu de pacto acecha otra vez como en el XVIII, y el de invasiones nuevas como en el XIX.

¡Y a vosotros clamamos y a vosotros tendemos nuestras manos fraternas en socorro de amor!

Los grandes bloques del mundo se yerguen como martillos sobre nuestros cráneos, se abren como bocas de tiburones sobre nuestros huesos. Como cataclismos sobre nuestros destinos.

Y nosotros, escindidos, recelosos, lejos, engañados, aún no vemos en los mares que nos separan los mares que unen. No vemos en la lengua que yuga sino la pistola de insulto o desdenes. No vemos en la fe una voz de Dios sino un signo anacrónico.

Y si no terminamos de ver nuestra salvación común es porque no terminamos de ver—como al fin yo he visto—la clave mística: ¡Isabel! ¡Isabel! Y su emblema de ley y de amor.

¡Peregrinad a estas tierras de Isabel, pueblos de América! (como los cristianos a su Jerusalén, los islámicos á su Meca).

Aquí está la verdad. Y la verdad no podía ser otra sino que ¡los descastados vuelvan a su casta! ¡Y los renegados a creer! ¡Y los emigrados y pródigos y enloquecidos de quimeras a reintegrarse en la entraña de donde salieran!

¡Vuelta a la madre! He aquí la verdad.

Y si escuchas esta verdad, América, ¡vuelve a tu madre! ¡Y sólo entonces podrás ser tú también paridora de pueblos y de almas, creadora de Historia!

¡Llena de piedad tu destino, América!

¡Reconoce que bendita fué Isabel entre todas las mujeres y bendita serás tú!

EN LA COLEGIATA DE TORO (ZAMORA) se encuentra este magnífico cuadro, pintado sobre una tabla de 92 por 78 centímetros en el que la principal figura se supone sea un retrato de la reina Isabel la Católica, realizado durante su juventud, probablemente en la época de la batalla de Toro, en que aparece rubia y de gran belleza. Es popularmente conocido por «El cuadro de la mosca», por la circunstancia de aparecer sobre las ropas de una de las figuras una mosca, pintada con sorprendente realismo. Durante mucho tiempo se creyó que la primorosa tabla fuese obra de Fernando Gallego, pero actualmente, y pese a las diversas opiniones sustentadas por autorizados críticos, se sigue considerando como de autor desconocido.

(Fotografías debida a la cortesía de D. Porfirio Nafría Collado. Secretario general del Gobierno Civil de Zamora).

EL CATOLICISMO tema cinematográfico

CREO QUE AL CINE LE QUEDAN POR RECORRER sus más bellos caminos. Los ha descubierto como en llamaradas geniales o en momentos de inspiración, pero, también él, hace lo malo sabiendo dónde está lo mejor.

Uno de los caminos es el del Arte. No discutimos ese séptimo orden: nos lamentamos de los miles y miles de metros de celuloide que hay que andar para hallar algo que lo justifique.

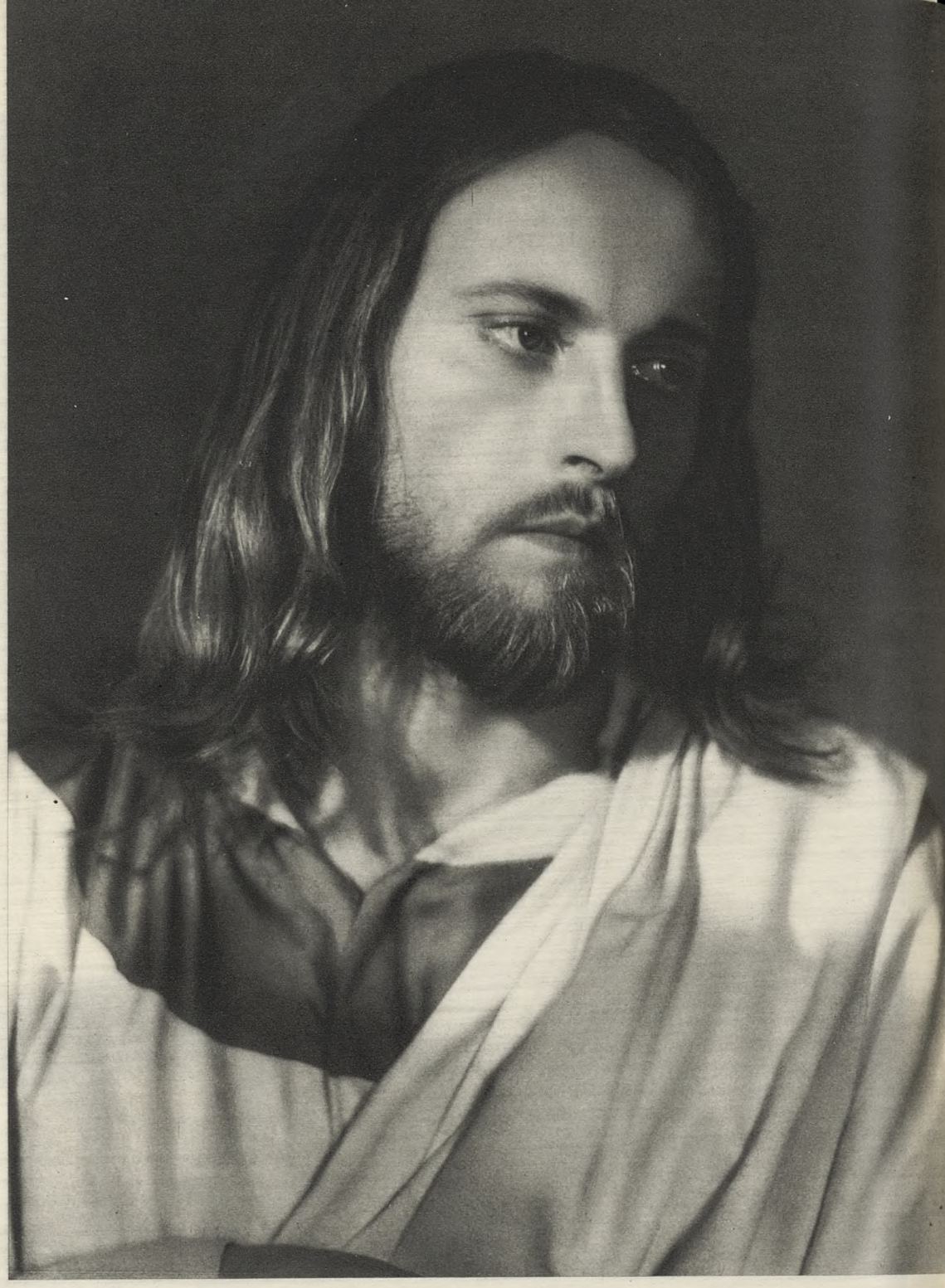
Otro es el camino del Espíritu, pero el Espíritu sopla sobre quienes lo buscan o lo merecen, y en el Cine abundan más los mercaderes y los artesanos que los poetas. Y para pisar bien y fuerte en el camino de lo espiritual —vamos a dar una vez con el término, o, mejor, con el sentido ortodoxo que queremos para el Cine: de lo católico—hay que ser más poeta que secretario de producción al servicio exclusivo del negocio.

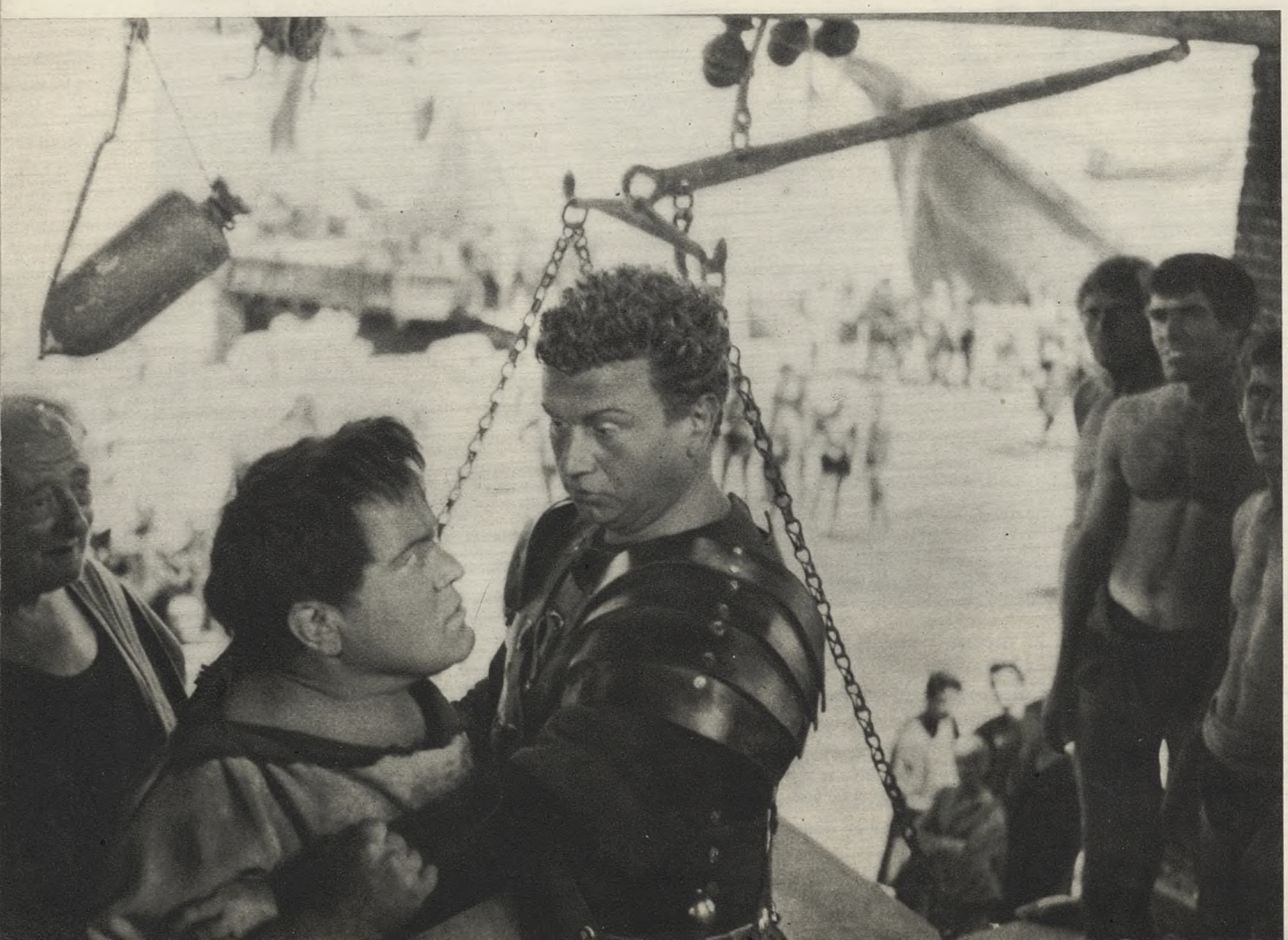
Precisamente ahora que se domina la técnica, el cine cojea más que nunca por falta de temas. Y todo se reducirá a paños calientes, a remedios ortopédicos, si no se enfrenta de una vez y con valentía con el problema de la selección de sus asuntos.

Quizá haya que ahondar en razones más transcendentes, razones de índole ideológica, para comprender la insistencia en frivolidades que dejan vacío al espectador, en tramas angustiosos que lo atormentan y en argumentos simples que lo aburren. A nada como al cine le interesa la vuelta al humanismo, a la raíz jugosa e inagotable de lo humano.

Nosotros le ofrecemos como tema el Catolicismo, en toda la universalidad maravillosa del concepto, que nada tiene que ver con la ñoñez y la beatería.

Pero ¿hasta qué punto hace falta ofrecérselo?





LA BIBLIA Y LA EPOPEYA

En los primeros tanteos del Cine, el tema religioso surgió como un ensayo más. Lo cómico, lo social, el humor, la fantasía, el misterio, el amor... y lo religioso. En parte porque el hombre —y la observación es de un pagano— es naturalmente religioso; en parte, porque suponía una experiencia de taquilla poco arriesgada.

La relación de las películas sobre la Vida y Pasión de N. S. J. C. está al alcance de todos en cualquier manual de Historia. Desde el calco de Oberamergau que se hizo por partida doble en 1896 (Lumiére y W. C. Paley), hasta «La Divina Tragedia» en que hace años está empeñado Abel Gance, pasando por Meliés y por Zecca, por el «Christus» de Antamora y por «Gólgota» de Duvivier. Sin embargo, falta la película de la Pasión; falta la película maravillosa de la vida de Cristo; faltan las películas cortas de sus andanzas y sus milagros.

En la mayoría de las películas sobre la Pasión se caía en la grandilocuencia y en lo artificioso, pecado incluso de «Los diez Mandamientos» que hizo en 1923 Cecil B. de Mille, realizador de «Rey de Reyes» y de «El Signo de la Cruz» que ha vuelto hace muy poco a las pantallas madrileñas. Era redescubrir el filón que ya en 1923 utilizó Fred Niblo con «Ben-Hur» y Guazzoni con «Fabiola» y «Quo vadis?» en 1913, por no remontarnos al primer «Ben-Hur» que dirigió Syd. Olcott, en 1907.

Las más recientes muestras del género están en estas fotografías de «Fabiola», de Blasetti, producto poco afortunado de una colaboración italo-francesa llena de ambiciones.

«Reina Santa» (Antonio Vilar y Maruchi Fresno).

LA HAGIOGRAFIA

La vida de los Santos es una cantera inagotable de inspiración cinematográfica. Pero una cantera tan sugestiva como peligrosa, porque el heroísmo de los santos no se capta fácilmente por el gran público como no se le dé suficientemente adornado. Es la esencia lo que hay que buscar No se trata de presentar estampas devotas, sino de hacer resaltar lo que en los santos hay de humano y el grado de ejemplaridad que puede significar para los demás, hombres como ellos, su entrega total y absoluta al llamamiento divino. En muchos, no es la menor la virtud del contraste, que la habilidad del guionista y los recursos del director pueden elevar a un ritmo y a una eficiencia de gran categoría cinematográfica. El cine hagiográfico corre siempre el peligro de convertirse en un sermón o en un álbum de estampas ejemplares, con lo que se está a punto de anular todo su valor incluso como cine. Por eso hay tantas películas de santos que no nos gustan.

La tentación debe ser fuerte, porque el catálogo no es escaso. Sólo Santa Juana de Arco ha inspirado directamente hasta nueve títulos, el último el que ha protagonizado Ingrid Bergman bajo la dirección de Victor Fleming.

«Capitán de Loyola», hispanomejicana y «Reina Santa», española; «Le sorcier du ciel» (El Cura de Ars), «Rosa de América» (Santa Rosa de Lima), «Antonio di Padova» (San Antonio de Padua)... están entre esos pocos títulos que merecen recordarse.

Esperemos la anunciada «Santa Teresa», de Mur Oti, con Aurora Bautista y esa vida de San Juan Bosco que está pidiendo a gritos el cine.

El cine mejicano produce «San Francisco de Asís» con José Luis Vicente en el papel principal.

«Juana de Arco» (norteamericana). Protagonista Ingrid Bergman. bajo la dirección de Víctor Fleming.

← «Cielo sulla palude» (italiana). Interpretado por Inés Orsini, bajo la dirección de Benina.

«Monsieur Vicent» (francesa), en que Pierre Fresnay realiza una gran creación.

«Vivir en paz» (italiana).

EL ESPIRITU Cine católico querríamos que significara las más de las veces todo menos cine religioso. Los grandes ideales —ese trilema de Verdad, Bondad y Belleza— tienen en el cine el vehículo moderno más fácil para llegar a la masa; principalmente, debe dirigirse el cine católico, con sus principios, con su poesía, con su libertad dramática, con la pompa de su liturgia, con sus soluciones para todos los problemas, con su base para todas las alegrías, con sus remedios para todos los dolores y todas las angustias. Y esto, sin apenas decirlo, sugiriendo con la naturalidad a que tiene derecho la que no es, en definitiva, sino la religión más humana que se pudo soñar porque es la única divina.

Cine inspirado por la concepción católica de la vida, del más allá y de ese puente tan maltratado en el cine que es la muerte; cine sin fatalismos, en que se vea que el hombre no es un muñeco a merced de fuerzas ciegas sino una voluntad libre aconsejada y dirigida por una voz superior; cine optimista, sin concesiones; alegre, sin recursos de estupefacientes fáciles: eso es lo que debe ser lo que nosotros llamamos cine católico que se complementa con el cine religioso que es distinto.

«Cielo Negro» (española).

«La Señora de Fátima» (española).

LA TIERRA ENNOBLECIDA

El mundo está ansioso de testimonios. No es que carezca de ellos, pero el hombre es frágil de memoria y de voluntad y necesita, de cuando en cuando, palpar los símbolos, besar un puñado de tierra santificada y bañarse en el aire del milagro que refresque sus mejillas. El cine puede avivar como nada ese viento que aúpa el espíritu. Creo que todos recordamos aquella admirable película de Henry King en la que Jennifer Jones fué una admirable Bernardette Souvirous. «La canción de Bernardette» es una de las grandes películas católicas.

Fátima es hoy ese lugar de espíritu digamos actualizado. «Pilgrimage to Fatima» nos lo enseñó de mano del Rev. Burke, pero la gran película sobre Fátima pertenece a Aspa Films y es española. A «La Señora de Fátima» pertenecen las dos fotografías de la página y en una de ellas se recoge el momento maravilloso del milagro.

Ahí está Santiago de Compostela, al que no se va sólo por rutas románicas y medievales. ¡Qué apoteosis la de ese hombre de hoy, víctima de todas las prisas y de todas las intransigencias, al pasar con los pies empolvados y los ojos brillantes por el Pórtico de la Gloria....

«La Señora de Fátima» (Aspa Films).

«Hablan las campanas», con facetas humorísticas (norteamericana).

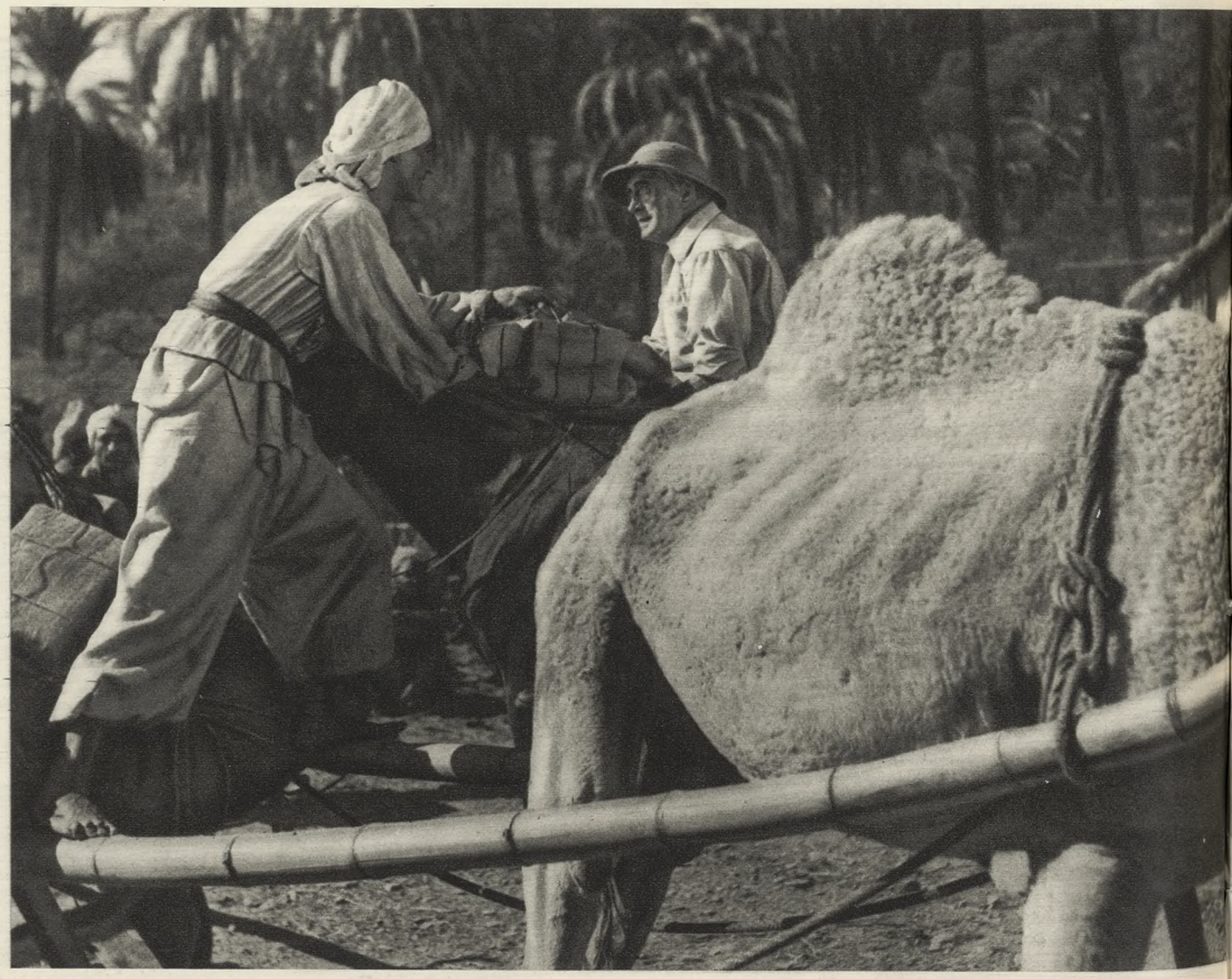
Catalina Bárcena en «Canción de Cuna».

LA COMEDIA TAMBIEN

Sí. Esa comedia indiferente, pero limpia; tierna, sin sentimentalismos; alegre, sin concesiones; llena de risas, pero sin chabacanería. ¿Por qué el cine no se convencerá de una vez que el catolicismo es alegre, fundamentalmente alegre, y que su moral no oprime las conciencias sino que las orienta? Católico quiere decir también libre. Nada humano le es ajeno ni nada natural indiferente.

Y también, esa comedia semirreligiosa, en la que hay curas que dirigen coros y monjas que juegan al tennis. Ya sabemos que hay un peligro, el peligro de la excesiva confianza y el de «secularizar» demasiado las figuras de religiosos, pero no es ni mucho menos un peligro inevitable.

«La mies es mucha» (española), también con notas de humor.



LAS MISIONES

Las Misiones son consubstanciales al espíritu de la Iglesia. Puede y debe haber un cine misional que nos traiga la inquietud, el exotismo y la espera ardiente de los países de misiones, y un cine misional que lleve allí, como un misionero más, nuestra vida, nuestra preocupación por ellos, nuestra liturgia, la ética de nuestra religión y hasta las lecciones de catecismo. Las perspectivas del cine misional son insospechadas. En un repaso de títulos, es inevitable el recuerdo de la italiana «Abuna Messias», sobre la obra del Cardenal Massau en Abisinia; de «La route inconnue», de León Porier, sobre el P. Charles Foucauld, realizada en 1947; «Pélerin de l'infer», la vida luminosa de P. Damián, interpretada por Robert Inssac, y «Las llaves del Reino», con Gregory Peck en un P. Chisholm íntegro y fuerte...

Y las españolas: «Misión blanca», de Juan de Orduña en 1945 y —aparte algunas otras mejor intencionadas que eficaces— esa simpática y estupenda película de Sáez de Heredia que se llama «La mies es mucha», con un Padre Santiago, que planta en la India su españolismo recio y alegre de guerrillero y capitán del Evangelio.

«Balarrasa» (española), en que se exalta el arrepentimiento y la misión sacerdotal.

Rafael Durán en «La Fe».

EL SACERDOTE

El sacerdote es un hombre, pero un hombre colocado sobre un pedestal que ha sido convertido en espectáculo y en ejemplo para los demás hombres. La grandeza del sacerdocio exige una responsabilidad en él, por lo que hace; en los demás, por la manera de tratarlo. «Mirad bien lo que hacéis», se dice en el ritual de su ordenación; «mirad bien lo que hacéis con ellos», podemos decir a quienes llevan a la pantalla la presencia del sacerdote. Hay una concepción, lamentable y funesta, en el cine en virtud de la cual se destierra sistemáticamente al sacerdote de los momentos más graves y más solemnes de la vida, que empieza, se desarrolla y se extingue de una manera puramente animal. Las películas realizadas por católicos deben esforzarse en romper este criterio desconsolador. El sacerdote debe, pues, aparecer en la pantalla, porque sin él se no concibe la vida de los católicos.

Pero... El problema se agrava cuando se le convierte en tema y figura central. Aún está vivo el revuelo del P. O'Malley de «Siguiendo mi camino», que nos trajo un cura norteamericano que chocó tanto en latitudes donde las normas y la apariencia eran más severas. Frente a él, «The fugitive» (1947) de John Ford con Henry Fonda, tiene una trascendencia temática que desdeña todo oropel, y no digamos del moderno cine francés en esas películas tan apasionadamente discutidas como «Dieu a besoin des hommes», de Jean Delannoy, y de «Le journal d'un curé de campagne», de Robert Bresson, según la novela de Bernanos. Si la primera hay que examinarla a la luz de la teología, la segunda crea cuestiones de interpretación y de exégesis, y nos presenta un sacerdote corroído por el miedo al fracaso y por la tristeza.

Entre unos y otros, el cine español —mejor aún, el cine hispanoamericano— tiene el sacerdote ejemplar de tantas de sus películas en que aparece episódicamente y —no nos callemos que quizá habría que revisar «La fe»— como personaje central la sencilla y agradable «Balarrasa» de Nieves Conde, con Fernando Fernán Gómez y «Cerca del cielo», exaltación de aquel mártir de nuestra Cruzada que fué Monseñor Polanco, Obispo santo de Teruel.

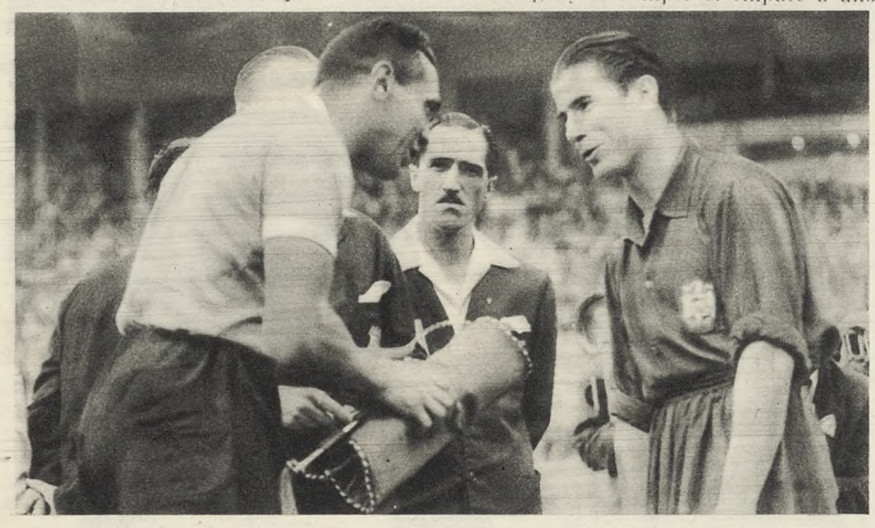
PASCUAL CEBOLLADA

↑ «Cerca del cielo», biográfica y trágica (española).

«Le Journal d'un curé de campagne» (francesa). ↓

1950 EL EQUIPO NACIONAL URUGUAYO, GANADOR DEL CAMPEONATO mundial de 1950, celebrado en distintos campos brasileños, al triunfar en todos sus encuentros menos en el que empató con España en Sao Paulo. Con él, Uruguay conquista, muy merecidamente, su cuarto título mundial en futbol.

EL MAGNÍFICO GOL DEL EXTREMO GHIGGIA, EN LAS POSTRIMERÍAS del encuentro con Brasil, que dió el título al Uruguay al romper el empate a uno.



GAÍNZA (ESPAÑA) Y VARELA (URUGUAY), CAPITANES DE LOS EQUIPOS, en el saludo inicial y cambio de banderines, en el partido Uruguay-España.

Tierra de Campeones

POR FIELPEÑA

URUGUAY tiene establecida una marca en futbol no superada hasta hoy y puede ser llamada por antonomasia tierra de campeones. En 1924 y 1928 obtuvo el título olímpico; en 1930 y 1950, el mundial. La proeza es aún más impresionante si se tiene en cuenta que sólo en estas Olimpíadas y Copas del Mundo estuvo presente el país uruguayo, que se abstuvo en las restantes. No ha conocido, por tanto, la eliminación en tales lides.

Italia tiene en su haber dos títulos mundiales (1934 y 1938), y uno olímpico (1936). Inglaterra, dos olímpicos. Bélgica y Suecia uno olímpico. Han sido, hasta hoy, los únicos países que ganaron tal gloria. España consiguió un segundo lugar en la Olimpíada de Amberes (1920) y ya no pudo llegar nunca más a tal meta.

El campeonato nacional uruguayo comenzó a jugarse en 1900 alternando Peñarol y Nacional, los dos grandes clubs de Montevideo, en el mando. Muy rara vez ganó el título otro conjunto. El futbol uruguayo se mantuvo en contacto sólo con países sudamericanos (Argentina, sobre todo), hasta que la VIII Olimpíada, jugada en París en 1924, produjo la revelación de su clase.

La excursión de la Selección vasca en 1922 por tierras sudamericanas—bien desdichada—había cuajado en dos derrotas en Montevideo, por 4-0 y 3-1, ante una Selección uruguaya. Camino ya de París, los uruguayos impresionaron por su virilidad, belleza y perfecto dominio de la pelota en las exhibiciones realizadas en España. Se recuerdan en Madrid las dos grandes actuaciones del bando que sería campeón, frente al Atlético madrileño, reforzado (4-2) y el Racing, el equipo «chamberilero» desaparecido (3-1), en el que se alinearon los internacionales Zamora, Herminio, Gamborena, Kinké, Zabala, Olaso y René Petit. Especialmente causó sensación el ataque y el negro Andrade. Los nombres de Scarone —hoy entrenador del Real Madrid—, Petrone, Andrade, Cea, Nasazzi, empezaban a ser populares. En San Mamés, el coloso Atlético de Bilbao fué igualmente arrollado las dos tardes, por 2-1 y 2-0.

Le correspondió debutar a Uruguay con Yugoslavia, entonces bando más flojo que el actual, y ganó por 7-0. Después, derrotó a Estados Unidos por 3-0. A Francia le tocó el turno siguiente, por 5-1. Ya en la semifinal, Uruguay

encontró más adversario en Holanda, que se adelantó con un gol en el primer tiempo, pero que perdió por 2-1. La gran final la jugó con Suiza, el 9 de junio, y fué un neto triunfo uruguayo por 3-0. El nuevo campeón olímpico lo formaban: Mazali; Arispe, Nasazzi; Chierra, Vidal, Andrade; Romano, Cea, Petrone, Scarone, Urdinaran (S.).

El período de oro del futbol uruguayo se mantuvo algunos años. La rivalidad con la Argentina llegaba al máximo y cuajaría las jornadas emocionantes de Amsterdam. Los españoles tenemos de aquella época los contactos directos de las tres excursiones realizadas. La magnífica e insuperable del Español de Barcelona; la del Real Madrid y la del Barcelona.

El Español, en cuyas filas estaba entonces Ricardo Zamora, jugó en el Uruguay dos partidos en 1926, que aún no se habrán olvidado. Llegaba de actuar tres veces en la Argentina, con dos victorias ante las Selecciones del Norte y Sur y un empate con la Selección Nacional. El primer encuentro de Montevideo, con el Nacional, lo ganó por 1-0. La tensión llegó al máximo porque en las filas locales habían estado los olímpicos Mazali, Andrade, Urdinaran, Castro, Cea y Romano. El Peñarol se apuntó la victoria por 1-0 y el autor de este tanto—primera victoria sobre el Español—el genial Piendibene, fué obsequiado con una casita en una playa de moda, costeada por suscripción popular. No se olvide que todavía el profesionalismo no había sido oficialmente declarado. Este tanto del delantero centro uruguayo es uno de los más famosos que se recuerdan en Uruguay y España.

El camino que Uruguay tuvo que recorrer en la IX Olimpíada fué mucho más difícil. Los españoles llevamos allá el equipo «amateur» y fuimos pronto eliminados por Italia. Uruguay logró estos resultados: victorias sobre Holanda por 2-0, Alemania por 4-1, Italia (semifinal), por 3-2 y Argentina. Dos finales hubo necesidad de jugar porque el futbol argentino atravesaba un gran momento también. El 10 de junio se registró empate a un gol, tras haber ido delante Uruguay durante mucho tiempo por el tanto de Petrone. Ferreira logró el empate y en la prórroga nada se aclaró. Encuentro algo violento y muy disputado. Uruguay alineó a Mazali; Arispe, Nasazzi; Gestido, Fernández, Andrade; Campolo, Cea, Petrone, Castro, Urdinaran.

El 13 se decidió la gran pugna. Uruguay modificó su equipo, por lesiones, entrando Piriz de medio centro y tres nuevos hombres en el ataque: los extremos Figueroa y Arremón y el delantero centro Borjas. Los argentinos sólo variaron el interior izquierda. En sus filas estaban los famosos Paternoster, Monti, Orsi y Ferreira. Empate a uno en la primera parte (Figueroa y Monti) y gol triunfal uruguayo luego de Scarone. Otra vez el título olímpico ganado para Uruguay por un sensacional conjunto.

Oficialmente implantado por todos los países el profesionalismo, se excluyó el futbol de la Olimpíada de Los Ángeles y en su lugar se creó la Copa del Mundo exclusivamente para él. A Uruguay le correspondió la organización de la primera, en 1930, que no tuvo el esplendor esperado por la abstención de numerosos equipos europeos, reacios al largo viaje con los antiguos medios de locomoción y temerosos también de realizar papel poco airoso. Los que fueron—Francia, Yugoslavia, Rumania y Bélgica—eran segundas y aun terceras potencias futbolísticas.

El torneo se jugó en cuatro grupos, siendo sus vencedores Argentina, Yugoslavia (que eliminó al Brasil), Uruguay y Estados Unidos. En las semifinales, Uruguay ganó por 6-1 a Yugoslavia y Argentina, por igual tanteo, a Estados Unidos. La final, disputada el 30 de julio, en Montevideo, fué emocionante. Argentina consiguió adelantarse en la primera tanda por dos a uno para terminar vencida por 4-2, en un maravilloso segundo tiempo uruguayo. El nuevo equipo mundialmente vencedor lo integraban: Balestro; Nasazzi, Mascheroni; Gestido, Fernández, Andrade; Iriarte, Cea, Castro, Scarone, Dorado.

La «estrella» uruguaya decae. Decide abstenerse de la II Copa del Mundo que organiza Italia, molesta por la inasistencia europea al anterior torneo. Tampoco se considera ya virtual triunfador. Igualmente no acude en 1936 a la Olimpíada de Berlín, donde vuelve a jugarse al futbol. Ni a la III Copa del Mundo que se celebra en Francia, pese a que este país sí estuvo en Montevideo.

Y así se desemboca en la IV Copa del Mundo, que montan los brasileños levantando para ello el colosal Maracaná. Los hechos son ya de ayer. Uruguay se encuentra con que su valía para «cabeza de serie» es discutida. Brasil, Inglaterra e Italia obtienen puesto prontamente y, al fin, se da el otro a Uruguay por su historia. Pero no cuentan grandemente en la profecía, obstinadas las gentes en

1924 LA FAMOSÍSIMA SELECCIÓN URUGUAYA QUE EN 1924 GANÓ EN COLOMBES EL TÍTULO olímpico. Todos ellos suponen grandes glorias como Scarone, Petrone, Andrade, Nasazzi, Cea...

1928 OLIMPÍADA INTERNACIONAL DE AMSTERDAM Y OTRO TÍTULO OLÍMPICO. AHORA frente al viejo rival, el equipo argentino. Como se ve, pocos cambios en el conjunto maravilla.

1930 CIERRE DEL PERÍODO DE ORO 1930 I COPA DEL MUNDO, EN MONTEVIDEO, Y TERCER título logrado. Todavía los rostros de «ases inolvidables», serán recordados por la afición.

LOS CAMPEONES DEL MUNDO

1950

Gastón Maspoles

Shubest Gambetta

Matías González

Rodríguez Andrade

Obdulo J. Varela

Eusebio R. Tejera

Edgardo Ghiggia

Julio Pérez

Oscar B. Míguez

Juan Antonio Schiaffino

Rubén Morán

no citar más nombres que los de Brasil e Inglaterra, retirada la Argentina sensacionalmente.

Las eliminatorias sólo clasifican a los «cabezas de serie» americanos. Los europeos caen de modo sorprendente. Inglaterra ha de dejar el puesto a España, que obtiene tres victorias en su grupo y suma más puntos que ningún país (3-1 a Estados Unidos, 2-0 a Chile y 1-0 a Inglaterra). Italia se ve desbordada por un punto por Suecia. Tres jornadas de dos partidos se disputan en la fase final. En la primera, España y Uruguay igualan a dos tantos y Brasil gana a Suecia por 7-1. En la segunda, Brasil bate a España por 6-1 y Uruguay a Suecia por 3-2. En la última, Uruguay derrota al Brasil por 2-1 y Suecia a España por 3-1. Uruguay es contra toda profecía, justo campeon.

Los uruguayos sólo habían jugado en la fase previa un partido, con Bolivia, ganado fácilmente por 8-0. En cambio, los otros equipos clasificados, habían bregado en firme, especialmente los españoles. Aun así, fué España el único país no derrotado por el campeón mundial y aun tuvo la victoria cogida y que dejó ir en el tiro de sorpresa de Varela, desde medio campo, que fué el empate final. Uruguay estuvo a punto de perder con Suecia y pocos creían en su proeza en la final. Dió esta, en Maracana, la fantástica cifra de más de seis millones de cruceiros (6.272.959), superando a la del encuentro Brasil-España, que tenía el «récord» en 5.682.000.

En el encuentro Brasil-Uruguay bastaba al primero el empate para ser campeón por puntos. Lo sostuvo a cero en la primera mitad. Luego hizo más. Marcó Friaca un gol. Y entonces vino la increíble proeza uruguaya, nervio de una raza de titanes. Schiaffino empató cuando faltaban veintitrés minutos y, en pleno dominio de Uruguay, el extremo Ghiggia logró el tanto del triunfo a sólo diez minutos del fin.

La última gran victoria ha centrado otra vez sobre Uruguay la mirada mundial. En España ha sido curiosa la polémica sobre la esencia de la táctica de su futbol, entre los que han querido ver una colocación algo parecida a la antigua del medio centro y los que la consideran una simple variante de la WM. El error de algún sector español se ha debido a la distinta denominación que Uruguay da a algunos puestos. El entrenador nacional uruguayo, Juan López, explicaba el sistema diciendo que los números 4 y 6, Gambetta y Andrade (nuestros defensas laterales) marcaban a los extremos y eran «medios laterales», y los números 5 y 3, Varela y Tejera estaban sobre los interiores. En realidad, en el campo aparecía la WM, aunque elástica. El número 2, el defensa Matías González, jugaba de central retrasado. Los laterales fueron los números 4 y 6, Gambetta y Andrade. Los volantes eran el 5 y 3, Varela y Tejera, aunque aquel bien adelantado y éste muy atrás. El ataque colocaba escalonado a los interiores, estando el izquierda Schiaffino más atrás para proteger a su medio retrasado.

Lo sucedido fué que Uruguay no se encerró en rígidos sistemas y sus hombres permutaron puestos y acentuaron el avance o el retroceso en cuña, según los casos. Pero, más o menos, fué la WM la posición en el campo. Para España es sorprendente el modo de numerarse, porque Uruguay carga sus dos defensas sobre el delantero centro y el interior derecha y coloca a los medios sobre los extremos, dejando al antiguo medio centro sobre el interior izquierda. Pero ¿qué es esto sino la WM, aunque en España—como en casi todos los países—se juegue con los defensas sobre los extremos? En resumen, siempre habrá tres defensas y dos medios, llámeseles como quiera o con el número que se desee colocarles. Uruguay no innovó nada ni menos retrocedió al método antiguo de dos defensas y tres medios.

Posiblemente Brasil presentó mejores individualidades pero, Uruguay tuvo la gran virtud base de los éxitos: el conjunto. Supo ligar y actuó según las circunstancias. Cerrado y coriáceo ante Brasil y en parte frente a España. Abierto e incisivo con Bolivia y Suecia. Maestros del contraataque, que descansaba en dos maravillosos interiores como Julio Pérez y Schiaffino. Fortaleza y preparación cuidada de los atletas. Practicismo por encima del filigraneo antiguo. Ninguna vacilación en ir al choque y un afán ardiente de triunfo, sin perder jamás la moral en aquel momento crítico de adelantarse Brasil, ante 150.000 partidarios.

No es exagerado calificar así a Uruguay como tierra de campeones de futbol. Cuatro grandes títulos justifican el renombre. Nadie ha podido igualar esta colecta, ciertamente impresionante. Ni los fríos «pross» británicos, ni el ardoroso «calcio» de Italia, ni siquiera la «furia» de España.

PIENDIBENE, EL DELANTERO CENTRO DEL Peñarol, a quien en 1926 se regaló una magnífica casa al marcar un tanto al guardameta catalán Ricardo Zamora en la excursión del Español de Barcelona.

LOS DOS CAPITANES DEL ESPAÑOL Y EL PEñarol, Ricardo Zamora y Piendibene, en el saludo inicial del encuentro que ganaría Peñarol, rompiendo la serie triunfal española de aquellos buenos tiempos.

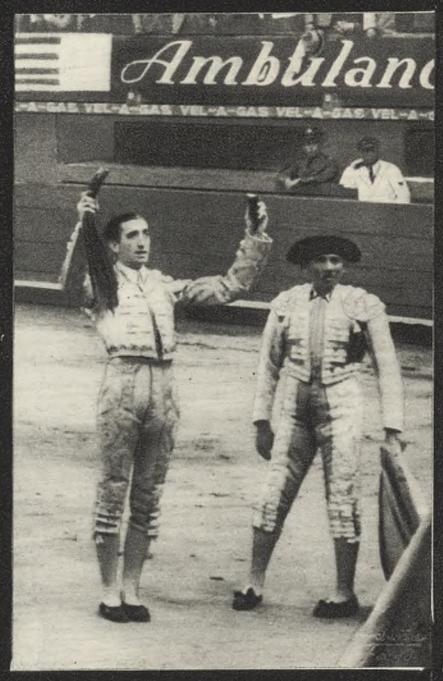
PETRONE, HE AQUI A UNO DE LOS GRANDES fenómenos de la grandiosa edad de oro del futbol uruguayo, que apasionó a las multitudes de Europa y América hace más de una veintena de años.

8 Fotos antológicas de Manuel Rodríguez

EN esa constelación de grandes figuras del arte taurino español, que van apareciendo durante este medio siglo, hay tres nombres que han pasado ya de la simple antología taurinoerudita a la más viva del romance popular: son los tres toreros que, además de la estampa de su valor, dejaron en la arena su sangre, para perenne testimonio de su heroismo: «Joselito», «Granero», «Manolete».

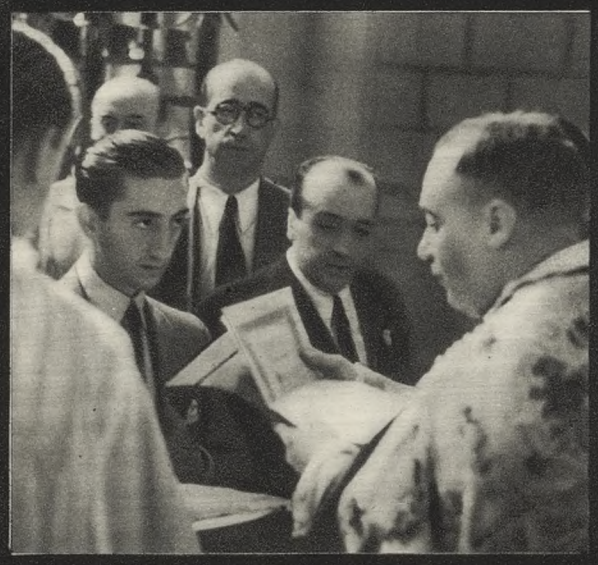
Ahora, en este cuarto aniversario de la muerte del diestro cordobés, queremos dedicarle en estas «fotos» antológicas el emocionado recuerdo de la afición hispanoamericana.

La airosa figura del diestro cordobés avanza con aire concentrado y decidido hacia la presidencia de la plaza, antes de dar comienzo a la corrida.



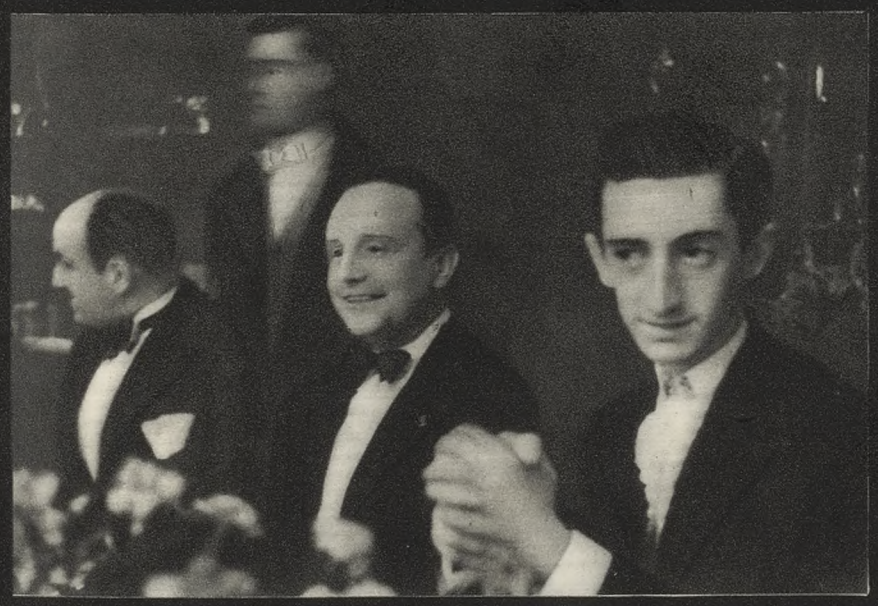
He aquí a «Manolete» después de terminar una de sus faenas triunfales en la plaza de Méjico, donde tanto se le admiraba.

En el recuerdo de los buenos aficionados quedará para siempre la imagen de este gesto de «Manolete» en uno de sus pases escalofriantes, a los que debe su fama.



Ferviente devoto de la cordobesa Virgen de los Dolores, «Manolete» hacía grandes regalos para su culto. La «foto» recoge el momento de hacer una de estas donaciones.

En plena dehesa de toros bravos, «Manolete» se deja maquillar para su actuación como actor en una película de toreros, de la que fué principal protagonista.



Manuel Rodríguez durante el agasajo que le fué ofrecido por la intelectualidad española, en los años de su consagración como primera figura taurina de esta época.

Los toreros mejicanos que vinieron a España para entregar a la madre del diestro la Rosa de Oro, obsequio de las empresas de toros mejicanas, visitan su tumba.

aquella noche en Linares...

POR ANTONIO DÍAZ CAÑABATE

EL 28 de agosto de 1947 estábamos terminando de cenar en el albergue de turismo de Manzanares. Ibamos camino de Linares. Uno de los comensales era Domingo Ortega, quien toreaba la tarde siguiente en esta última localidad. En otra mesa cenaba su cuadrilla. Uno de los banderilleros, «Blanquito», se acerca a nosotros y nos dice que en Linares un toro de Miura había herido gravísimamente a «Manolete». «¿Quién te lo ha dicho?,» le preguntamos. «Uno de aquí, que lo ha oído por la radio.» No pudimos encontrar al informador, que desapareció, sin duda ansioso de divulgar la sensacional noticia. Continuamos el viaje, acelerando la marcha. Pusimos en movimiento la radio del coche y oímos el parte facultativo, que era alarmante en extremo. En el desfiladero de Despeñaperros, muy abrupto y lleno de pronunciadas curvas, nos cruzamos con un coche que hacia Madrid iba. Reconocimos en su conductor a «Gitanillo de Triana», primer espada de la corrida de la desgracia. Dimos voces. Paró. Y angustiado nos dijo que iba en busca del doctor Jiménez Guinea y que el estado de «Manolete» era casi desesperado. Llegamos a Linares en las primeras horas de la madrugada. Y descendimos ante el magnífico hospital adonde había sido trasladado «Manolete». A la puerta de la habitación donde se encontraba estaban «Camará» y Alvaro Domecq, silenciosos, abatidos, deshechos. Nos informaron que había pocas esperanzas. Penetramos en el cuarto. Domingo Ortega se acercó al lecho. «Manolete» le reconoció. «Ya ve usted», exclamó. Domingo pronunció unas palabras de aliento, a las que respondió con un gesto de resignación. Luego cerró los ojos. Salimos. Volvimos a interrogar detalles a «Camará» y a Alvaro Domecq. Fué éste el que habló. La pérdida de sangre había sido enorme. Las transfusiones que se le hicieron—tres—no habían producido la reacción deseada.

En la galería del hospital un grupo de hombres, los banderilleros y picadores de «Manolete», fumaban en silencio. Antonio Bellón, crítico del diario madrileño «Pueblo», gran amigo y admirador entusiasta del diestro herido, manifestaba su nervosismo yendo y viniendo de aquí para allá. De vez en cuando, como una sombra con alas blancas, pasaba una Hermana de la Caridad. Hacia las dos de la mañana «Manolete» pareció reaccionar algo. Pidió agua. Todos los presentes estábamos conscientes de su gravedad, pero nadie creía en un desenlace fatal inminente. Se confiaba en los médicos, que ya estaban en camino: el doctor Tamames, el doctor Jiménez Guinea, en las transfusiones de sangre, en la joven y sana naturaleza del torero, en todo... y en nada. Los minutos transcurrían lentos, lentísimos. De rato en rato nos acercábamos al cuarto de «Manolete». Allí, a su puerta, estaba inmóvil, silencioso, impresionante, su apoderado, «Camará». Alvaro Domecq paseaba. El, no. El permanecía firme frente a la puerta.

A las tres de la mañana resolvimos marcharnos. No se tenían noticias de los médicos que en camino estaban. Domingo Ortega toreaba la corrida del día siguiente. Era preciso que descansara algo. Le convencimos. Antes de irnos entramos de nuevo en la alcoba de «Manolete». Tenía los ojos cerrados. Domingo le cogió una mano y luego le puso su mano en la frente. «Manolete» no se movió. No abrió los ojos. Al salir interrogó Alvaro Domecq: «¿Cómo lo encuentras, Domingo?» «Igual. Está igual.» Ya en el pasillo, nos dijo: «No me marcho. Este hombre está muerto.» Insistimos. Estaba muy grave, pero aun había esperanzas. Por fin, lo arrancamos del hospital.

Teníamos reservadas habitaciones en el Parador del Condestable Dávalos, de la ciudad de Ubeda, que se encuentra a unos kilómetros de Linares. Al arribar llamamos por teléfono a preguntar cómo seguía el pobre Manolo. Igual. En el Parador estaba hospedado Luis Miguel Dominguín, que había toreado aquella tarde con «Manolete» y volvía a actuar al día siguiente en la misma plaza de Linares. Entramos en su habitación, pues estaba despierto. Charlamos un rato. Domingo Ortega repetía: «Está muerto. Está muerto.» Y todos callamos, y así nos estuvimos unos eternos minutos. Nos retiramos

cada cual a su habitación. Me estaba desnudando cuando sonó el teléfono. Me abalancé trémulo al aparato. «Manolete» estaba agonizando. Nos precipitamos al automóvil. Con nosotros vino Luis Miguel. Aun era noche cerrada. A ambos lados del camino, las inmensas ringlas de olivos que festonean al campo de Jaén se nos aparecían como fantasmas. Apenas cambiamos algunas palabras. Leve claror de alba se dibujaba por Oriente al entrar en Linares.

A la puerta del hospital, buen golpe de gente rebullía en silencio. Tanto el doctor Tamames como el doctor Jiménez Guinea coincidieron en que nada había que hacer. «Manolete» se moría.

«Manolete» se murió al filo de las cinco de la mañana.

El silencio, el denso, abrumador silencio del hospital, se perturbó con sollozos, que desbordaban de pechos acongojados, en donde toda la noche estuvieron contenidos; pechos recios, varoniles, curtidos en los peligros y en los embates de la vida y de los toros. Y también se oyeron ayes y lamentos de mujer...

¡Qué extrañas y qué magníficas las lágrimas en los rostros de los toreros!

«Camará» dispuso, para en cuanto fuera posible, trasladar el cadáver a Córdoba. Antonio Bellón, sobreponiéndose a su dolor, salió a facilitar los indispensables trámites burocráticos y judiciales.

Jamás he visto una aflicción tan serenamente conllevada como la de «Camará». Parecía ausente de cuanto le rodeaba. Mudo, con los ojos fijos en el suelo, la cabeza inclinada, los brazos cruzados, pero el cuerpo enhiesto, sin desaliño su indumentaria, sin rictus ni una contracción en su rostro. Se le veía que estaba derrumbado y, sin embargo, estaba en pie, terso y rígido como un árbol.

A todo esto, el dulce claror del alba se había extendido con esa suavidad, con esos pasos menudos, quedos, imperceptibles, del nacer del día, como si el cielo temiera despertar a la tierra. Por los ventanales de la galería del hospital iba penetrando la luz tímidamente, y en seguida a raudales. Afuera, el gentío aumentaba tan vertiginosamente como la luz. Las galerías del hospital también contenían muchedumbre de personas. «Camará» recibía los pésames, imperturbable.

Sobre las diez de la mañana sacaron el féretro. Todo el pueblo estaba congregado en torno al hospital. La mañana era esplendorosa, luminosa, de fuerte sol e intenso azul. Bochorno agosteño en tierras del sur. La mujeres del pueblo lloraban. Muchos hombres, también. El cadáver del glorioso torero pasó entre la multitud, hendiendo el silencio, envuelto en los rayos del sol.

Cuando la fúnebre comitiva partió nos encaminamos al hotel Cervantes. Allí, Pedro Balañá, el empresario de la plaza de Barcelona, y asimismo de la de Linares, nos comunicó la supresión de la corrida de la tarde. Llamaron al teléfono a Domingo Ortega. Era la empresa de la plaza de toros del Puerto de Santa María para ofrecerle el puesto de «Manolete» para la corrida del domingo—estábamos a viernes—. Aceptó. Nada teníamos que hacer en Linares. Dispusimos emprender el viaje inmediatamente para pernoctar en Sevilla.

En un patizuelo del hotel Cervantes se congregaron todos los toreros. Luis Miguel salía para Almería, donde toreaba al día siguiente. El «Andaluz» y otros marchaban también a distintos puntos. «¡Vámonos! ¡Vámonos!», se repetía de tiempo en tiempo. Pero los toreros no se levantaban de unas desvencijadas sillas, donde estavan derrumbados, como si algo invisible los retuviera allí.

Nuestro coche fué a repostarse de gasolina. La plaza de toros de Linares está a unos pasos del hotel Cervantes. Alguien me propuso ir a ver el sitio del ruedo donde fué herido «Manolete». Accedí, y hacia la plaza fuimos. Nubarrones negros cubrían el sol. Caía una llovizna menuda y refrescante. Entramos por el pintoresco patio de caballos, de rancio sabor y diseño. Penetramos en el ruedo. Llovía con más fuerza. Del cielo, momentos antes lleno de sol, desapareció todo su rastro. Espesas nubes lo entoldaban. «¡Aquí fué! Exactamente aquí», me señalaba un testigo de la tragedia.

Siempre, no sé por qué, el contemplar una plaza de toros vacía me acongoja el ánimo. Aquella mañana tan triste, después de aquella noche tan tremenda, sólo pude permanecer breves instantes sobre aquella arena que empapó la sangre de un hombre que ya no existía y cuyo cadáver iba allá, hacia su Córdoba natal, en busca de reposo eterno. De un hombre que sólo unas horas antes, menos de veinticuatro, refulgía en aquel ruedo, vencedor de la vida y de su arte, vencido por la misma suerte que quiso aureolar su nombre con los negros crespones de la muerte en pleno triunfo, que es el clásico final de los héroes, de los elegidos.

MAPAS ESPAÑOLES DE AMERICA

La revolución que en tantos órdenes de la vida produjeron las Cruzadas, se plasmó en el de la Marina con la introducción de tres estupendos elementos, tan ligados entre sí, y de cronología tan incierta, que ni siquiera se sabe su relativa precedencia: el timón axial o *a la navaresca*, la aguja náutica y la carta de marear, rígidamente conexos, y que conjuntamente dieron lugar a la época del pre Renacimiento naval.

No menos incierto es su origen, pues sólo trascendió al documento o a la pintura la generalización de su uso, aunque ciertamente aconteció este cúmulo maravilloso de novedades en el Mediterráneo, el mar sabio de nuestra cultura, y concretándonos a la carta, al seno más occidental que baña por igual las costas fronteras de España e Italia; por lo que la diputan por nacida en ésta como en aquélla y aún hay quienes, pensando en el Doctor Iluminado, afirman que la carta de marear surgió en el mismo centro: en la Mallorca de los tiempos de Raimundo Lulio.

Apellidos mallorquines, de clara y aparente morfología italiana, al latinizarse, fueron tomados como italianos y han restado durante muchos años obras conservadas de la cartografía balear, que dieron más fuerza a los que defendían el origen italiano de la invención; pero, tan sin discusión, que — por emplear la lengua del Lacio en la rotulación de estos monumentos de la Cartografía de la baja Edad Media — cada carta anónima que aparecía, era catalogada como italiana, sin grandes escrúpulos, aun por tratadistas de nuestro país [1].

Casi al finalizar el siglo pasado, la ciencia cartológica que fundó el Vizconde de Santarem, entra con el sueco Nordenkiöld y el alemán Rrestchmer en su segunda fase, al disponer casi de los actuales métodos de reproducción y de estampación — harto más fieles y científicos que el calco, el grabado y la litografía — robusteciéndose la tendencia españolista, cuyos principales paladines fueron y

son extranjeros, descollando en nuestros días los interesantísimos trabajos de Winter y de von Bessel, que abren un campo nuevo en el problema de las atribuciones, que en España, sin embargo, no se ha aceptado alegremente y sin reservas, como tampoco la tesis italiana, pobre también de argumentos definitivos [2].

Mas estas actividades las anuló, absorbiéndolas, la Casa de la Contratación, de Sevilla, a partir de 1503, año de su erección y, más ciertamente, desde que se creó el Padrón Real, registro gráfico de las novedades hidrográficas que aportaban a Castilla con la última armada o carabela descubridora, en su tornaviaje al Nuevo Mundo.

Las referencias documentales de cartas de esta primera época de los descubrimientos suman centenares y, sin embargo, no llegan a la docena las conservadas; no sólo las pérdidas constantes de naos el uso y manoseo de aquéllas, como los conocidos incendios de la Casa [3] y aun los patentes robos de expedientes y de la célebre *arca de las tres llaves,* del Cosmógrafo Mayor, sino el mismo desprecio por lo que carecía de actualidad las hizo desaparecer como cosas ya inútiles. No consta en papeles del Archivo de Indias que se enajenasen las ya antiguas y, por caducadas — que así se denominan las cartas ya corregidas por otras sucesivas — , inútiles; mas, de fijo, que muchas fueron a parar a encuadernadores para aprovechar su pergamino en tapas y lomeras [4].

Durante casi todo el mes de marzo de 1508 se reunió en Burgos una llamada Junta de Mareantes en la que Juan de la Cosa, Vicente Yáñez Pinzón, Américo Vespucio y Juan Díaz de Solís, trataron largamente de las cosas de descubrir. Consecuencia de ella entre otros extremos fué la creación del cargo de Piloto Mayor de la Casa de la Contratación, al que la Real Cédula de 6 de agosto, refrendada en Valladolid, confería la enseñanza de náutica a los futuros pilotos de los mares de Indias con el concurso de los más hábiles pilotos examinados, además de la formación de cartas de navegar por aquellas partes, mediante la creación de *un padrón general con todas las tierras e yslas de las Indias que hasta hoy se han descubierto pertenecientes a los nuestros reinos y señoríos,* que había de llamarse Padrón Real. Por nueva Cédula de 1512, al ser nombrado Solís para servir el cargo, se reglamentó más por menor la obligación de los pilotos de registrar las nuevas tierras, islas y bajos que hallasen y dar cuenta de ello a la Casa para que fuesen asentados propiamente en el Padrón que, así, fué fruto de todos los navegantes y estaba en continua evolución, tan reservada como anónima.

Ninguna producción cartográfica podía superar a la magnífica realidad del Padrón Real y sus copias ejecutadas por el Piloto Mayor, y más luego también por los cosmógrafos de la Casa, debidamente comprobadas y selladas, iban a manos de los que habían de compasearlas navegando a las Indias para, a su vez, traerlas con nuevas enmiendas para el Padrón.

La influencia tolomaica que llevaban en sí los portulanos desapareció y, tal vez importada de Portugal, surge la *carta cuadrada* que nosotros llamamos de grados iguales, en cuya construcción ya no interesaban la araña y las rosas, que eran entonces sólo resabios estilísticos, y con ella, con su continua evolución, lo que Denucé denominó *cartografía positiva* o especulativa.

La Casa de la Contratación, si fué centro geográfico y cartográfico formidable, con organización metódica casi actual, no constituyó — al contrario que lo acontecido en Mallorca, de fijo que por su fuerte arraigo gremial — lo que pudiéramos denominar escuela, desde el punto de vista estilístico, y cada cosmógrafo capacitado para ello oficialmente, copiaba el Padrón sin merma de su propia personalidad manual.

Como es natural, surgieron las graduaciones de grados de longitud y de latitud, el papel de marca fué sustituyendo al pergamino, ausente ya en el islario de Santa Cruz (1545); se multiplicaron las

sondas, que aparecieron por vez primera, que sepamos, en la carta de Juan de la Cosa (1500); y las arañas de rumbos sólo dejaron de rellenar la mar con sus líneas de colores, cuando se generalizó la proyección mercatoriana; la legua empleada fué siempre — con rara y sorprendente excepción — la de 17 ½ al grado, y su mayor característica fué siempre la de registrar la última novedad hidrográfica de nuestras provincias ultramarinas llegada al río de Sevilla.

Se ignora su proceso, pero es indudable que el núcleo marinero, importantísimo, que existió de Ayamonte a Cádiz, por lo menos desde la mitad del siglo XV, no careció de cartógrafos.

Recuérdese que uno de los pilotos que Juan II envió a Poniente a descubrir fué de Palos; y que en la expedición de Alvarez de Cabral, el cosmógrafo mestre Juan escribió al Rey de Portugal la relación en español.

No se pretenda, sin embargo, ver en este párrafo encarecimiento de lo nuestro a costa del legítimo orgullo portugués en punto a su brillantísima actuación trascendental en la historia de la náutica, sino dar un mentís a la teoría que supuso por las riberas del Condado la absurda *generación espontánea* de hombres versados en el arte de la navegación astronómica, creada por los portugueses a través de aquella *Junta dos matematicos,* en la que, por cierto, de entre los cinco que la componían, tres — mestre Moisés, el Obispo don Diego Ortiz y Zacuto — eran españoles.

El que el P. Juan Pérez, Guardián de la Rábida, y el físico de Palos, García Fernández, fuesen entendidos en *astrología,* es algo más que mera coincidencia y confirma el aserto.

Abundaron los pilotos — que incluso Portugal aprovechó — y lo demuestra la nómina, cuyo número sorprende, de los que nutrieron casi exclusivamente nuestras primeras actividades descubridoras; si es imposible que desconocieran el navegar carteando, no es lógico que a su socaire dejaran de florecer talleres que les proporcionasen material tan imprescindible para su derrota, al igual que surgieron los astilleros y calafates, aunque carezcamos de cartas y mapas contemporáneos, de los que la de Juan de la Cosa — avecindado en el Puerto de Santa María, y tenido por Colón al tiempo de su primer viaje como perito en estos achaques — constituyó el único y posterior testigo.

Mas, el hecho real es que, coincidiendo con el florecimiento de la marina aragonesa y la expansión ultramarina de este reino en el Mediterráneo, aconteció el auge de la cartografía mallorquina, que fué en el siglo XIV, casi en la cuna del portulano, la más estimada, incluso por los italianos, que no dudaron en acudir a los talleres o estudios de Mallorca a practicar y a aprender el trazado de cartas.

Y cuando por 1420 el Infante portugués don Enrique, lleno de auténticas inquietudes marineras, precisó de hombre sabedor en estos achaques, no fué llamado un italiano, sino el mallorquín converso Jaume Ribes, antes Jafuda Cresques, versado asimismo, sin duda, en la hidrografía del Poniente africano, a través de las expediciones por aquellos mares de los navegantes mallorquienes de la mitad del décimo cuarto siglo.

La carta medioeval mediterránea, fiel — y al poco tiempo superior [5] a la versión tolomaica — fué rápidamente generalizada en su nacimiento; tanto, que esta falta de evolución genética, o, al menos, desconocida, ha hecho pensar en un prototipo, que Nordenskjöld denominó *normal portolán,* el cual utilizaron los demás cartógrafos en ciernes; verdadero padrón que, por su exactitud para los erro-

res de la navegación a vela admisibles entonces en el Mediterráneo, subsistió sin grandes variaciones hasta bien entrado el siglo XVII, durante el cual, la escuela mallorquina, agonizante ya, prosiguió, sin embargo, lanzando al mercado de próceres y navegantes primorosos atlas y cartas en pergamino con todas las características góticas de los portulanos y sin nexo alguno, salvo en lo tocante a información, con las de Sevilla y Lisboa, ni más ni menos que las trabajaron las de Amsterdam o de Amberes, estilísticamente dispares de cuanto salía de las Casas de la Contratación y de la India.

Por lo demás suelen ser sobrias, como lo destinado a ser útil; a lo más con algún que otro navío; la cartela del rótulo, ingenuamente orlada sin grandes complicaciones, aun en la época barroca; y, las rosas, sencillas, aunque airosas y elegantes, siguiendo la norma mallorquina — mas sin las iniciales de los vientos clásicos del Mediterráneo — casi siempre tuvieron flor de lis al norte, las puntas más agudas y esbeltas que las medioevales, y en absoluto carecieron, en su aspecto total, de esa influencia oriental que caracterizó a las portuguesas, en ocasiones tan bellas.

No debieron de faltar, sin embargo, las prolijamente adornadas, máxime si recordamos que un cartógrafo de la Casa, García Torreño, andaba a sueldo del Cabildo Catedral para iluminar misales y libros de coro, y buena prueba de ello es la del licenciado Antonio Moreno, que reproducimos.

Por estar organizada tan propiamente la edición manual de cartas y por no ser necesario gran número de ellas a la salida de cada flota, no fué preciso el grabarlas; lo que, por otra parte, hubiera sido contraproducente para su continua evolución.

Ello explica el por qué de la falta de estas cartas grabadas, que algunos autores han esgrimido en contra nuestra, achacándolo a nuestro pretendido atraso, que bien claro está que no le hubo, cuando, con Portugal de la mano, éramos los más punteros.

Mediado el siglo XVII, aunque en la Contratación sevillana seguía al día el Padrón Real, los llamados *vagones* o atlas holandeses estuvieron muy en boga entre nuestros pilotos a pesar de estar plagados de errores; porque, aunque algo trascendía de nuestros conocimientos hidrográficos americanos, el pretendido secreto de ellos, aunque a la postre inútil, retardaba bastante la novedad.

Ello hizo que al fin, y por iniciativa del Cosmógrafo Ruesta, se grabase por 1654 por vez primera una carta oficial nuestra; pero, no se diga que por atraso en el arte del abrir planchas, el procedimiento no prevaleció. Por ello, el Colegio de San Telmo primero, y las Academias de Pilotos, después, constituyeron verdaderos centros productores de cartas manuscritas, en cantidad suficiente para abastecer nuestras necesidades y dificultando así un tanto el que llegasen a conocimiento del extranjero.

El personalismo se acusó más en otro género de cartografía — si en ocasiones pudiera denominarse así — que originó el Consejo de Indias, sin que en su confección interviniese la Casa; nos referimos a la terrestre o, más bien, topográfica, generalizada en las regiones americanas, de norte a sur, y bien mediado el tercer cuartel del siglo XVI, con ocasión de las llamadas *Relaciones Geográficas*, que obligatoriamente debían de elevar los regidores y gobernadores, contestando a vastísimo interrogatorio que solían evacuar acompañado de mapas del más primitivo y encantador procedimiento cartográfico, cuando, como era frecuente, se carecía de personal capacitado para estos dibujos geográficos que en lugar de llamar, como ahora y mal, «croquis», decían *rasguños* y, en verdad, que arañaban a toda buena conciencia geográfica.

Las *Relaciones Geográficas* corresponden a una misma época como consecuencia del interrogatorio fechado en 25 de mayo de 1577, que demuestra la curiosidad científica y vivo interés con que en España se estudiaban los asuntos de Indias; fueron estudiadas por vez primera como colección por don Fermín Caballero, quien en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, en 1866, resaltó el valor geográfico e histórico de estos documentos.

Prosiguió su estudio e inició su publicación el ilustre americanista don Marcos Jiménez de la Espada [6], quien con su minuciosidad característica historió el origen y vicisitudes de esta enorme tarea, que constituyó la ilusión del grande estadista comendador Ovando, así como el conde de Lemos, autores de los interrogatorios de los primeros tiempos de la Conquista.

La Colección de Documentos inéditos para el descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de Ultramar, publicó dos tomos con las de Yucatán, que ilustró don José María Asensio, y a las que la Real Academia de la Historia pensaba añadir las restantes de Nueva España.

Las de Venezuela las dió a luz don Angel Altolaguirre [7] y, finalmente, don Germán Latorre [8] prosiguió la empresa con algunos de esta misma provincia, de Nueva Granada y del Tucumán.

Independientemente de estos intentos sistemáticos se publicaron algunas por separado por distintos autores en libros y monografías sin conexión, y no escasas contiene la colección del *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, de Madrid, así como la de los *Bibliófilos Españoles* y la publicada por Torres de Mendoza.

En realidad, según demostró Jiménez de la Espada, el primer interrogatorio — cuyo precedente son las preguntas que los Reyes Católicos hicieron a Colón en Barcelona en su primer tornaviaje — fué en 1569, al que prosiguieron ciertas *Ordenanzas* [9], con cuya experiencia se redactaron las preguntas de 1577 y hasta las *Instrucciones para las observaciones de los eclipses de luna y verificar por ellos las alturas y longitudes*, dictadas por el cosmógrafo López de Velasco, que surtieron efecto con el de aquel mismo año, observado aquí en España, en Toledo, Madrid, Valladolid y Sevilla, y en América por los Angeles y Veracruz, que nos permitió conocer la longitud de estos lugares y efectuar la primera gran corrección en las cartas universales, a la que prosiguieron las observaciones de los acontecidos en 1578-1584 y tantos más y que florecieron en las expediciones de Juan y Ulloa, junto con los académicos franceses para la medición del meridiano en 1734, y en las de los también marinos Doz y Medina, por 1769, en la California, junto con el abate Buache y el ilustre Alzate, para observar el paso de Venus por el disco solar.

Labor sistemática que no reconoció desmayos en los tres siglos largos de nuestra posesión de aquellas tierras del continente americano, como demuestra, además, la erección, a fines del siglo XVIII, del Apostadero de San Blas en las costas mejicanas del Pacífico, no para defenderlas con armadillas guerreras, sino para proseguir del modo más tenaz y científico el reconocimiento minucioso hasta el he-

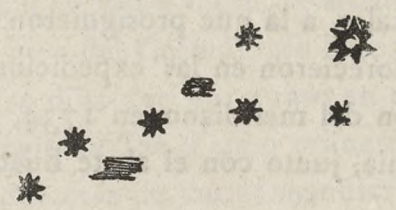
lado estrecho de Behring, de riberas escabrosas de la Alta California, por los años mismos de las tareas misioneras de Fray Junípero.

Los tales mapas o *rasguños,* aun cuando los hay de buena mano y hasta con arrumacos y pretensiones, no son sino la versión plástica de un concepto o información geográfico; no es raro que carezcan de la proporción que da el conocimiento exacto de la posición relativa de pueblos y accidentes, como de escala gráfica y aun de orientación. En cambio, abundan en leyendas, algunas de enorme interés local, y no suelen faltar árboles, casas, animales y escenas de caza o de guerra.

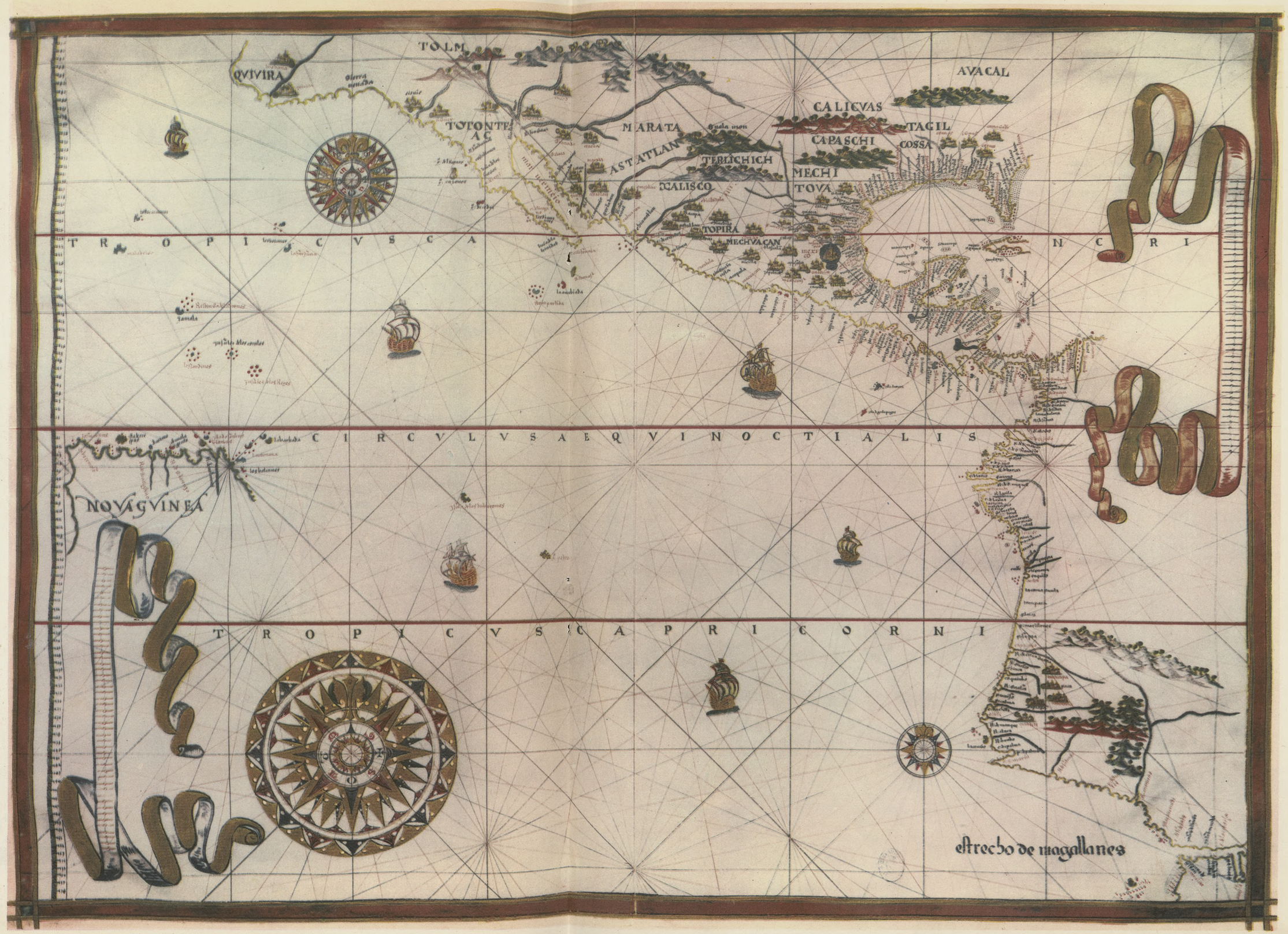
Por tratarse de dibujos y pinturas, más que de mapas, no entramos ni siquiera en la breve exposición de los grupos en que podrían dividirse, que son tantos cuantas abarca la historia de las fórmulas de expresión pictórica, que entre las ahora reproducidas van desde el gracioso mapa de atrayente ingenuidad, a la soberbia panorámica que constituye como un bello boceto de quien manejando la pluma demostró no era manco, pasando por alguno meticuloso, trazado por concienzudo delineante.

Unos y otros, junto con los bellos y un tanto arcaicos de los y Olivas Martínez de la escuela mallorquina, y los que con todo el rigor científico de la época se trazaron en la Contratación o bajo su influjo, constituyen buena, aunque mínima prueba — y bella, además — de la constante contribución de España a la Geografía Universal en la época áurea de los descubrimientos al llevar a cabo la misión histórica que Dios le señaló, de descubrir, colonizar y dar a conocer un continente y el mayor de los Océanos, el Pacífico, poniendo a contribución con tesón sus mejores hombres, ciencia, leyes y virtudes, en tarea sin ya posible par, que hizo exclamar a un Geógrafo del Rey de Francia.

O heureuse nation Espaignolle: combien estes vous à louer en ce mõde: que nul peril de mort, ne craincte de faim, ou de soif, ny autres innumerables peines ayent eu tãt de force en uers vous, de vous garder que n'ayez circuy & nauigué la plus grãde partie du monde, et par mers, qui iamais n'auoyent esté nauiguées, & par terres incognues, et desquelles au parauãt lon n'auoit ouy parler: et ce seulement par la force de foy et de vertu: qui est certes vne chose si grãde que les anciens ne la veirent ne penserentonques: mais l'ont estimée pour vne chose impossible.



TYPUSORBIS TERRARUM.—Mitad de la primera hoja doble (lamina I) del atlas de Joan Martines (Messina 1587), que tomamos del libro «Los Mapas Españoles de América», obra de gran lujo editada recientemente por el Duque de Alba, con la colaboración de otros miembros de la Real Academia Española de la Historia. El mapa representa, un tanto rudimentariamente y con inexactos perfiles, el hemisferio occidental o Nuevo Mundo, en proyeccion de moles o circular equidistante sobre un meridiano muy vecino a la ciudad de Méjico. La toponimia es gótica y la orografía escenográfica con castillos o edificios para representar ciudades. Los meridianos están trazados cada diez grados (de a 180° W). Los paralelos se marcan cada diez grados de latitud.



Al mismo atlas de Joan Martines (lámina XIV) que como la anterior, reproducimos del libro »Los Mapas Españoles«, corresponde esta carta del Pacífico y de la costa de América. Según la descripción técnica, la carta es »Araña completa« con rosas de los vientos SE., SW. y NW., dos filacterías con tronco de leguas de 17 1/2 con divisiones de 25 de éstas; meridiano graduado de 58° S. a 47° N. En el mar aparecen galeones navegando a todo trapo.

Mapa del Corregimiento de Mascuilsuchil y Teutitlan (provincia de Guaxaca, Nueva España), que remitió a España el corregidor don Gaspar Asensio, el 11 de abril de 1580. Se trata de un plano sin escala orientado con un sol, e iluminado a todo color. Son muy curiosos los dibujos del monte central, rebatido por una cruz en su cima, los caminos con pisadas de hombres y de herradura, como marcando la dirección, y las iglesias de misiones y humilladeros en perspectiva.

La Isla de la Tortuga

Por M. A. PEÑA BATLLE

En 1603 murió la Reina Isabel de Inglaterra. Gobernó cerca de medio siglo. En 1605 dió término Hugo Grocio a su libro *De Jure Praedae.* Lo escribió para calmar los escrúpulos de algunos accionistas de la flamante Compañía de las Indias Orientales, su cliente, remisos en aprovecharse de las presas que hacían los barcos de la Compañía contra los portugueses. En 1608 se publicó el capítulo XII de la obra, con el título de *Mare Liberum.* Esta publicación tuvo una finalidad política: la de levantar la opinión pública europea contra España, que pretendió, en las negociaciones de paz coronadas con la Tregua de Amberes, del 9 de abril de 1609, eliminar a Holanda del comercio con las Indias. Holanda ganó su causa, aunque en términos muy ambiguos (1).

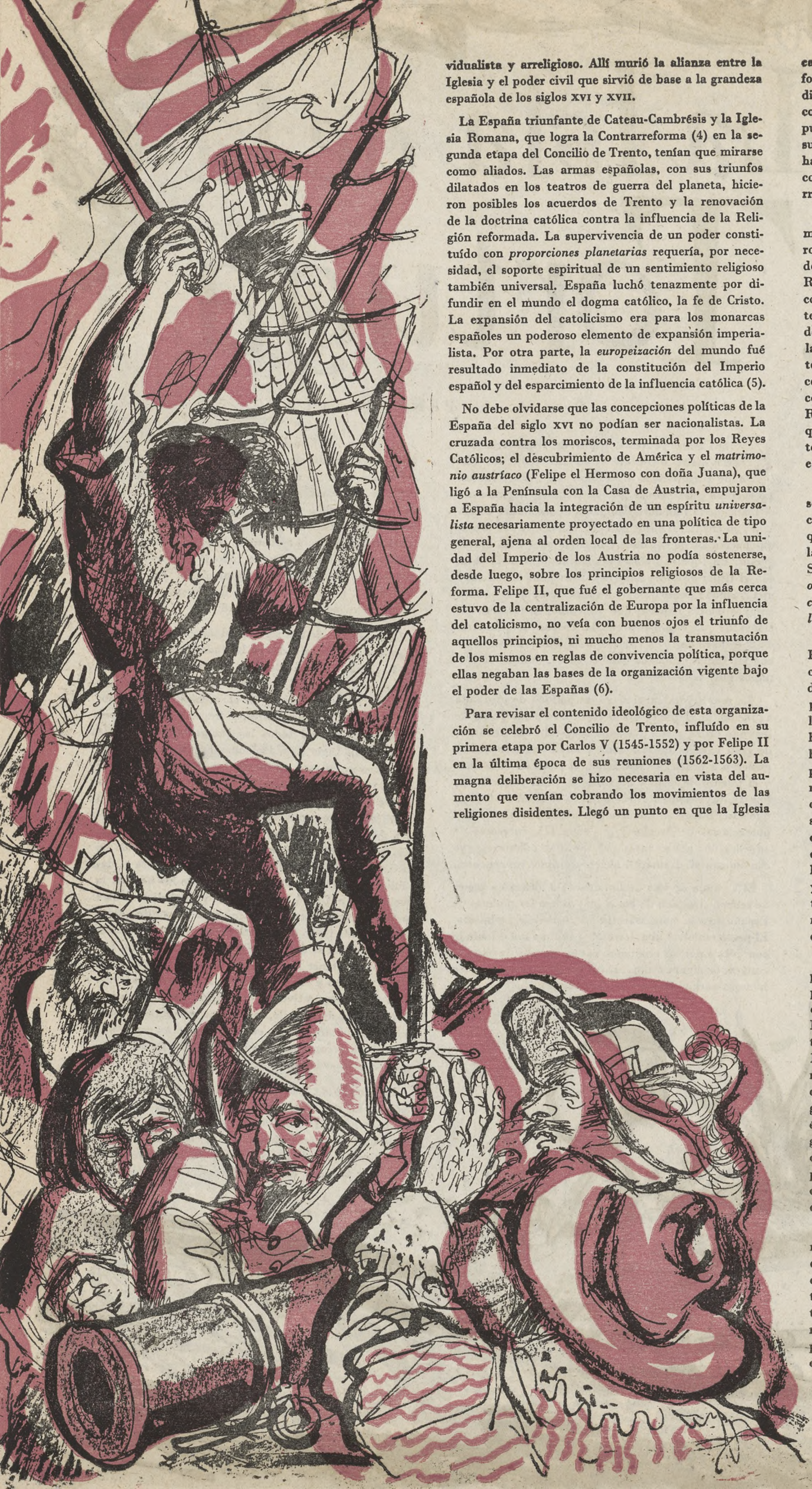
La muerte de Isabel cerró un período de profunda agitación, en el que se inició Inglaterra como poder de segundo orden y del que salió investida con atributos de gran Estado. La enconada y larga lucha en que se pusieron a prueba la tenacidad, el cinismo, la astucia y el talento de la hija de Enrique VIII, frente a Felipe II, tuvo aparente concierto en el Tratado de Paz que suscribieron en Londres (agosto de 1604) los plenipotenciarios de Jacobo I y Felipe III, sucesores de aquellos dos gobernantes que tanto se odiaron y que con ahinco tan dramático hicieron visibles sus rencores.

El Tratado de Paz de Londres sólo alcanzó a poner de relieve el estado de cosas que contra los poderes de España creó la política *realista* de Isabel de Inglaterra. El pacto envolvió una derrota, y aunque fué celebrado con júbilo por los españoles, es seguro que de haberse convenido algunos años antes hubiera parecido poco honroso para el Reino y el Monarca (2).

La enorme influencia doctrinaria de Grocio se explica por el cambio que en las ideas políticas y en las corrientes jurídicas de la época determinaron, de consuno, el programa religioso y el programa comercial de la Reina inglesa contra la vigencia del *statu quo*, que beneficiaba a España. El insigne escritor y jurista recogía en sus libros el espíritu de la época nueva, según maduraba en los recodos de todo el universo al resplandor de una epopeya incomparable. En opinión de Claudel, la primera epopeya de dimensiones planetarias que conoció la Humanidad.

Por espacio de dos siglos se desangró España, sola contra el mundo, en todas las latitudes: frente al Turco, en Lepanto; frente al Bereber, en Africa; frente al Indio, en el altiplano del Anahuac o en las cumbres de los Andes; frente al tagalo, en el archipiélago filipino; frente al inglés, en los mares, y frente a los Príncipes reformados en casi todos los campos levantiscos de Europa (3). Inglaterra, Holanda, Francia y Alemania encontraron en esta contienda las esencias de su formación nacional, finalmente organizadas en los moldes de los Tratados de Westfalia (1642-1648). El contenido jurídico de estos convenios estatutarios del nuevo orden de cosas europeo procedió de las doctrinas de Grocio, protestante y uno de los directores intelectuales de la insurrección de las Provincias Unidas contra el dominio español. El contenido político de las mismas lo construyeron Isabel, Enrique IV y Richelieu contra la tesis universalista y ecuménica de la política española. España luchó por mantener la unidad del mundo católico, según se definió en el Concilio de Trento. Luchó por mantener la configuración del Imperio, en el orden religioso y en el comercial. Luchó por mantener el espíritu corporativo de la religión católica, contra la injerencia del Estado, autónomo y soberano. Combatió los individualismos en interés de conservar como base de la organización social la unidad de un sentimiento trascendente de tipo dogmático.

El Concilio de Trento marcó el triunfo y la renovación de las doctrinas católicas, por las que luchó con denuedo Felipe II. Los Congresos de Westfalia, ochenta años más tarde, recogieron, por el contrario, el éxito de quienes en política abrazaron las enseñanzas de Lutero y Calvino. En Westfalia nació el Estado indi-



vidualista y arreligioso. Allí murió la alianza entre la Iglesia y el poder civil que sirvió de base a la grandeza española de los siglos XVI y XVII.

La España triunfante de Cateau-Cambrésis y la Iglesia Romana, que logra la Contrarreforma (4) en la segunda etapa del Concilio de Trento, tenían que mirarse como aliados. Las armas españolas, con sus triunfos dilatados en los teatros de guerra del planeta, hicieron posibles los acuerdos de Trento y la renovación de la doctrina católica contra la influencia de la Religión reformada. La supervivencia de un poder constituído con *proporciones planetarias* requería, por necesidad, el soporte espiritual de un sentimiento religioso también universal. España luchó tenazmente por difundir en el mundo el dogma católico, la fe de Cristo. La expansión del catolicismo era para los monarcas españoles un poderoso elemento de expansión imperialista. Por otra parte, la *europeización* del mundo fué resultado inmediato de la constitución del Imperio español y del esparcimiento de la influencia católica (5).

No debe olvidarse que las concepciones políticas de la España del siglo XVI no podían ser nacionalistas. La cruzada contra los moriscos, terminada por los Reyes Católicos; el descubrimiento de América y el *matrimonio austríaco* (Felipe el Hermoso con doña Juana), que ligó a la Península con la Casa de Austria, empujaron a España hacia la integración de un espíritu *universalista* necesariamente proyectado en una política de tipo general, ajena al orden local de las fronteras. La unidad del Imperio de los Austria no podía sostenerse, desde luego, sobre los principios religiosos de la Reforma. Felipe II, que fué el gobernante que más cerca estuvo de la centralización de Europa por la influencia del catolicismo, no veía con buenos ojos el triunfo de aquellos principios, ni mucho menos la transmutación de los mismos en reglas de convivencia política, porque ellas negaban las bases de la organización vigente bajo el poder de las Españas (6).

Para revisar el contenido ideológico de esta organización se celebró el Concilio de Trento, influído en su primera etapa por Carlos V (1545-1552) y por Felipe II en la última época de sus reuniones (1562-1563). La magna deliberación se hizo necesaria en vista del aumento que venían cobrando los movimientos de las religiones disidentes. Llegó un punto en que la Iglesia católica sintió con premura la necesidad de refutar a fondo la prédica de Lutero y de Calvino. Se estaba perdiendo mucho terreno y por fuerza se imponía una contraofensiva eficaz. El Concilio restauró, hasta cierto punto, el poder de la Curia. Los Papas abandonaron su «política secular con que habían estado revolviendo hasta entonces a Italia y a toda Europa, y con toda confianza y sin reservas se apoyaron en España y correspondieron a la dedicación de ésta» (7).

Se inició así el proficuo período de la Contrarreforma mediante el engarce de las dos únicas fuerzas que pudieron oponerse al avance de las corrientes individualistas de la nueva religión. Si el catolicismo y la Iglesia de Roma persisten hoy en lo terreno, como elementos de consideración universal, por encima del triunfo del sistema de la soberanía del Estado omnipotente, sólo se debe al desgarrante esfuerzo que realizó España en las centurias de los quinientos y los seiscientos para contener el ímpetu del «humanismo». Sólo a aquel esfuerzo colosal puede referirse la supervivencia del catolicismo como agente de superación nacionalista. La Iglesia Romana no sucumbió entonces, para los humanos, porque Felipe II se la echó al hombro en el Concilio de Trento y la confundió con las esencias mismas del imperio español (8).

La acción del Príncipe no tuvo, como hemos dicho, sentido meramente personal. Se la impusieron las circunstancias que lo rodeaban. Hizo exactamente lo que tenía que hacer. No hubiera podido abandonar la Fe católica sin riesgo de afrontar serios peligros. Según Ranke, *la idea que unía a todos los países en su obediencia* era la de que el Monarca, *por sobre todo, cumplía la misión de propagar la fe cristiana y católica* (9).

Abandonar esa función era sumamente arriesgado. Por otra parte, observa el mismo autor que la propia constitución del Reino, resultado de quinientos años de lucha contra la penetración morisca, estaba toda impregnada de esencias católicas y que la intolerancia religiosa era elemento básico del sistema español de gobierno. Sin la Inquisición no era posible entonces gobernar en España, porque allí formaban un solo cuerpo político el poder real y el poder eclesiástico, complementándose el uno y el otro (10). Felipe II, el Príncipe católico por excelencia, se mantuvo inflexible en sus sentimientos, llevando hasta lo increíble la lógica rigidez de su programa político. Sin las excepcionales condiciones de este gobernante es muy difícil que España hubiera logrado la plenitud de su influencia en el mundo y el cumplimiento perfecto de una dilatada misión histórica. Fué el Rey muchas veces maestro y guía del mismo Papado, que no siempre anduvo de buenas con el Solitario de El Escorial.

Conviene hacer notar que la alianza católica de España y la Santa Sede no menoscabó ni en un punto las prerrogativas del poder civil de la Corona. Ningún Príncipe pudo ser más celoso de sus fueros que Felipe II. El entendimiento se hizo con un definido sentido político. Antes que entregarse España a la influencia de Roma, fué ésta la que entró en la órbita de los poderes reales, que conservaron la integridad de su estructura civil. Ahora bien; como la gran revolución que dió origen al establecimiento de los sistemas políticos de la época moderna tuvo un contenido social al par que religioso, y la protesta contra el poder eclesiástico tuvo como forzada secuela la sublevación frente al poder político que de aquél se nutría, ambos se vieron en el caso de aunar sus fuerzas para combatir a un enemigo común (11).

Esta obligada política de aproximación estaba llamada, a su vez, a producir otro proceso de igual signo entre los diversos factores, tanto religiosos como civiles, que se habían enfrentado al binomio católico presentado en el Concilio de Trento. Y así como las circunstancias que rodearon a Felipe II y a España les impusieron la función histórica de aliados del catolicismo, impusieron también a Isabel de Tudor y a Inglaterra las circunstancias que les rodearon, el papel de defensores

del protestantismo y de las tendencias políticas de carácter individualista que se desprendieron de aquel movimiento religioso. Isabel no se convirtió en la Reina protestante por excelencia como resultado de una libre y espontánea decisión de su ánimo. Si aceptó la alianza con los reformados, lo hizo en razón de las exigencias de la época en que le tocó gobernar. Cuando se dió cuenta de que el curso de los acontecimientos la conduciría a la rivalidad con el Rey católico se puso a la cabeza de todos aquellos elementos y factores que dejó ante sí la alianza de la Santa Sede con España.

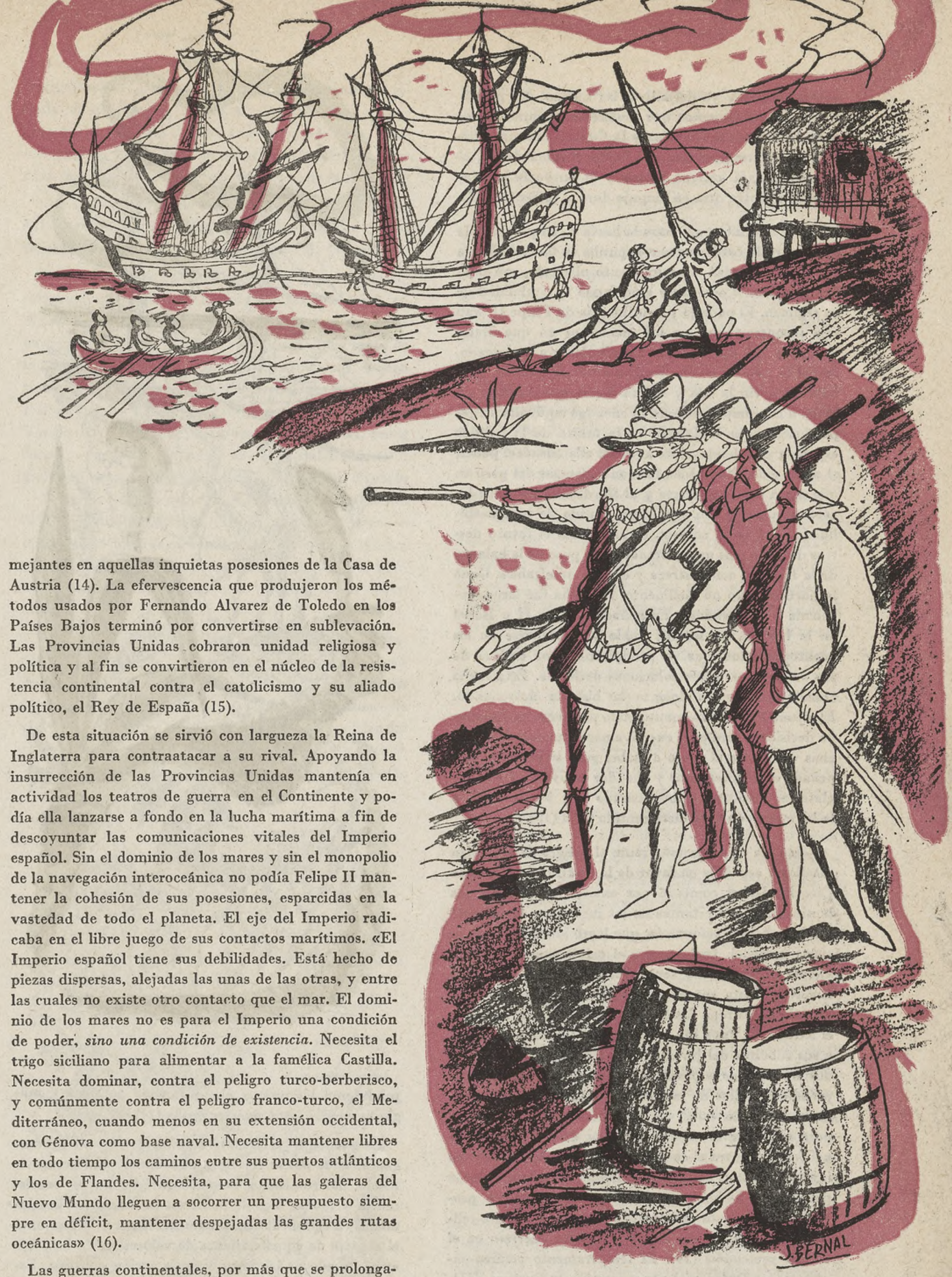
Los resultados políticos del Concilio de Trento, al orientar la Contrarreforma, determinaron la reacción inglesa que dirigió Isabel; del mismo modo que el triunfo del protestantismo contra la Iglesia católica hubiera implicado la caída irremediable del poderío español, el triunfo de la Contrarreforma y del movimiento revisionista de Trento implicaría la definitiva entrada de Inglaterra bajo la influencia católica de España. Lutero e Isabel, Sir Walter Raleigh, Sir Francis Drake y el Príncipe de Orange-Nassau, Calvino, Grocio y la Compañía Holandesa de las Indias Orientales cumplieron una misma función subversiva, dirigidos, indudablemente, por un mismo impulso creador: aquel que desde el fondo de su naturaleza impele al hombre hacia la constante transformación de los valores sociales que ordenan su vida.

Contra esa ineludible ley del cambio en las instituciones humanas consumió España todo el contenido de su preponderancia mundial. Pero el esfuerzo no se perdió. Los pueblos, como los hombres, viven del subconsciente, del sedimento invisible de sus acciones voluntarias. Al aliarse al catolicismo y consumir su poderío en ese acuerdo, España salvó la unidad espiritual de la civilización occidental y la influencia de una fuerza poderosa llamada todavía a producir efectos sociales de perdurable repercusión. Ese fué el mejor de los resultados que se obtuvieron del Concilio tridentino: la creación de un consorcio capaz de enfrentarse por largo tiempo a la expansión de las ideas nuevas, a fin de producir el equilibrio necesario para una revalorización pausada, y no catastrófica, de los sistemas vigentes (12).

La acción de España dió lugar a que no se produjera solución de continuidad en el cambio de los valores esenciales y a que la cópula entre el humanismo renacentista y los escolásticos, o, lo que es lo mismo, la transformación de lo *puramente europeo* en lo *universal*, de la cristiandad en la *humanidad*, se realizara mediante la fusión de todos los reflejos de la conciencia europea, sin que ninguno de ellos pereciera como elemento de civilización. Eso sólo explica la supervivencia de la Iglesia católica como entidad de tipo superestatal y su influjo en el concierto de las naciones.

Armado con las limpias y duras armas que se forjaron en Trento se lanzó Felipe II a la reconquista del sentimiento católico. La ofensiva tuvo resultados perdurables. Para entonces había surgido también el lábaro de la Compañía de Jesús, y San Ignacio había escrito la prosa áspera e irresistible de los *Ejercicios* y las *Constituciones* (13). Aunque sin hacer buenas migas, Felipe II y los hijos de Loyola emprendieron al mismo tiempo la cruzada contra el protestantismo; con inflexible arresto militar el primero y con penetrante influjo de persuasión y recuperación espiritual los otros. Entonces floreció la mística española hasta términos insospechados de sublimidad con la vida y las obras de San Ignacio, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Fray Luis de Granada y Fray Luis de León. El resurgimiento católico tuvo proporciones generales y se esparció por todos los senderos del alma y del pensamiento.

Al tiempo que los jesuítas llevaban a Alemania, con buen resultado, los estatutos de la Contrarreforma, según los elaboró el Concilio, para vitalizar allí, en el centro mismo de la sedición, el nuevo espíritu romano, Felipe II enviaba a Flandes, con poderes firmados en blanco, al Duque de Alba para que cumpliera fines semejantes en aquellas inquietas posesiones de la Casa de Austria (14). La efervescencia que produjeron los métodos usados por Fernando Alvarez de Toledo en los Países Bajos terminó por convertirse en sublevación. Las Provincias Unidas cobraron unidad religiosa y política y al fin se convirtieron en el núcleo de la resistencia continental contra el catolicismo y su aliado político, el Rey de España (15).



De esta situación se sirvió con largueza la Reina de Inglaterra para contraatacar a su rival. Apoyando la insurrección de las Provincias Unidas mantenía en actividad los teatros de guerra en el Continente y podía ella lanzarse a fondo en la lucha marítima a fin de descoyuntar las comunicaciones vitales del Imperio español. Sin el dominio de los mares y sin el monopolio de la navegación interoceánica no podía Felipe II mantener la cohesión de sus posesiones, esparcidas en la vastedad de todo el planeta. El eje del Imperio radicaba en el libre juego de sus contactos marítimos. «El Imperio español tiene sus debilidades. Está hecho de piezas dispersas, alejadas las unas de las otras, y entre las cuales no existe otro contacto que el mar. El dominio de los mares no es para el Imperio una condición de poder, *sino una condición de existencia*. Necesita el trigo siciliano para alimentar a la famélica Castilla. Necesita dominar, contra el peligro turco-berberisco, y comúnmente contra el peligro franco-turco, el Mediterráneo, cuando menos en su extensión occidental, con Génova como base naval. Necesita mantener libres en todo tiempo los caminos entre sus puertos atlánticos y los de Flandes. Necesita, para que las galeras del Nuevo Mundo lleguen a socorrer un presupuesto siempre en déficit, mantener despejadas las grandes rutas oceánicas» (16).

Las guerras continentales, por más que se prolongaran, no eran sino meros episodios, accidentes aislados, que apenas conmovían el predominio del Monarca de El Escorial. Mientras España mantuviera en actividad el sistema de sus comunicaciones oceánicas no había peligro serio de quebranto. La misma insurrección de las Provincias Unidas no cobró carácter grave sino una vez que los holandeses se lanzaron a los océanos para encontrar allí el verdadero sentido de su independencia. El profundo instinto de estos pueblos por la navegación, más que sus facultades guerreras, constituyó el alma de la insurrección. Cuando Inglaterra y Holanda juntaron sus fuerzas en el mar contra el monopolio español fué cuando verdaderamente comenzó a resentirse la estructura del Imperio. El calvinismo y la piratería fueron los más peligrosos enemigos de España. La posición geográfica de las Islas Británicas constituyó, sin duda, la clave del triunfo de Isabel en la lucha marítima. La población de Inglaterra no pasaba entonces de unos tres o cuatro millones. Eran poca cosa comparados con las poblaciones de España o de Francia. Sin embargo, los ingleses, ayudados por su aislamiento, lograron resultados fabulosos con el frío realismo político de su gran Reina.

En 1568 se definió en lo irremediable la rivalidad, hasta entonces latente y disimulada, de Felipe II con Isabel de Tudor. La piedra de toque la dió el proceso de María Estuardo, derrotada y fugitiva de su reino de Escocia. Reponer a la Reina católica en el trono escocés fué empeño de primer orden para la Santa Sede y para el Rey de España. La posibilidad inmediata de reconquistar el sentimiento católico en Inglaterra la ofrecía solamente la conservación de la Estuardo en el Poder. En cambio, evitar aquel movimiento se convirtió en propósito de vital interés para la Princesa protestante, a quien empujaron las circunstancias, ya incontenibles, hacia la guerra abierta con los católicos. Si Isabel hubiera desaprovechado la oportunidad que el acaso puso en sus manos, al entregársele la otra Reina, de seguro que el curso de la historia de Inglaterra hubiera sido otro. En este episodio culminante se contrapu-

sieron, en forma ya definitiva, las fuerzas, los principios y los sentimientos que dividieron al mundo después de Trento: la Reforma y la Contrarreforma: «España e Inglaterra, el Sur y el Norte, el romanismo y el germanismo, la antigua Iglesia y la nueva fe lanzándose una contra otra en empuje duro y viviente» (17).

La Reina Tudor, amenazada hasta en su propia vida por el partido católico que conspiraba en favor de María Estuardo, se lanzó sin miramiento ni recelo, con paso firme, al bando opuesto y aquí fundó la estabilidad de su régimen. El poderío y la influencia de Felipe II eran casi incontrastables en los momentos en que María Estuardo fué encarcelada. Desafiarlos era arriesgado. Isabel lo sabía y mucho titubeó antes de hacerlo, pero bien claro vió la fría y astuta Reina que rendirse sin lucha a la omnipotencia de su enemigo equivalía a fijar para siempre a Inglaterra en la órbita de la política española y probablemente a perder ella misma el poder, si no la vida. Midió bien las consecuencias del paso en que iba a comprometerse y al fin decidió afrontar los acontecimientos con verdadero sentido de responsabilidad. Leyó en el corazón de su pueblo el futuro destino del gran país que gobernaba y lo puso en la balanza de la Historia con destreza y energía admirables. Ganó la partida, pero no fácilmente. La lucha fué larga, enconada y estruendosa. Empeñados Felipe II e Isabel en la batalla, no les fué dable ya adueñarse de los acontecimientos, que se precipitaron, por encima de sus voluntades, hacia soluciones decisivas. Esta lucha transformó sustancialmente la historia del mundo. El mismo Felipe hizo cuanto pudo por evitarla. Hombre de decisiones tardías y excesivamente maduradas, muchas veces hizo el juego a Isabel para serle grato, empeñado en no precipitar y ahondar la rivalidad con Inglaterra. Mientras estuvo casado con María trató a la hermana con verdadero sentido filial (18).

Como era de esperarse, frente al peligro de la intriga católica y española en favor de la destronada Reina de Escocia, Isabel comenzó por exaltar y fomentar los sentimientos protestantes de los ingleses y la influencia de la Iglesia reformada, que logró identificar con la causa nacional. Inglaterra y el calvinismo se confundieron en un mismo sentimiento contra Roma y El Escorial. Hasta entonces no se había registrado en la historia de Europa fusión tan íntima entre la Iglesia y el Estado. El Papa Pío V excomulgó a la Reina y liberó a sus súbditos del juramento de fidelidad. Los conjurados trataron de suprimir a Isabel, pero Burghley sorprendió los hilos de la trama y detuvo al asesino pagado. De todas estas circunstancias se valía la Reina para encender el encono religioso de sus súbditos y unificarlos contra el enemigo extranjero. El odio de los ingleses contra Felipe II, hábilmente fortalecido por la política de Isabel, cristalizó finalmente en un profundo movimiento nacionalista —de tipo político-religioso— infundido por un vivo espíritu guerrero en el *sentido protestante* (19). El temperamento cesáreo-papista de los Tudor, violento y agresivo en Enrique VIII, frío y oportunista en su hija, llegó bajo el gobierno de ésta, a convertir a Inglaterra en modelo de la unión laico-religiosa: el Estado-Iglesia por excelencia dentro de las concepciones políticas europeas (20).

En el orden de sus relaciones con el exterior la más importante providencia de Isabel contra la causa del catolicismo de Trento fué la de aliarse a fondo con los partidos protestantes e independentistas de los Países Bajos. Declarada la lucha, nada podía ver la Reina con más temor que el hecho de que Felipe lograra el dominio estable y activo de aquellas costas tan próximas a las de Inglaterra. El Duque de Alba siempre receló de la conveniencia de hacer la guerra «irremediable» a Isabel, temiendo, precisamente, que sus facultades de intriga se extendieran hasta las tierras de Flandes para hacer infructuosos allí los fines de la reconquista. Pero, como ya hemos dicho, el contenido de los acontecimientos resultó ser más poderoso que la voluntad de los directores. Ninguna decisión humana pudo detener el dinámico desbordamiento de pasiones colectivas que

produjeron las nuevas circunstancias políticas y religiosas en que nació nuestra época (21).

La alianza entre Inglaterra y las Provincias Unidas, galvanizada por la viva y dura acometividad del calvinismo, dió resultados asombrosos. Sólo por su consistencia y por su temple pudieron las doctrinas proclamadas en el Concilio de Trento mantenerse firmes ante el empuje de aquella alianza de valores recién surgidos en el mundo de las ideas y de la acción políticas. España, como poder militar, se desintegró en la larga contienda, pero los principios por que luchó se salvaron del naufragio.

El drama cobró proporciones esquilianas cuando Inglaterra y Holanda, avenidas ya en el Continente, aunaron sus fuerzas en el mar. Más tarde, la duplicidad de Enrique IV, el hugonote-católico, puso al servicio del calvinismo el creciente impulso nacionalista de Francia, aliada también del germanismo contra el romanismo. La dilemática característica de la época afilió a Francia al movimiento de las reivindicaciones nacionales frente al sentido universalista de la política imperial católica. El peligro de la españolización despertó en Francia —por simple instinto de conservación nacional— simpatías hacia la causa calvinista. El genio de Enrique IV y de Richelieu logró, sin embargo, conservar la unidad religiosa y política del Reino, con sentido católico, mediante esta fórmula casi inconcebible, prodigio de adaptación: católico y *anti-hugonote* en Francia; *amigo de los hugonotes* y su colaborador contra España, en las guerras extranjeras (22).

Es cosa bien sabida que tan pronto como España inició el tránsito de buques y el intercambio de productos con las Indias, se iniciaron también el merodeo marítimo de los extranjeros y el asalto al regulado comercio hispano. Las naciones no se avinieron a tolerar el monopolio del tráfico mercantil según lo organizó la Corona de Castilla. Desde que comenzaron las remesas de metales preciosos de México (1521) fué necesario organizar el resguardo de la navegación contra la piratería. Con este fin se crearon las *Armadas de Defensa*, primero, y más tarde las *flotas* y *galeones* encargados de vigilar las rutas interoceánicas y de conducir, literalmente, el tráfico de la metrópoli con sus posesiones ultramarinas (23).

Esto no era, con todo, la guerra marítima propiamente dicha. Sólo después del 1568 comenzaron a moverse a fondo los poderíos navales del calvinismo contra España, que en verdad no logró nunca un consorcio íntimo e instintivo con el mar. Las últimas décadas de los quinientos fueron las que dieron margen amplio a la refriega, aunque, realmente, se necesitó el transcurso completo de los seiscientos para que ésta se definiera por las naciones protestantes, y no sin que primeramente alcanzaran todas sus fuerzas impulsivas los dos grandes factores de la política moderna: el Estado nacional soberano y el mercantilismo capitalista (24).

Aunque España mantuvo por muchos años para sí la supremacía en el mar, es cierto que los sistemas de su navegación y su espíritu marino no tuvieron nunca la flexibilidad y el sentido de adaptación que requerían ahora los caminos oceánicos. Esa fué, precisamente, la creación de sus enemigos, sobre todo de los holandeses, los auténticos creadores y propulsores del tráfico moderno. Los calvinistas se vieron en la necesidad de inventar, frente al invencible poderío español, recursos hasta entonces no explotados: el dinero fiduciario, la *acción* en los capitales asociados, y el ensanchamiento comercial de los mismos por medio de la guerra puramente oceánica. Estas nuevas concepciones implicaron la libertad del tránsito marítimo *(mare liberum)* contra el monopolio naval español de la puerta cerrada. La lucha religiosa se transformó en contienda económica. España defendió, junto al universalismo católico, el régimen de su economía imperial, necesariamente monopolizante, conta la libertad del comercio. Esta no podría lograrse jamás, sino arrancándola materialmente de las esencias mismas de la alianza católica en que se fundó la Contrarreforma. El creador de la nueva doctrina, quien separó definitivamente el contenido jurídico del contenido religioso en los hechos nuevos, fué el holandés Hugo Grocio. Isabel de Inglaterra y los Príncipes de la Casa de Orange-Nassau condujeron el calvinismo hacia realizaciones permanentes en política y en economía, pero fué el insigne jurista, el *Milagro de la Holanda*, como lo apellidó Enrique IV, quien vertió al Derecho todo el sentido de la Reforma. La organización individualista del Estado moderno y el principio del equilibrio como base política de las relaciones internacionales son, en puridad, el reflejo de la revolución religiosa del siglo XVI. Sobre aquellos mismos puntales edificó Grocio la doctrina entera del Derecho internacional moderno (25).

En 1577 había llegado al apogeo la influencia de Felipe II. Todos los hilos de la política mundial se manejaban desde la augusta soledad de El Escorial. Dice Hausser que «causa maravilla ver cómo la misma mano imperial podía ordenar la proscripción del Príncipe de Orange, la Invasión de Irlanda, una revuelta contra Isabel o la ruina del trono de los Valois; impedir a los Habsburgos de Austria seguir una política independiente; hacer frente al peligro turco; ocuparse en los pormenores más insignificantes, como de los asuntos más importantes; nombrar un Virrey de la Nueva España o de Nápoles; suministrar cañones a las galeras o enviar a los cuarteles de Africa los alambiques que suministraban agua potable a las guarniciones» (26).

En ese mismo año debía iniciarse, sin embargo, un

hecho de profunda influencia en la suerte del Imperio español: el viaje de circunnavegación realizado por Sir Francis Drake. La hazaña sólo había podido iniciarla hasta entonces Hernando de Magallanes, y terminarla gloriosamente Juan Sebastián de Elcano, para honra y beneficio del Rey de España. El intrépido y codicioso capitán británico logró recoger, junto con la admiración y las felicitaciones de su Reina, el premio de su empresa. Drake salió de Plymouth con cuatro navíos y una carabela, a cuyo bordo iban ciento sesenta y cuatro marineros veteranos. Entró en el Pacífico por el estrecho de Magallanes, remontó hasta las Californias, tratando de buscar salida de retorno, pero al no encontrar un paso adecuado por aquellas latitudes dió la vela hacia el Oeste, con dirección a las Indias orientales, para regresar, en 1580, por el Cabo de Buena Esperanza. Al tomar de sorpresa las guarniciones españolas, descuidadas en su seguridad, hizo riquísimo botín, que llevó a Inglaterra para repartirlo con la Corona.

El golpe, de incalculables consecuencias, movió los resortes de la diplomacia española y el embajador Mendoza protestó ante la Reina contra las depredaciones inglesas. Asustadiza todavía del poderío de su rival, Isabel devolvió una parte de las presas de Drake, pero le nombró Caballero y asistió —deslumbrada— a una función que el aventurero le ofreció en Deptford, a bordo de la misma nave capitana de la gloriosa travesía (27). La empresa del inglés puso de relieve una situación sensacional: los dos rivales contaban con fuerzas y técnica navales equiparables y ya la intrusión de las naves calvinistas en los dominios del Rey católico no era la del simple merodeo, realizado a todo riesgo sin el respaldo político de una potencia. La hazaña de Sir Francis Drake dió contornos mundiales, *sentido planetario* también a la influencia de los poderes protestantes. De ahora en adelante no quedaba un solo flanco del Imperio libre de la acometida enemiga y para organizar la defensa le fué necesario a Felipe II, instigado siempre por el Papa, mover y hacer viva, en imponente concentración de fuerzas, toda la magnitud de sus dominios. Pero ni siquiera este supremo esfuerzo fué bastante para detener las nuevas corrientes políticas, religiosas y económicas.

En 1585 volvió Drake a inflar sus velas contras las costas españolas, con éxito igual al de su gran viaje. En esta oportunidad sufrió la ciudad de Santo Domingo el impacto del corsario. En 1587, después de diecinueve años de cautiverio y de sorda lucha entre ambas, hizo Isabel ajusticiar a María Estuardo. En este mismo año armó ya oficialmente a Drake y lo envió al frente de poderosa escuadra a «tostarle las barbas al Rey de España», por cuenta y riesgo del honor inglés. Sir Francis atacó esta vez al león en su propia madriguera. Informado de que la flota estaba anclada en Cádiz, lista a zarpar para Lisboa, en donde se procedía a organizar la que al año siguiente sería *Invencible Armada*, dirigió sus naves al puerto gaditano y allí mismo dió la batalla, con grave pérdida para los españoles, que, por de pronto, se vieron en el caso de aplazar hasta el año siguiente la realización de su colosal intento de invadir a Inglaterra. Tiempo precioso para la defensa y, probablemente, causa del éxito de Isabel contra la *Invencible*. Entre 1586 y 1588 realizó también Tomás Cavendish su resonante viaje alrededor del mundo, réplica del de Drake y con seguridad el más productivo hasta entonces para la Reina.

En junio del 1588 zarpó de Lisboa la mayor concentración naval que había conocido el mundo, con órdenes precisas de atacar y conquistar a Inglaterra en un solo golpe. La arriesgada operación se debió producir con el concurso de Alejandro Farnesio y de los contingentes que para este fin había organizado en los Países Bajos el insigne capitán. La escuadra estuvo confiada al mando del Duque de Medina Sidonia, por muerte del Marqués de Santa Cruz, su jefe nato. Aquí comenzaron los reveses de la *Invencible Armada*, que al fin se deshizo sin lograr el propósito que la creó (28).

Con la Flota se quebraron las esperanzas del Papa, el impetuoso Sixto V, quien no logró mover con mayor premura a Felipe II en la organización de la empresa.

De los planes de Felipe II y Sixto V dependía, necesariamente, la suerte del mundo. En julio del 1588, en el Canal de la Mancha, «se produjeron acontecimientos de primer orden en la historia universal». El triunfo de la *Invencible Armada* hubiera señalado, por mucho tiempo, la completa sumisión de las fuerzas insurrectas a la influencia de los dos grandes poderes de la época. Vencida y conquistada Inglaterra e incorporada, desde luego, a la órbita imperial, no le quedaba abierto a Holanda otro camino que el de la rendición. Francia y Alemania, desprovistas de sus aliadas naturales, sin el concurso de las Marinas protestantes, también se hubieran visto forzadas a rendirse al poder de la alianza católica. En este caso el increíble programa de la Contrarreforma habría llegado a la plenitud de su ejecución.

Todo esto lo hizo imposible, sin embargo, un solo factor: la movilidad, la ligereza, la variedad y la novedad de la Marina británica creada por Isabel de Tudor con la pericia y el arrojo de los corsarios, a la cabeza de todos Drake, quien realizó prodigios en la Mancha frente a los galeones que tantas veces había combatido y asustado en las encrucijadas del océano (29). Drake

asumió en la batalla las funciones de vicealmirante, con Lord Howard de almirante. La derrota de la *Invencible* consolidó las grandes conquistas del calvinismo cuyo triunfo como fuerza internacional ya sólo sería cuestión de tiempo. De la contienda salió Inglaterra convertida en uno de los grandes poderes de la época.

Después del fracaso de su empresa de conquista viviría Felipe II los últimos diez años de su vida amargado por profundas decepciones. Consecuente con su ideal de restauración católica, el Rey se mantuvo leal, en Francia, al partido de la Iglesia contra el de los hugonotes. Su influencia en la política francesa fué muy estrecha durante los reinados de Francisco II, Carlos IX y Enrique III. Sobrevino una crisis a la muerte de este último, pues habría de sucederle Enrique de Borbón, el *Bearnés*, Príncipe protestante, audaz, valiente y hábil. Fué luego el Enrique IV católico, aliado de Sixto V y enemigo de Felipe II, a quien declaró formalmente la guerra en enero del 1595. Enrique de Navarra, jefe de los hugonotes, amparado por Inglaterra y Holanda y por todas las fuerzas del calvinismo francés, emprende la carrera hacia el Trono, contra los Guisa, la Liga y las tropas españolas que desde Flandes, al mando de Alejandro Farnesio, vinieron a reforzar el partido católico. En el curso de las operaciones Enrique se convierte al catolicismo, después de largas negociaciones con el Papa (1593) y entra a París para coronarse, luego que las tropas españolas abandonaron la ciudad (1594).

Uno de los primeros actos del Rey fué declarar la guerra a España. Felipe II tuvo que devorar la amargura de ver a la Iglesia Romana aliarse al hugonote de la víspera contra el campeón de la Contrarreforma, contra el brazo inflexible que abrió el camino de Trento contra el sostén insobornable de la influencia católica. En la guerra entre Francia y España el Pontificado se puso del lado de Enrique de Borbón (30).

La defección de Enrique IV y sus arreglos con la Santa Sede serían dos hechos políticos de enorme repercusión para Francia, que encontró el eje de su unidad nacional y la definitiva constitución de su Reino en la lucha contra Felipe II. Enrique IV, convertido a la religión romana, siguió siendo, como lo fué mientras estuvo en el seno del calvinismo, la encarnación del interés nacional de Francia frente al universalismo absorbente del Rey de España. El navarro defendía su propia causa, quería ser Rey de un país libre sin plantearse grandes escrúpulos en el orden religioso. Hugonote o católico, su mira era llegar al trono sin tener que vérselas con nadie. Como protestante le era difícil cumplir el sueño de Coligny, porque se lo impedían las mayorías católicas de su país y la cooperación de España con éstas. Se hizo católico para despejar esos grandes obstáculos que le interceptaban el camino del poder. Gran político y gran guerrero, comprendió, desde luego, que Francia, católica o protestante, no lograría su formación política propia mientras existiera la amenaza española. Por encima de sus flamantes sentimientos católicos declaró la guerra a España, en consorcio con Inglaterra y Holanda. La Francia católica asoció sus recursos a los del calvinismo, y para los fines de la grandiosa lucha en que se debatieron los sentimientos de la época, la conversión de Enrique IV no tuvo sentido, porque siendo católico actuó exactamente igual que si continuara siendo hugonote. Más adelante, Richelieu, Príncipe de la Iglesia, seguiría al pie de la letra la inspiración del *Bearnés* hasta rendir la gran jornada de Westfalia (1642-1648), en donde se moldearon para mucho tiempo, después de las guerras de los Treinta Años, los cánones políticos de la Edad Moderna. La influencia de la Francia sirvió finalmente de escabel al triunfo de la Reforma y del individualismo jurídico

que con tanto genio desprendió Hugo Grocio de la esencia de aquel movimiento religioso.

Guizot explica la política de Enrique IV con razones de puro sentido nacionalista: «Aliarse, para la guerra extranjera, con los soberanos protestantes de Inglaterra, de Holanda y de Alemania, contra el patrón exclusivo y absolutista del catolicismo, era, de parte de un Rey que apenas había dejado de ser protestante para hacerse resueltamente católico, separar hábilmente («hautement») la política de la religión y servir los intereses temporales del Estado francés, dejando al cuidado del jefe espiritual de la Iglesia los asuntos de la fe. Enrique IV encontraría además en esta política, la ventaja de hacer posible y natural el importante acto que preparaba desde entonces y de que hablaré luego: el *Edicto de Nantes* en favor de los protestantes. Tales fueron los grandes atisbos de Enrique IV cuando el 17 de enero de 1595 declaró oficialmente a Felipe II una guerra que éste, por su parte, no había cesado de hacerle ni un solo momento» (31).

Los resultados de la duplicidad política de Enrique IV los resume Hanotaux de esta manera: «La pacificación religiosa de Francia, a fines del siglo XVI, se resume en estos dos términos: del lado católico, constitución de una *iglesia galicana* semi-independiente: del lado protestante, la aplicación del *Edicto de Nantes;* y el principio único de esta doble solución es el abandono en las manos del Rey, por las dos causas rivales, de la parte de sus pretensiones que ni la una ni la otra querían ceder» (32).

La lucha terminó el 1.º de mayo de 1598, por el Tratado de Vervins. Cuatro meses y trece días después murió Felipe II. El Tratado cerró el gran ciclo de la preponderancia española en el mundo. La Contrarreforma fué, sin embargo, el legado inmortal de aquel insigne gobernante. El Rey se fué a la tumba convencido de que con él moría también el Imperio. El desastre de la *Invencible* marcó el comienzo de la decadencia naval española; la paz de Vervins dió sentido a la unidad nacional francesa, y marcó la iniciación de la decadencia continental española; los Países Bajos, flanqueados por Francia e Inglaterra, podían considerar ya su independencia como un hecho cumplido; y el Papa hacía ostensiblemente el juego al catolicismo nacionalista francés contra la amenaza de El Escorial. Felipe II murió sin hacer las paces con Inglaterra ni con las Provincias Unidas, pero la caediza voluntad de su hijo, Felipe III, que no estuvo preparada para las empresas del Atlas que fué el padre, se rindió bien pronto al empuje de hechos más fuertes que él.

El 24 de mayo de 1603 murió Isabel de Inglaterra. La sucedió el hijo de María Estuardo, Jacobo I, quien, en 1604, hizo la paz con España, en condiciones ventajosas. En 1609, con la Tregua de Amberes, reconoció Felipe III, en principio, la independencia de Holanda. Al iniciarse el siglo XVII no estaba España vencida, pero sí constituídas, integradas y concertadas las fuerzas nuevas, las esencias que a lo largo de aquella centuria limitarían los poderosos designios de la Contrarreforma.

Grecia realizó el «milagro griego» para legar al Occidente el tesoro de su pensamiento filosófico y de su sentimiento artístico. Roma dominó al mundo de su tiempo para transmitirle la herencia imponderable de su espíritu jurídico. La España de la Contrarreforma, la que se debatió entre los tratados de Cateau-Cambrésis y Vervins contra el seco y sombrío contenido religioso de la Reforma, nos legó el sentimiento de lo universal, la dimensión planetaría de la convivencia humana, según existe hoy, por efecto de un solo agente coercitivo: el universalismo católico, causa de la preponderancia europea en la civilización.

NOTAS DEL CAPITULO PRIMERO

1. Véase J. Basdevant, *Hugo Grotius en Les Fondateurs du Droit International.* París, 1904, págs. 125-267.—Ballesteros y Beretta, *Historia de España*, tomo IV, págs. 199-200.—Lafuente, *Historia de España*, tomo XI, cap. III.—El *De Jure Praedae* no se publicó completo hasta 1868.

2. Lafuente, *op. cit.*, tomo XI, pág. 115.

3. René Grousset, *Bilan de l'Histoire*, Plon., París, 1946, pág. 49.—Henri Hausser, *La Prépondérance Espagnole* (1559-1660). Presses Universitaires de France. París, 1948, págs. 23-27.

4. No se nos escapan los inconvenientes de usar la expresión *Contrarreforma*. Si lo hacemos es solamente por razones de orden práctico.

5. Véase: Ranke, *Historia de los Papas*. Traducción española de Eugenio Imaz. Fondo de Cultura Económica, México, 1943, págs. 306-307.

6. René Grousset, *op. cit.*, pág. 49.—Henri Hausser et Augustin Renaudet, *Les débuts de l'Age Moderne*. Presses Universitaires de France, París, 1946, págs. 10-14.

7. Ranke, *op. cit.*, pág. 308.

8. Feliciano Cereceda, S. J., *Diego Laínez en la Europa religiosa de su tiempo*. Madrid. Ediciones Cultura Hispánica, 1945-1946, tomo II, capítulo XVIII, págs. 65-118.

9. Ranke, *op. cit.*, pág. 307.

10. Ranke, *op.* y *loc.* citadas.

11. Sobre la política *regalista* de Felipe II véase Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*. Edición Glom, Buenos Aires, 1945, tomo III, página 397.

12. Consúltese: Vicente Palacio Atard, *Razón de España en el mundo moderno*. Estudio publicado en *Arbor*, núm. 50, tomo XV, febrero 1950.

13. P. Antonio Astrain, *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, tomo I, Madrid, 1902, caps. IX y X.

14. Ballesteros y Beretta, *op. cit.*, tomo IV, págs. 127-140.

15. Véase Walter Goetz, *Historia Universal*, t. V. *La época de la revolución religiosa. La Reforma y la Contrarreforma* (1500-1660). Trad. de Manuel García Morente. Espasa-Calpe, Madrid, págs. 337-338.

16. Hausser, *La Prépondérance Espagnole*, págs. 111-112.

17. Goetz, t. V, pág. 324.—William Thomas Walsh, *Felipe II*. Traducida del inglés por Belén Marañón Moya, México, 1948, págs. 555-58.

18. Walsh, *op. cit.*, pág. 180 y sigs.

19. Goetz, *op. cit.*, pág. 316.

20. Hausser, *La Prépondérance Espagnole*, pág. 172.—Pedro de Ribadeneyra, S. I., *Historias de la Contrarreforma*. Madrid, MCMXLV. Véase especialmente *Historia eclesiástica del Cisma del Reino de Inglaterra*, págs. 1.092-1.199.

21. Walsh, *op. cit.*, pág. 557.

22. Sobre la política francesa de principios del siglo XVII y sobre la personalidad de Enrique IV, véase: Gabriel Hanotaux et Le Duc de la Force: *Histoire du Cardinal de Richelieu*, tomo I, libro II, cap. IV, París, Plon, sin fecha.

23. Carlos Pereyra, *Historia de la América española*. Editorial Saturnino Calleja, Madrid, tomo II, *El Imperio español*, pág. 213 y sigs.

24. «La política naval europea tuvo desde entonces su modelo y su ey en el apogeo inaudito de los «Gueux de la mer» (los mendigos del mar). Compañías, sucursales, colonias, transportes, navíos de escuadra, táctica naval, todo se hizo desde entonces y en todas partes a imitación de los holandeses. Los capitanes del mar, como los capitanes de tierra, iban a formarse allí. Los republicanos insurgentes daban golpes decisivos a la grandeza de la España monárquica y católica, mientras que, hundidos en sus pantanos, ellos eran inatacables por detrás de sus defensas líquidas. Holanda se convirtió en una especie de Laputa que planeaba sobre Europa y difundía, con sentido de perspectivas lejanas, las ideas nuevas, el libre arbitrio individual y social. El espíritu moderno, a su ejemplo, se arriesgaba también, no sin imprudencia, en estos espacios abiertos al infinito». Hanotaux et de la Force, *op. cit.*, tomo IV, pág. 525.

25. Hanotaux et de la Force, tomo IV, pág. 531.

26. *Op. cit.*, pág. 111.

27. David Hume, *Historia general de Inglaterra*. Traducción de Vicente Ortiz de la Puebla, tomo II, pág. 405, Barcelona, 1884.

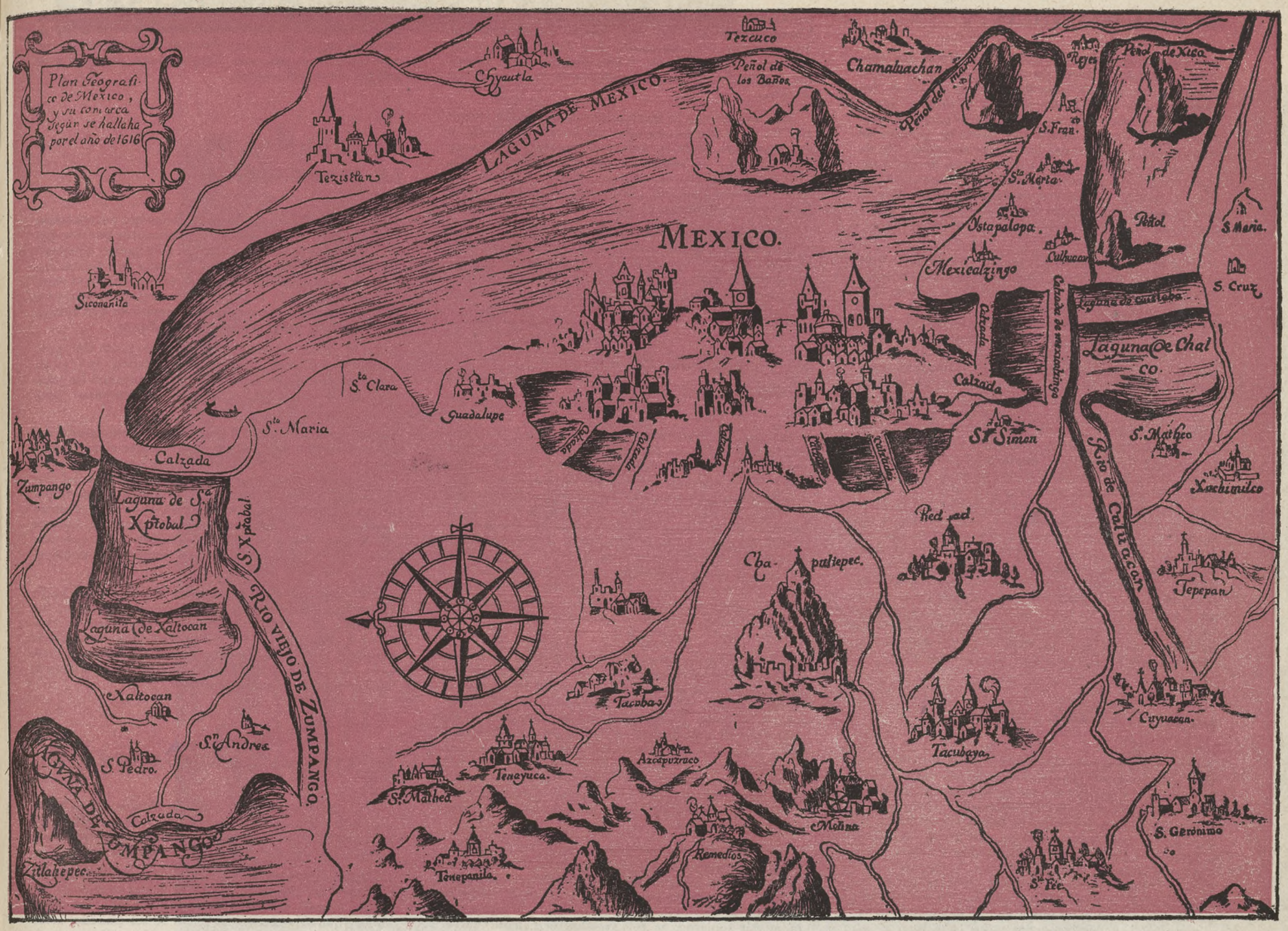
28. Don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz, fué el iniciador, organizador y sostén de la invasión a Inglaterra. Murió el 3 de febrero de 1588, envuelto en infames intrigas que se tejieron alrededor del proyecto, que, en cierto modo, ganaron el ánimo del Rey contra el insigne marino. El más tenaz de sus adversarios fué don Alvaro de Leyva, aspirante al puesto de Bazán. Este era, sin embargo, el primer marino de España y el hombre mejor convencido del éxito de la *Invencible*. En la jornada de Lepanto tomó parte activísima al frente de la *división de socorro*, y probablemente a su valor y a su pericia se debió el triunfo de Don Juan de Austria. Es sabido que el Duque de Alba no era partidario de invadir las islas ni de la guerra con Inglaterra. El mismo Alejandro Farnesio le hizo serios reparos al proyecto y opinó que la empresa contra Inglaterra no debía realizarse sin antes asegurar el poder de España en las islas de Holanda. Creyó Farnesio que los puertos de Flandes no eran adecuados para abrigar el tipo de bajeles que integrarían la Gran Armada. Aconsejó por último, que se tomara el puerto de Flessingue antes de emprender la jornada. Bazán había madurado y propuesto desde años atrás el plan de invasión y, desde luego, lo apoyaba en la ocupación de un puerto seguro en Irlanda, en Holanda o en Zelanda. La muerte del gran estratega anuló sus proyectos, llamados a tener resultados muy distintos de los que al fin obtuvo Medina Sidonia. Felipe II, que había detenido por largo tiempo la realización del ataque, se llenó de premuras a última hora y, sin oír consejos ni advertencias, tomó para sí la ejecución del proyecto con febril ansiedad hasta su trágico desenlace. *La Monarquía que cesa*, dice Saavedra Fajardo, *es imposible que interrumpa su caída por arbitrios humanos*. Y España comenzó a caer como Imperio en la adversa jornada del Canal de la Mancha. *La Monarquía que llegó más alta*, sigue discurriendo Saavedra, *es la que más cerca está de su caída*. (Véase sobre la vida y las hazañas de D. Alvaro de Bazán: Carlos Ibáñez de Ibero, *Santa Cruz, primer marino de España*. Biblioteca Nueva, Madrid, 1946.

29. Sobre la decadencia de la construcción naval española, véase Salvador de Madariaga, *Cuadro histórico de las Indias*. Buenos Aires, 1945, págs. 197-98.

30. Walsh, *op. cit.*, pág. 738 y sigs.

31. Guizot, *L'Histoire de France depuis les temps les plus reculés jusqu'en* 1879, *racontée a mes petits enfants*. París, Hachette, 1874, tomo III, pág. 500.—Véanse también los interesantes párrafos que Gabriel Hanotaux dedica al comentario de la actitud de Enrique IV, cuando *dió el salto* del protestantismo al catolicismo en 1593. *Op. cit.*, tomo I, páginas 518-594.

32. Hanotaux, *op. cit.*, tomo I, pág. 519.



La Capital de Nueva España y de México

POR MIGUEL CASTRO RUIZ

MÉXICO está orgulloso de sus ciudades. En ellas encuentra la imagen materializada de la actividad de los elementos que han venido a darle su actual fisonomía. Y es su capital, la ciudad de México, a pesar de las desviaciones que le han impuesto las necesidades de toda cosmópolis, una de las que más a las claras presenta esta perspectiva.

Tenochtitlán—ciudad de Tenoch—fué su nombre en los tiempos prehispánicos y parecería absurda su construcción sobre un lago, si no conociéramos las voces de la tradición que nos transmitiera el Padre Durán. En número reducido, vejados por las demás tribus, pobres, errabundos, sin contar ni con la tierra en que ponían la planta, un día los aztecas supieron por su sacerdote Cuauhtloquetzqui que el término de su peregrinaje estaba cercano.

—«Habéis de saber, hijos míos, que esta noche me apareció nuestro dios Vitzilopochtli y me dijo que ya os acordaréis cómo llegados que fuimos al cerro de Chapultepec, estando allí su sobrino Copil, había inventado hacernos guerra y cómo por su mandado y persuasión las naciones nos cercaron y mataron a nuestro capitán y caudillo y a nuestro señor y rey Vitziliuitl, echándonos de aquel lugar, al cual mandó le matásemos y le matamos y sacamos el corazón, y puestos en el lugar que él nos mandó le arrojé yo entre las espadañas, el cual fué a caer encima de una peña, y según la revelación que esta noche me mostró dice que de este corazón ha nacido un tunal encima de esta piedra, tan lindo y coposo que encima de él hace su morada una hermosa águila: este lugar nos manda que busquemos y que hallado nos tengamos por dichosos y bienaventurados, porque éste es el lugar de nuestro descanso y de nuestra quietud y grandeza: aquí ha de ser ensalzado nuestro nombre y engrandecida la nación mexicana; ha de ser conocida la fuerza de nuestro poderoso brazo y el ánimo de nuestro valeroso corazón con que hemos de sujetar a todas las naciones, así cercanas como lejanas, sujetando de mar a mar todos los pueblos y ciudades, haciéndonos señores del oro y de la plata, de las joyas y piedras preciosas y devisas, etc., y haciéndonos señores de ellos y de sus haciendas y de sus hijos y de sus hijas, y nos han de servir y ser sujetas y tributarias. Este lugar manda se llame Tenochtitlán para que en él se edifique la ciudad que ha de ser reina y señora de todas las demás de la tierra y a donde hemos de recibir a todos los demás reyes y señores y a donde ellos han de acudir como a suprema entre todas las demás; y así, hijos míos, vamos por entre estos tulares y espadañas, carrizales y espesura, que pues nuestro dios lo dice, y en todo lo que nos ha dicho y prometido hemos hallado verdad, también la hallaremos agora».

EL AGUILA DE TEXCOCO

Cumplieron los aztecas aquella orden y encontraron, sobresaliendo entre las aguas del lago de Texcoco a un águila que tenía entre las garras un pajarillo, como asientan algunos códices, o una serpiente, como afirma la versión más comúnmente aceptada y que es la que se consagró al pintarse en tal forma el escudo de México. Siguiendo en la obediencia de su dios, allí mismo fundaron su ciudad, sin importarles las dificultades que habrían de tener para cimentar toda construcción que desearan hacer.

A la obediencia correspondió el cumplimiento total de la profecía, pues Tenochtitlán llegó a ser la capital del más poderoso Imperio que encontraron los españoles a su llegada a tierras de América.

El propio conquistador, Hernán Cortés, nos ha dejado la descripción maravillada de la ciudad de entonces, en su Carta de Relación dirigida al emperador Carlos V el 30 de octubre de 1520: «Esta gran ciudad de Temixtitlán—dice Cortés—está fundada en esta laguna salada, y desde la Tierra Firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquier parte que quisiese entrar en ella, han dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles della, digo las principales, muy anchas y muy derechas y algunas destas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles, de trecho en trecho, están abiertas, por do atraviesa el agua de las unas a las otras, e en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes, de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas dellas pueden pasar diez caballos a la par...».

LA VIEJA TENIXTITLAN

«Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuos mercados y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo, donde hay todos los géneros de mercadurías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas; véndese tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras...».

«Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos, de muy hermosos edificios, por las colaciones y barrios della, y en las principales della hay personas religiosas de su seta, que residen continuamente en ellas; para los cuales, demás de las casas donde tienen sus ídolos hay muy buenos aposentos... y entre estas mezquitas hay una, que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades della; porque es tan grande, que dentro del circuito della, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien facer una villa de quinientos vecinos. Tiene dentro de este circuito, toda a la redonda, muy gentiles aposentos, en que hay muy grandes salas y corredores, donde se aposentan los religiosos que allí están. Hay bien cuarenta torres muy altas y bien obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para subir al cuerpo de la torre: la más principal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla. Son tan bien labradas, así de cantería como de madera, que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ninguna parte, porque toda la cantería de dentro de las capillas donde tienen los ídolos es de imaginería y zaquizamíes, y el maderamiento es todo de mazonería y muy picado de cosas de monstruos y otras figuras y labores. Todas estas torres son enterramiento de señores, y las capillas que en ellas tienen son dedicadas cada una a su ídolo, a que tiene devoción».

LA CAPITAL DEL IMPERIO

«Hay en esta gran ciudad muchas cosas muy buenas y muy grandes y la causa de haber tantas casas principales es que todos los señores de la tierra vasallos del dicho Muteczuma tienen sus casas en la dicha ciudad y residen en ella tierto tiempo del año; e demás desto hay en ellas muchos ciudadanos ricos, que tienen así mismo muy buenas casas. Todos ellos, demás de tener muy buenos y grandes aposentamientos, tiene muy gentiles vergeles de flores de diversas maneras, así en los aposentamientos altos como bajos. Por la una calzada que a esta gran ciudad entra vienen dos caños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos casi como un estado, y por el uno dellos viene un golpe de agua dulce mu buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad, del que se sirven y beben todos. El otro, que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan por allí el agua en tanto que se limpia; y porque el agua ha de pasar por las puentes, a causa de las quebradas, por do atraviesa el agua salada, echan las dulce por unas canales tan gruesas como un buey, que son de la longura de las dichas puentes, y así se sirve toda la ciudad».

Pero al consumarse la conquista, quiso Hernán Cortés que la metrópoli de estas tierras quedase en el mismo lugar en que se había levantado la ciudad principal de aquella tribu que se había hecho conocer hasta las regiones más apartadas por su espíritu dominador y guerrero. Arrasados fueron los antiguos palacios y los templos dedicados a los falsos ídolos. Y sobre sus ruinas, muchas veces utilizando sus cimientos, poco a poco fueron surgiendo los grandes monumentos que aún perduran.

EL CORAZON URBANO DE MEXICO

Al igual que en los tiempos prehispánicos y más tarde en la Nueva España y en México, la Plaza principal y los edificios que la rodean han constituído un verdadero corazón de la nacionalidad.

En este corazón, elemento principalísimo ha sido siempre la catedral. Pequeña, pobre en un principio, tal como fué dado a su ilustre constructor, Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México, edificarla en los primeros turbulentos años de la conquista. Más tarde majestuosa, sólida, bella, realizando la conjunción formidable de los estilos barroco, churrigueresco y neoclásico. El virrey don Martín Enríquez de Almanza y el arzobispo don Pedro Moya Contreras pusieron la primera piedra en 1573. Don Claudio Arciniega, don Juan Miguel de Agüero, don Juan Gómez de Trasmonte, don Pedro de Arrieta, don José Ortiz de Castro y don Manuel Tolsá, fueron los arquitectos que sucesivamente se encargaron de la obra.

Esta avanzó con la lentitud que la magnitud requería. En 1624 fueron cerradas las bóvedas. Treinta y dos años más tarde se dedicó el templo por primera vez. En 1667 se realizó la segunda dedicación. En 1791 se concluyeron los trabajos, y aun cuando no fué hasta el 17 de junio de 1813 cuando quedó completa hasta en sus mínimos detalles.

Probablemente el interior sea aún más lujoso que el exterior. Lo mismo en el ostentoso churrigueresco del altar de los Reyes, que en cada detalle del tallado de la sillería del coro o que en cada uno de los vasos sagrados. Una joya de inestimable valor por sí misma lo constituye el Sagrario.

LA CATEDRAL EN LA HISTORIA DE MEXICO

Pocos actos pudo presenciar la Catedral completamente terminada, de los relativos a la vida colonial. Pero ha visto desfilar, una veces dentro de sus muros, otras en sus afueras, como en un intento de ignorarla, a todos los gobernantes de México independiente. Allí se reunió por primera vez el 24 de febrero de 1822 el primer Congreso Constituyente de México. Por allí desfilaron los emperadores—Agustín de Iturbide y Maximiliano de Habsburgo—cuyos reinados no pudieron ser más efímeros. Allí se han postrado presidentes y dictadores. Allí han tenido su sede muchos prelados que, por sus virtudes, bien merecerían el nombre de santos. Allí, en fin, ha orado el pueblo de México durante toda su vida.

Y mirando a la Catedral desde el ángulo oriente de la plaza en que se encuentra, el actual Palacio Nacional. En ese mismo lugar estuvieron las casas que el monarca azteca reinante a la llegada de Hernán Cortés, Moctezuma Xocoyotzin, había mandado construir para su servicio. Allí estuvo el solar del conquistador hasta que el Gobierno colonial mandó construir el palacio virreinal, en 1572. En el siglo XVII por dos veces fué incendiado el edificio por la plebe amotinada; pero reformas posteriores permitieron que se encontrara en toda su belleza al consumarse la independencia de México.

Durante toda ésta han sido frecuentes las ocasiones en que sufre algún daño, pero su estructura general se ha conservado íntegra. Sólo dos pisos contaba; pero en 1926, juntamente con algunas otras mejoras, se le aumentó un piso para que pudiera bastar a las necesidades del gobierno; se colocó sobre el balcón central la campana del templo de Dolores, en el pueblo del mismo nombre, con la que el cura don Miguel Hidalgo y Castilla convocó al pueblo para incitarlo a luchar por la independencia y también se llevaron allí muchas otras reliquias históricas.

EL PRIMER AYUNTAMIENTO

Y en el lado sur de la plaza estuvo el edificio de una de las instituciones jurídicas de mayor importancia para México: el Ayuntamiento. Lo vemos aparecer desde el momento en que Hernán Cortés decide adentrarse en las tierras de los aztecas. En Veracruz se instituye el primero, que será el que autorice a Cortés para colonizar y una vez realizada la conquista de Tenochtitlán, aparecerá uno más, propio de la ciudad, en el que fué primer alcalde don Francisco de las Casas, durante cuya función se levantó el primer edifio en 1524.

Este sufrió varias modificaciones hasta que fué destruído en 1692 en un tumulto; pero el 3 de octubre de 1720 se iniciaba la nueva fábrica que es la que actualmente se conserva, aunque, para conmemorar el centenario de la Independencia, en 1910, fué modificada totalmente su apariencia y posteriormente ha sufrido algunos otros arreglos de detalle.

En la actualidad es residencia de las oficinas del Departamento del Distrito Federal, que ha venido a sustituir al Ayuntamiento de la ciudad de México. Y para que fuese posible alojar a cuantas oficinas requiere en la actualidad el gobierno de la ciudad, resultando ya insuficiente el antiguo edificio, se decidió construir uno que se le pareciese en todo y estuviese colocado junto a él, en el mismo lado de la plaza.

Este no fué estrenado hasta el año de 1948 y, si de acuerdo con el propósito inicial se conservó la semejanza con el antiguo, y sus dimensiones son idénticas, se buscó la forma de, dentro de estas limitaciones, hacer que cupiese un piso más. Consta, pues, de cinco y el antiguo tiene sólo cuatro.

LA COLUMNA DE LA INDEPENDENCIA

Pero aun saliendo de la plaza principal encontramos a cada paso casas, edificios y monumentos que van hablándonos de cada uno de los principales acontecimientos de la vida de México. Cuajada de estatuas encontramos la amplia avenida que se conoce con el nombre de Paseo de la Reforma; pero destacado sobre todas ellas, la que conmemora el momento en que México inició su vida como nación independiente.

En el primer centenario de este momento fué inaugurada esta Columna de la Independencia, que en su parte superior tiene un ángel y en su pedestal las estatuas de los principales caudillos que tomaron parte en la lucha.

Muy cerca de este lugar el régimen gubernamental del general Porfirio Díaz, al que tocó celebrar el centenario de la independencia de México, había proyectado construir un inmenso palacio que fuese residencia del Poder Legislativo. Su estructura de hierro había empezado a instalarse cuando estalló uno de los más cruentos movimientos revolucionarios que registra la historia de México, conocido con el nombre de Revolución Mexicana, cuyo período álgido comprende desde el año de 1910 al de 1917.

Para conmemorarlo, la cúpula de lo que el porfirismo había proyectado fuese palacio legislativo, fué cambiada de destino, se forró su estructura de cantera, se colocaron en sus cuatro esquinas grandes monumentos de piedra, dando a todo el conjunto un marcado aspecto modernista, y se le bautizó con el nombre de Monumento a la Revolución.

LA BASILICA DE GUADALUPE

Pero quizá lo que más habla de México, de su historia, de su vida actual, de su pasado y de su futuro, sea ese templo un tanto alejado del centro de la ciudad: la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe.

Apenas había sido acometida Tenochtitlán, apenas se daban los primeros pasos en la conversión de los indios, cuando el 12 de diciembre de 1531, un pobre indio, Juan Diego, tuvo la dicha de ser tomado como mensajero de la Madre de Dios, quien pedía que se le edificara un templo en el lugar mismo en que había hablado al aborigen.

Ante las desconfianzas del obispo Fray Juan de Zumárraga, y ante los temores del indio, hubo de repetir por cuatro veces su aparición. Es más, cuando el prelado pidió a Juan Diego una señal de que las apariciones de que hablaba eran ciertas y éste transmitió el mensaje a la Madre a Dios, ella le indicó que tomara de entre las rocas del cerro en que hablaban, unas rosas que debía encontrar; que las pusiera en su «tilma» y las llevara al obispo.

Juan Diego cumplió el encargo; pero ante el azaro del prelado, cuando abrió su tilma para entregar las rosas, en lugar de ellas se encontró que en ella había quedado pintada la hermosa imagen de la Madre de Dios, que desde entonces hasta la fecha ha venido venerando México como su Madre y Reina, con el nombre de Guadalupe.

El templo ha ido engrandeciéndose y, aun cuando no alcanza las proporciones y belleza que la piedad y el amor de los mexicanos desearía, desde la celebración del cuarto centenario de la aparición milagrosa, ha quedado lista la hermosa basílica en que se conserva la privilegiada «tilma» de Juan Diego.

Por estos edificios de que hemos hablado y que bien pueden servir de ejemplo, México está orgulloso de su ciudad capital que parece conservar en las piedras de sus antañonas construcciones, o en la estructura de sus modernos edificios, el espíritu de los hombres que la han ido formando.

Hoy, con sus casi tres millones de habitantes, ocupa un área no imaginada siquiera por quienes la fundaron en los remotos tiempos de los adoradores de Huichilopxtli o en los más cercanos de la conquista española. Con orgullo y júbilo cuaja de adornos y de luces sus edificios en la celebración de sus principales fiestas y sigue constante en la diaria tarea de engrandecerse.

LA CAPITAL DE NUEVA ESPAÑA Y DE MÉXICO

SORPRENDENTE PERSPECTIVA DE LA SUNTUOSA Y VITAL AVENIDA JUAREZ, ARTERIA central de la capital de México, cuyo extraordinario movimiento y moderna arquitectura la equiparan a las principales avenidas de las grandes capitales de Europa e Hispanoamérica.

«EL CABALLITO» COMO LLAMAN LOS MEJICANOS a la estatua ecuestre de Carlos IV da carácter y popularidad una de las principales plazas o glorietas de la Avenida Juárez.

EN EL CENTRO DE LA GRAN CIUDAD MODERNA, QUE ES HOY LA CAPITAL de México, destaca la catedral —entre barroca y neoclásica— cuya construcción iniciaron el Virrey don Martín Enríquez y el Arzobispo Contreras, en 1573. Casi tres siglos duró la construcción. Cinco arquitectos dirigieron las obras del suntuoso templo que hoy muestra su gran belleza en el corazón de la ciudad antigua, donde evoca los tiempos en que ciudad de México —«la Ciudad de los Palacios»— fué la capital de Nueva España.

UNA VISTA DE LA capital, en la calle de Madero a lado de un gran edificio virreinal destacan las fachadas de los primeros edificios de hormigón.

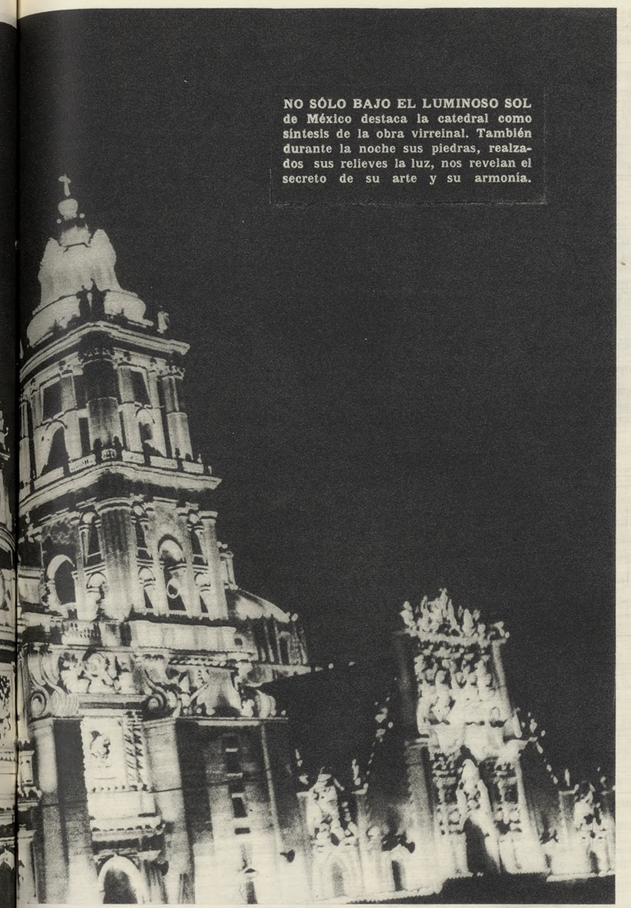
TRES VECES AL DÍA salen de la calle de Bucareli, la de los grandes diarios de México, los pintorescos «papeleros» que vocean las copiosas ediciones.

HE AQUÍ UNA VISTA CARACTERÍSTICA DEL MÉXICO ACTUAL EN QUE SE equipara la «Ciudad de los Palacios» a las principales ciudades capitales de América y Europa. El paseo de la Reforma visto desde «El Caballito», ofrece esta perspectiva de modernos edificios que abundan en casi todas las ciudades del mundo. Al fondo ofrece la gran mole que empezara a construir Porfirio Díaz para palacio del Poder Legislativo y terminó a su caída, convirtiéndose en el Monumento a la Revolución de 1910.

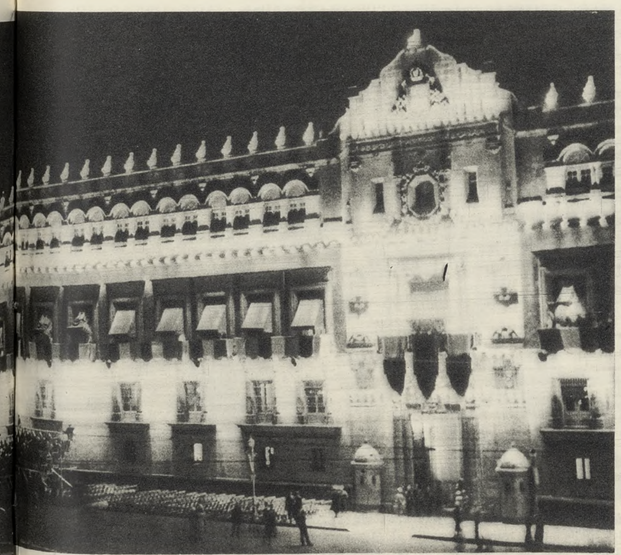
EL MORMÓREO Y monumental palacio de las Bellas Artes que en una de las principales arterias de la capital mejicana, causa admiración a sus visitantes.

EN LA AVENIDA DE San Juan de Letrán se alza este pequeño «rascacielos» exponente de las nuevas edificaciones que dan carácter cosmopolita a México.

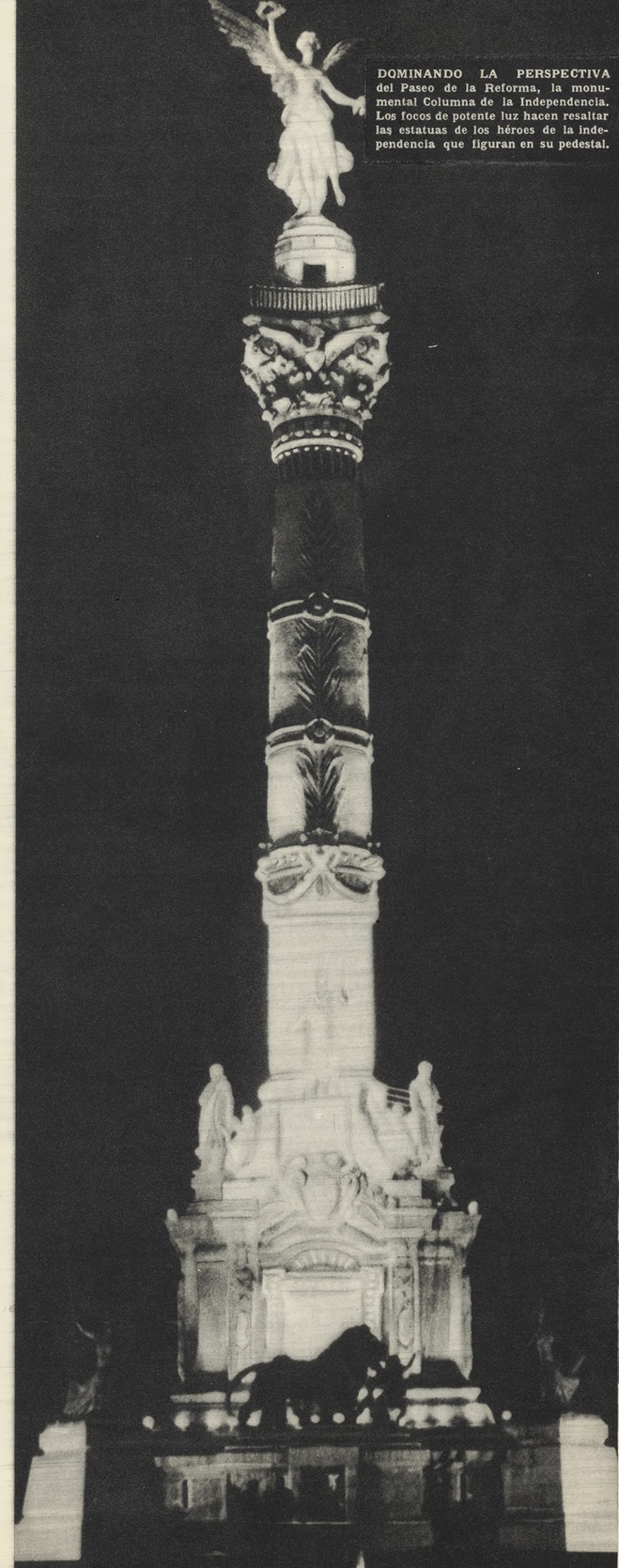
ILUMINADO POR POTENTES LÁMparas de luz indirecta, el Monumento a la Revolución mejicana, destaca sus líneas severas y el símbolo nacional del águila azteca, en las noches esplendorosas de la gran capital que es México.



NO SÓLO BAJO EL LUMINOSO SOL de México destaca la catedral como síntesis de la obra virreinal. También durante la noche sus piedras, realzados sus relieves la luz, nos revelan el secreto de su arte y su armonía.



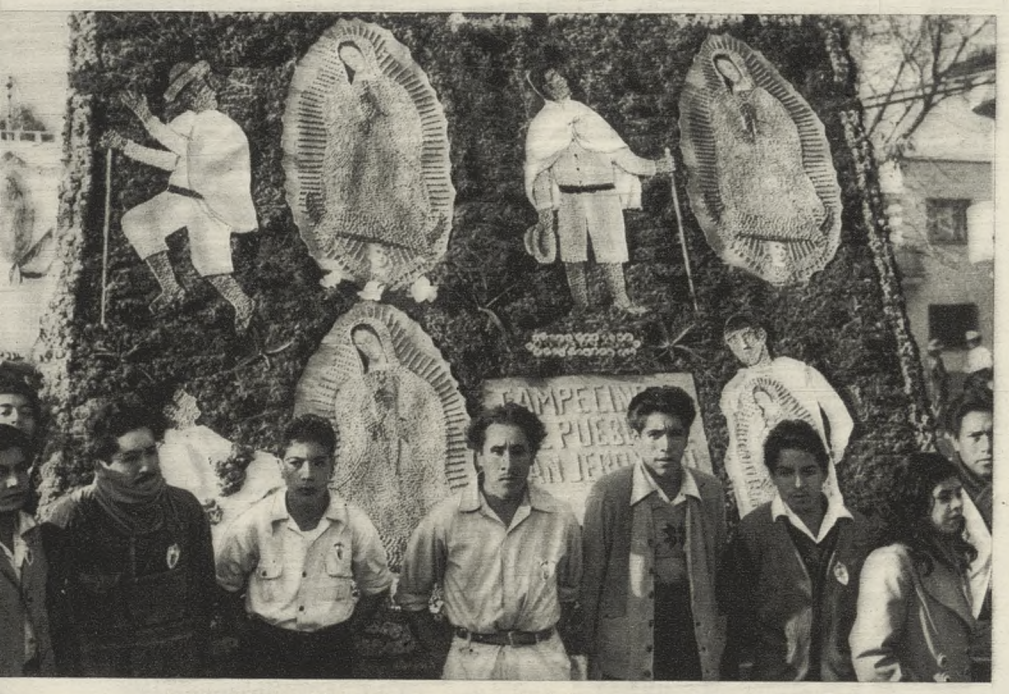
HE AQUÍ DESTACADOS SUS LÍneas por acertados efectos de luz, la maravilla arquitectónica del Palacio Virreinal que, hoy remozado y ampliado, es residencia del Presidente de la República y Palacio Nacional.



DOMINANDO LA PERSPECTIVA del Paseo de la Reforma, la monumental Columna de la Independencia. Los focos de potente luz hacen resaltar las estatuas de los héroes de la independencia que figuran en su pedestal.

EN LAS PROXIMIDADES DE LA AVENIDA HIDALGO, TODO EL BULLICIO de la gran ciudad remansa en este original y silencioso mercado, en el que se venden grandes y pintorescas coronas de flores para sepelios y panteones, a cuyo adorno son muy aficionados los mejicanos de todas las clases sociales.

ANTIGUA ESTAMPA HOY DESAPARECIDA. EN TORNO A LA BASÍLICA DE Guadalupe en el Santuario Nacional del Tepeyac, adonde acuden cada año un promedio de 300 mil peregrinos, se formaba cada domingo este hormigueo humano entre «puestos» que servían comida y refrescos a los devotos. Hoy todo ha cambiado.



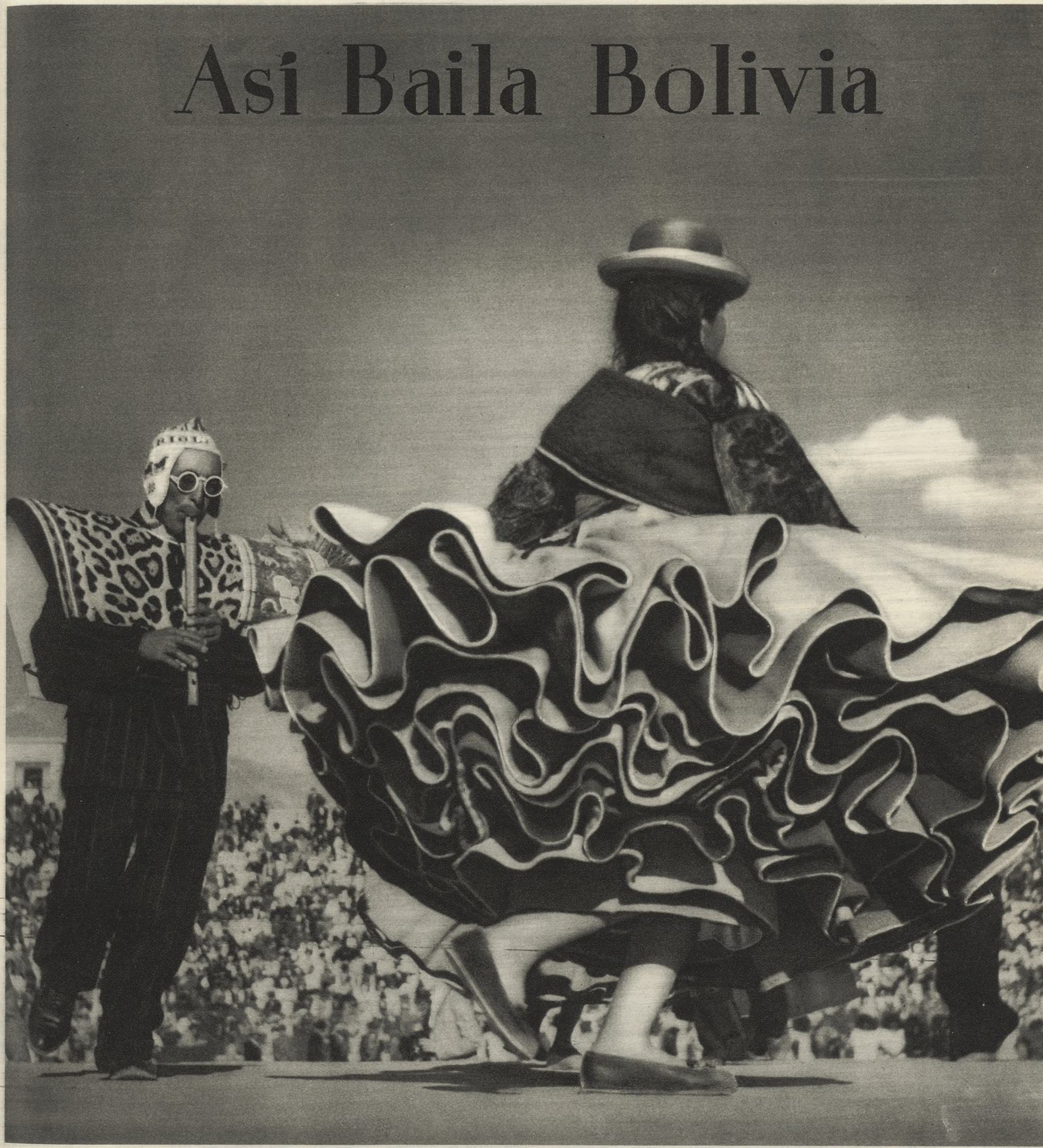
UNA MUESTRA DE LA DEVOCIÓN MEJICANA A LA VIRGEN DE GUAdalupe o del Tepeyac, la constituye este grupo de obreros que han subido al santuario con una original ofrenda —un retablo todo de flores— que representa las apariciones de la Virgen a Juan Diego, en el famoso cerro donde se venera.

¡TACOS! ¡TACOS! EN ESTE TÍPICO PUESTO DE VENDER «TACOS», BOCADILLOS de tortilla de maíz enrollada con sal y chile, muy del gusto de los mejicanos. En los puestos se arremolina constantemente la gente que los pide sin cesar. Tales puestos abundan, tanto en los barrios elegantes como en los populares de la gran capital mejicana.

HACIA EL BOSQUE DE CHAPULTEPEC CON SUS MARAVILLAS VEGEtales, acuáticas y zoológicas, y sobre todo con su dulce paz, acuden los domingos las familias ciudadanas con sus niños, para disfrutar las delicias y entretenimientos que les ofrece el gran parque. Retiro forestal pleno de comodidades urbanas.

ÉSTE ES EL FAMOSO MERCADO DE FLORES DE CHAPULTEPEC, ADONDE los mejicanos —muy aficionados al adorno de las flores naturales— acuden para adquirir todas las maravillas de la floricultura que allí se expenden, tanto para el adorno de sus hogares como para hacer obsequios de cumplido a sus amistades.

Asi Baila Bolivia



DANZA DE LOS KENAKENAS O KENACHOS TÍPICA DEL DEPARTAMENTO de La Paz. La mujer generalmente lleva diez pelleras, una chaqueta de felpa bordada ceñida al hombro con una manta (aguayo) o rebozo. El hombre lleva cuero de tigre al costado izquierdo, un plumaje fino con tipos incaicos y un gorro (lluccho) con dibujos de animales domésticos. La danza se baila al compás de la ruena, el típico instrumento que en tiempos primitivos se construía de una tibia humana.

CUANDO periclitaron las culturas de Tiahuanaco y Tahuantinsuyo —milenaria la una y ésta, aunque niña, tan asombrosa como la anterior— el pueblo recogió con amoroso afán los restos de la herencia desperdigada.

El artista popular transforma con mano sabia cuanto la tierra pródiga o avara, según la región de que se trate, pone a su alcance: el granito, el metal, la arcilla, la madera, el vellón de las bestias mansas y la piel de las indómitas; el mimbre, la hoja y la brizna de hierba. Todo adquiere en sus manos forma y sentido que dicen de la ansiedad del hombre americano de encontrarse a sí mismo en las huellas de la tradición y en los fragmentos del alma antigua.

De todas las formas del arte, las que revelaron con mayor espontaneidad y vigor la parte subjetiva de la existencia de los pueblos del altiplano y de los valles de Bolivia, fueron la música y la danza, porque la música y la danza presidieron —en los casi legendarios días del Imperio del Sol— los actos de la vida colectiva: el trabajo de la tierra; la construcción de los acueductos, las vías transandinas, los caminos costaneros, las anchas calzadas y los puentes colgantes. Aliviaron la fatiga de los alarifes y de los vasallos, constructores de templos, fortalezas y palacios; estimularon el ardor bélico de los ejércitos que partían a la conquista de pueblos lejanos y también expresaron el sentimiento de júbilo por la vuelta de los vencedores. Encendieron la alegría por el advenimiento de los hombres a la vida y letificaron el dolor por su partida sin retorno. Hubo para cada estado espiritual y para cada circunstancia una forma de expresión rítmica, y, por tanto, en la música y la danza residió el secreto de la fecunda alegría de la raza, el de su eterna juventud y el de su amor a la libertad, anulado por un largo período por efecto, primero, de la trasposición del mito del centauro y de la centella en manos de los hombres barbados que venían allende el mar, según los augures; y por la férula y el hierro del conquistador, después.

Las raíces de estas dos expresiones del alma popular —música y danza— fincan en el pasado remoto de nuestras naciones aborígenes. Cuantos han estudiado el sistema tonal de la música perú-boliviana se niegan a admitir que sea una invención espontánea de kollas e incas, porque afirman que fué común de muchos pueblos antiguos de todos los continentes y transmitido de unos a otros por efecto de las migraciones. También debemos suponer que en las danzas actuales hay un fondo igualmente común a grupos étnicos diversos y que persisten elementos coreográficos primitivos, modificados de acuerdo con las exigencias de cada época y por la influencia del ambiente.

La danza y el canto dieron origen, entre nuestros remotos abuelos, a la música. La canción devino loa en la época del coloniaje y después, copla. Nuestras danzas, rudimentarias en un principio, adquirieron gran expresividad posteriormente, clasificándose, de acuerdo con las necesidades espirituales, en míticas y ceremoniales; mágicas y conjuratorias; y, según su forma, en mímicas y abstractas. En el Tahuantinsuyo predominaron las agrarias y las rituales; las guerreras y las cinegéticas, de probable origen maya o tiahuanacota, se practicaron sólo en determinadas regiones.

En el lenguaje musical y en los valores plásticos de la danza adviértese la influencia del paisaje y se manifiesta vivo el sentimiento de lo sagrado, al mismo tiempo que una honda emoción panteísta; definen el carácter de ambas manifestaciones estéticas el clima y el espíritu regional.

En los valles, la danza es más cadenciosa y mesurada: tienen el vaivén de los maizales bajo el amago del aire vivificador, y tiene del vuelo confiado de las aves entre vastos campos latentes al reclamo ardoroso del sol. Es de carácter lírico igual que su música.

BAILE DEL «SURISICURIS» DEL DEPARTAmento de La Paz, con penacho de plumas.

«LAQUITAS», BAILE CON QUENA Y EN LA CAbeza sombrero grande de plumas y guantes incas.

«JILACATAS», BAILES DE TIPO QUECHUA CON música de quenas y tambores, particularidad de Potosí.

Las de las selvas tienen la solemnidad y el misterio del ambiente donde nacieron y se practican. Dan la sensación de marchas cautelosas a través de pantanos y tierras erizadas de peligros; semejan preludios de combates y sugieren escenas de vida elemental. Las formas son simples y los movimientos precisos, como los de los felinos. En muchas de las danzas del altiplano es notoria la influencia de las del trópico. Y en las tres zonas del país —tierras frías, templadas y ardientes— hay danzas de los tres tipos generales comúnmente conocidos: las que conceden papel principal a las piernas, las que son animadas preferentemente por las manos —sin que se pueda hablar, desde luego, de danzas manuales o estilizadas, como las asiáticas— y las que requieren del movimiento dinámico del cuerpo. Las tres formas combinadas, con predominio de una de ellas, determinan el sentido y el estilo de las danzas.

La Colonia influyó grandemente en la índole de ellas e introdujo nuevos elementos y les dió un nuevo valor plástico. Si antes predominaron las llamadas *huanca*, *garahuanca*, *naillicuni* o *jailli*, *lamish*, *gija*, *aticu* y *taquirari*, es decir bélicas, ceremoniales y festivas, las nuevas expresiones coreográficas, nacidas de la fusión iberoindígena, se llamaron *bailecito de la tierra*, *mecapaqueña*, *carnavalito* y *cueca*, esta última de evidente origen negro, según testimonios de Carlos Vega, y todas de intención festiva. El pañuelo sustituyó a la honda y al manojo de plumas; y la carraca, en algunas danzas ceremoniales, como la de los *morenos*, a las castañuelas que los gitanos llevaron de Bizancio remota a España. Penetrados por la influencia del *bolero*, de la *jota* y de la danza *alegrías* de la Península, adquirieron las danzas nativas cierta gravedad y equilibrio, pero en muchos casos, mayor donaire, como en la cueca o zamacueca.

Algunas de las danzas constituyeron la simbiosis, el arco de conciliación bajo el cual fueron honrados por igual dioses de la nueva fe y las divinidades de la teogonía indígena. Así el atuendo y el sentido —quizá más lo primero que lo segundo— de los misterios, los autos sacramentales y las representaciones de los orígenes del teatro español, traídos al escenario americano, tornaron las danzas guerreras, como la *gija* y la *garahuanca*, en mitad piadosas y mitad gentílicas, dándoles un carácter de drama mágico-religioso, y a la vez episódico: de ese tipo son las danzas de los Incas y de los Diablos.

La antigua danza bárbara de la costa peruana, conocida con el nombre de *llamallama* o *llallagua* —diferente por su puesto de la pacífica danza totémica o animal que se denomina *lamish*— con la influencia de los bailes populares de Cataluña y posiblemente de Vasconia, introducidos en América por los soldados peninsulares. En ambas, métidos los actores no ya en caparazones que figuran tarascas o *llalaguas*, sino toros y caballos, acometen a los espectadores, produciendo gran algazara. La cohorte de *titis*, o pumas, *kusillos* o monos, *jucamaris* u osos y *mallcus* o cóndores totémicos, propia de la *llamallama*, formó nuevos grupos o sus elementos se incorporaron, como individuos exóticos, en otros en que tienen sólo un papel secundario.

Hoy, cuando el indio o el mestizo se disfraza para las fiestas patronales siente gran placer en hacerlo, porque de ese modo se sustrae momentáneamente a la realidad para él amarga en que devino de señor a vasallo; adquiere nueva personalidad o recobra la propia; se siente libérrimo, cerca de sus dioses y sus manes; dueño de sí, y se muestra copioso, jocundo, inundante y danza, danza con frenesí, transido de voluptuosidad telúrica y ebrio de plenitud cósmica en la meseta andina.

Por ENRIQUE SÁNCHEZ NARVAEZ

CHRIHUANOS QUE TOCAN ZAMPOÑA MEIodiosa compuesta de muchas cañas. Llevan cuero de tigre, un género blanco plisao, ceñido a la cintura y el típico sombrero de lana.

BAILE DE «LOS INCAS», LOS MÚSICOS LLEVAN CADA uno una caja (bombo) y una zampoña. Llevan en la cabeza una diadema con plumas (llautu) y buen número de monedas antiguas.

«CALLAHUAYYAS» SOPLAN QUENA, SOMBRERO de lana con cintas y flores y una bolsa tejida de tipo incaico con monedas sobrepuestas, muy espectacular.

DIARIO ILUSTRADO DE INFORMACION GENERAL

ABC

DIARIO ILUSTRADO DE INFORMACION GENERAL

FUNDADO EN 1905 POR D. TORCUATO LUCA DE TENA

BIOGRAFÍA DE UN MILAGRO

Si un ejército de marcianos aterrizase mañana en cualquier punto de este planeta, casi los últimos en enterarse de ello serían los 250.000 lectores de una vieja y prestigiosa paradoja periodística, llamada *ABC*. Para los españoles a quienes este diario lleva cada mañana, a la hora del desayuno, las noticias de este inquietante tiempo, la noticia del día no sería el comienzo de la Guerra Interplanetaria número 1. En realidad, muchos de ellos no se enterarían de que este improbable conflicto había estallado hasta haber reposado su espíritu con un par de pulidos artículos o dos páginas de fotografías de dudosa actualidad.

Quizá este parachoques gráfico-literario fuese una eficaz protección para el sistema nervioso de los lectores de *ABC*, pero muchos periodistas convencionales siguen todavía estremeciéndose a la sola idea de que semejante crimen pueda ser cometido. Sin embargo, cometiendo exactamente esta clase de crimen, los redactores de *ABC* que, entre otras noticias, han relegado a la quinta página el comienzo y el fin de dos guerras mundiales, han hecho de su diario el periódico más sólido, más prestigioso y más leído de toda España. Y no sólo eso: se enorgullecen de que *ABC* sea una paradoja viviente y están dispuestos a jurar que su éxito se debe a su absoluto desprecio por todas las leyes y reglas que la Prensa de todo el mundo considera como el Decálogo inmutable de la profesión.

Si están acertados o no, es una cuestión muy compleja y algunos de sus aspectos serán discutidos más adelante, pero el hecho es que todas las circunstancias conspiran para dar el triunfo de *ABC* la

Arriba, en silueta, el primer Marqués de Luca de Tena, don Torcuato Luca de Tena, fundador del diario «ABC». A la derecha, edificio del gran diario, en el paseo de la Castellana.

Una de las salas de máquinas de «Prensa Española», entidad propietaria de «ABC».

apariencia de una paradoja. Aun no he olvidado el gesto de un periodista extranjero que, al ver un ejemplar de este extraordinario diario, tuvo que frotarse los ojos antes de exclamar: «¡Imposible! ¡Un periódico así *no puede* existir!»

Bien, todos los periodistas españoles hicieron la misma exclamación el 1 de junio de 1905, cuando el primer número de *ABC* apareció en los quioscos... y muchos no han dejado aún de frotarse los ojos. Lúgubres profetas, henchidos de ortodoxia profesional, auguraron al hereje una muerte tan rápida como ejemplar. ¿Qué porvenir tenía en España un periódico que cometía la locura de declararse independiente? ¿Qué partido político, en la oposición o en el poder, iba a subvencionarlo? ¿Qué hombre sensato, monárquico o republicano, liberal o conservador, iba a comprar un periódico que no defendiese contra viento y marea los puntos de vista de su partido; que no ridiculizase e insultase a los hombres del partido contrario? Un periódico independiente sería inevitablemente considerado como de la oposición por el Gobierno y como gubernamental por la oposición. Sería el blanco de todas las pedradas... durante los pocos meses que subsistiera.

Aunque esta última parte de la profecía ha resultado demasiado cierta, *ABC* ha soportado estoicamente la lapidación hasta alcanzar los 45 años de vida que, para la Prensa española y para la madrileña en especial, constituyen una venerable ancianidad. Contra todas las predicciones, su política editorial, expuesta someramente en el primer número y firmemente seguida en todos los posteriores, agradó al suficiente número de monárquicos y republicanos, conservadores y liberales para realizar el increíble milagro de que un periódico viviese tan sólo de la gente que lo compraba. Hoy, nadie se atrevería a negar que el triunfo de *ABC* supuso, en la primera década de este agitado siglo, el triunfo del buen sentido, un rasgo que los engolados «realistas» de la época habían pasado por alto en todas sus definiciones del «carácter nacional».

Tanto se ha escrito y se ha hablado sobre *ABC*, que hoy es difícil para la mayoría de los españoles ser imparciales al juzgar a este periódico. *ABC* ha sido acusado sucesivamente de revolucionario y de reaccionario e, incluso, en un intento de eclecticismo, ha sido calificado de «revolucionario de la reacción»... lo que, al menos en un sentido, es. En efecto, aunque por la fecha de su fundación, *ABC* tiene que ser considerado como un periódico moderno, su revolución consistió en ser técnicamente reaccionario; en retroceder al formato y a la confección de los periódicos de medio siglo atrás y en despreciar implacablemente hasta el más leve indicio de sensacionalismo, algo que, para los ortodoxos del periodismo, equivale a despreciar al lector.

Aunque es posible que, como muchos sospechan, la marcha de los tiempos haya dejado atrás al periódico en otros aspectos, éste era el único en que el *ABC* de 1905 podría ser considerado reaccionario. En realidad, la mayoría de los españoles de la generación actual se sorprenderían al saber que muchos pacíficos burgueses de hace 45 años consideraban a *ABC* como un periódico de «izquierdas» o, por lo menos, peligrosamente «avanzado». Durante muchos años, cuando la nación se inclinaba hacia los conservadores y un Gobierno conservador tras otro se sucedían en el poder, el periódico fué consistentemente liberal en sus puntos de vista.

Una gran cantidad de gente, especialmente periodistas, cree que *ABC* debe su subsistencia a un continuado milagro, pero lo más probable es que el único milagro de la historia de *ABC* sea relacionado con su nacimiento. En efecto, sólo como un milagro puede considerarse el que un joven sevillano, caído con un millón de pesetas contante y sonante en el Madrid de 1889, pudiese mezclarse durante dos años con la bohemia de la época... y conservar el millón. Probablemente, el único que pudo preciarse de esta hazaña fué don Torcuato Luca de Tena y nada había más lejos de su imaginación cuando la diligencia le dejó en la villa del oso y el madroño, que fundar un periódico diario. El joven Luca de Tena no era un periodista sino un hombre de negocios, y sus negocios eran de jabón y aceite de oliva, productos de los que su familia tenía una fábrica en Sevilla.

En realidad, un tímido intento de la familia por entrar en el negocio editorial había tenido un fin catastrófico. El primer Torcuato Luca de Tena, padre del fundador de *ABC*, había invertido los ahorros de toda su vida en una edición de lujo del *Quijote* que esperaba vender en las recién emancipadas repúblicas de Hispanoamérica. Quizá la prosa de Cervantes fuese demasiado pesada para el barco que la transportaba; por esta u otra razón, el navío se hundió y si alguien ha leído a estas horas la edición Luca de Tena del *Quijote* han debido ser los peces del Atlántico.

La familia estaba arruinada. Los jóvenes Luca de Tena acudieron al rescate, reuniendo las migajas del patrimonio familiar, e instalaron una modesta fábrica de jabón en la que ellos mismos trabajaban como obreros. La fábrica prosperó (hoy se ha convertido en la razón social «Hijos de Luca de Tena») y en siete años la fortuna familiar estaba reconstruída. Entonces, el padre murió.

Torcuato Luca de Tena tenía 25 años cuando esto ocurrió. No respiraba a gusto en el ambiente provinciano de Sevilla y, dispuesto a emigrar, exigió la participación de la herencia. Con el millón de pesetas que le [illegible]ó, en números redondos, emprendió el largo y penoso viaje en

diligencia hacia la Corte; su propósito era fundar una revista comercial dedicada a hacer la propaganda de los negocios de su familia.

Entre los bohemios crónicamente arruinados del Madrid de la Restauración, aquel joven provinciano con un millón de pesetas, debió caer como un bólido. Que él y su millón de pesetas salieran incólumes de la prueba es probablemente lo único que hay de milagroso en la historia de *ABC*. Pero si dos años de vida en Madrid no cambiaron el estado de fortuna de Torcuato Luca de Tena, sí cambiaron, al menos, sus ideas. El contacto con escritores y artistas había hecho impacto en él; renunció a la publicidad comercial y decidió invertir su dinero en fundar un semanario con la entonces revolucionaria innovación de un taller de grabado. Aquel semanario había de llamarse *Blanco y Negro* y su desaparición en 1936 había de dejar un gran hueco en los hogares españoles. El 10 de mayo de 1891 apareció el semanario con una redacción en la que destacaba el nombre de don José Zorrilla, un prometedor autor teatral, que había estrenado una obra titulada *Don Juan Tenorio*. Otro nombre, entonces desconocido, pero que había de encontrar en *Blanco y Negro* el trampolín hacia la fama, figuraba en el cuadro de los colaboradores artísticos: el de Moreno Carbonero.

Aquella misma tarde, don Torcuato Luca de Tena y su esposa tomaron un coche de alquiler y se dedicaron a recorrer Madrid para ver la acogida que había tenido su revista. Después de contar unos mil ejemplares en manos de los transeúntes y de adeudarle al cochero una respetable suma, juzgaron más prudente regresar a su casa y esperar las liquidaciones de los vendedores. Si hubiesen continuado el paseo, les habría salido caro, pero habrían podido ver que, prácticamente, toda la tirada de *Blanco y Negro* estaba vendida. El nuevo semanario había sido un éxito.

Las finanzas periodísticas son a veces extrañas. Al cabo de cuatro números, exactamente en un mes, *Blanco y Negro* era el semanario de más circulación de toda España, pero había logrado lo que dos años de vida bohemia habían sido incapaces de conseguir: había devorado el millón de pesetas del joven Luca de Tena, quien aprendía así, a su costa, que también en el periodismo las victorias pueden ser caras.

Incluso en sus últimos años, don Torcuato Luca de Tena sentía cierto rubor al confesar que lo que salvó la situación fué la fortuna de su esposa. Cuando también ésta estaba alcanzando su límite, *Blanco y Negro* comenzó a ser un buen negocio, probablemente, el más sano negocio de la Prensa española de todos los tiempos. El flamante periodista no había de volver a verse en apuros monetarios.

Cómodamente reclinado en el sillón de su prosperidad, don Torcuato comenzó a reflexionar sobre la situación del periodismo español. Tardó doce años en llegar a una conclusión, pero cuando la tuvo, más parecía que hubiese encontrado un barril de dinamita.

Contrariamente a lo que ocurría en el resto del mundo, en Madrid no

Cuatro fechas en la portada de «ABC». 14 de abril de 1931, la República 14 de julio de 1936, Calvo Sotelo ha sido asesinado. 29 de marzo de 1939, «ABC», ya liberadó, saluda al Caudillo. 5 de setiembre de 1939, la guerra ha estallado.

Tres jalones del progreso técnico de «ABC». El primer número, 1905, con la publicidad en la portada y la parte gráfica en el interior. 1908, primera portada ilustrada, en fotograbado. 1915, «ABC» imprime su portada en huecograbado, por el sistema actual.

había en aquella época ningún periódico que pudiera llamarse independiente; todos pertenecían a los partidos políticos o estaban inspirados por ellos. La Prensa era el mejor trampolín hacia la política y no era muy difícil encaramarse en él. Todo lo que hacía falta eran unos miles de reales y un reportero emprendedor. Los miles de reales se invertían en comprar papel y en pagar, con notables atrasos, las facturas de la imprenta; al reportero se le enviaba a descubrir o a imaginar algún escándalo maloliente de la política española. Es una triste reflexión sobre la España de la época el que los reporteros no tuvieran que abusar de su imaginación.

La España ultramarina acababa de liquidarse entre el humo de los cigarros senatoriales y los «olés» de las plazas de toros. Marruecos era una sangría que todo el mundo se ocupaba en tapar pero nadie en cortar. Nadie se preocupaba de nada y menos que nadie los partidos políticos que se turnaban con regularidad monótona en todos los puestos de la Administración, desde las carteras ministeriales hasta los puestos de barrenderos municipales. No hacía falta denunciar escándalos durante muchas semanas para que el director del periódico se viese conminado a aparecer en un lujoso despacho oficial y saliese de él sólidamente encajado en el mecanismo presupuestario.

En esta situación, don Torcuato Luca de Tena dió en la absurda idea de hacer un periódico cuya única fuente de ingresos fuesen los lectores. Sus compañeros de Prensa le consideraron como un loco de atar. Lo que estaba haciendo era encender la mecha de un barril de dinamita y poner encima toda su fortuna y su porvenir profesional. ¿Qué locura era aquella de fundar un periódico responsable e independiente? Todo el mundo sabía que el sectarismo era algo profundamente arraigado en el «carácter nacional». Todos los españoles eran impulsivos, extremistas y sectarios. Y he aquí que este hombre se apostaba su dinero a que no lo eran.

Como de costumbre, este hombre tenía razón. *ABC* que, a título experimental, inició su publicación como semanario, agotó rápidamente todas sus ediciones. Al cabo de año y medio, Luca de Tena consideró que su teoría estaba suficientemente demostrada y lo transformó en el primer diario independiente de la capital de España. Había pasado su segundo Rubicón y el barril de dinamita había resultado ser el cofre del tesoro.

En el primer número de *ABC*, por muchos conceptos memorable, los lectores pudieron encontrar bastantes cosas que casi medio siglo de vida no ha cambiado. Una de ellas era la «Declaración de Independencia» del periódico, no menos venerable para los actuales redactores que el discurso de Gettysburg para los norteamericanos de hoy. Otra la firma de un joven corresponsal en París llamado «Azorín»; un seudónimo

que los lectores de *ABC* han tenido pocas oportunidades de olvidar en los últimos 45 años. Todavía otra: el anuncio de un servicio de colaboraciones que la Dirección esperaba fuese «del agrado del público». Aunque la cuestión de si ha sido o no del agrado del público podría ser interminablemente debatida, lo cierto es que prácticamente todos los españoles de algún relieve intelectual han sido en una u otra ocasión huéspedes de la famosa página de colaboraciones de *ABC*. Esta página—la primera del diario—ha adquirido tal prestigio que ha llegado a ser calificada como «la puerta de la Real Academia», aunque en vista de las circunstancias quizá resultase más exacto decir que la Academia es la puerta de la página de colaboraciones de *ABC*.

Desde aquel 1 de junio de 1905 hasta hoy, *ABC* ha podido ser definido en todo momento como «un periódico con una cruzada». El espíritu inspirador de esta cruzada ha sido, en lo político, «el abecé del patriotismo», que el fundador del diario estableció como principio de su política editorial.

En lo profesional, la independencia ha sido la bandera favorita del periódico. En tiempos de crisis, esta bandera ha sido agitada frenéticamente por *ABC*, que ha llegado en su defensa a extremos algo espectaculares. He aquí algunos datos sobresalientes de la hoja de servicios del periódico en este aspecto:

En 1909, *ABC* (considerado a la sazón casi como un órgano liberal) defendió al Gobierno conservador de don Antonio Maura en el famoso «caso Ferrer». Luca de Tena llegó incluso a imprimir a su costa ediciones en francés e inglés, para contrarrestar la propaganda hecha en el extranjero en favor de los anarquistas catalanes.

En 1913, volvió a defender al Gobierno cuando los propios conservadores hicieron traición a Maura.

En 1914 el periódico se opuso a todos los intentos de arrastrar a España a la guerra mundial.

De 1914 a 1918, informó con absoluta imparcialidad a sus lectores del desarrollo de la guerra. Esto le valió ser simultáneamente acusado de germanófilo por los aliados y de aliadófilo por los alemanes. Con esta época está relacionada una de las anécdotas de don Torcuato Luca de Tena que se han hecho más famosas. Con motivo de la publicación de una crónica del corresponsal del periódico en Berlín, el embajador de Inglaterra se quejó a don Torcuato de la supuesta parcialidad de *ABC* y recibió esta respuesta: «Sólo lamento que Madrid no sea puerto de mar». ¿Para qué?, inquirió el diplomático extrañado. «Porque delante de toda la flota británica volvería a publicar esa crónica».

En el año de 1917 se inició una época crítica para la independencia de *ABC*. En este año, el periódico combatió enérgicamente los proyectos de las Juntas Militares de Defensa, el primer eslabón en la serie de acontecimientos que habían de llevar a España a la Dictadura. Al combatir a ésta, *ABC* no ahorró tampoco la pólvora de sus arsenales y un tímido ensayo de nueva censura de Prensa establecido por el general Primo de Rivera hizo saborear al periódico la hiel de las primeras limitaciones a la libertad de crítica. Pero estas hieles habían de resultar dulces en comparación con el ejercicio de la libertad de Prensa, consagrada en 1931 por la Constitución de la República, durante la cual:

ABC sufrió su primera suspensión en 16 años de vida (por 25 días), seguida de tres más, una de ellas por tres meses, bajo una falsa acusación de haber favorecido el levantamiento del general Sanjurjo.

Bajo esta misma acusación, el segundo Director de *ABC*, Juan Ignacio Luca de Tena, fué detenido por dos meses, después de haber sido procesado y absuelto.

Sin embargo, la época verdaderamente negra de la historia de *ABC* fueron los tres años de la guerra civil española, en el curso de los cuales fueron asesinados la mayor parte de los redactores del periódico y no pocos lectores. De 1936 a 1939 *ABC* fué editado por los «rojos» con el mismo título y aprovechando unos magníficos talleres de grabado en color que los legítimos propietarios no habían tenido aun tiempo de estrenar. Si no lo hubieran sabido, la República y la guerra civil habrían enseñado a los Luca de Tena una provechosa lección: que el que empieza como cruzado tiene muchas probabilidades de acabar como mártir.

¿Cuál es el secreto del éxito de *ABC*? Si hace uno esta pregunta a diez españoles, ocho contestarán con toda probabilidad: «su formato», y dos: «su independencia». Desde luego, a la gente parece gustarle el formato reducido y manejable de *ABC* y, aunque la mayoría de ella pase por alto la primera página interior, dedicada casi inevitablemente a artículos literarios, sabe que las mejores plumas de España están allí. Los modernos talleres de rotograbado son sin duda otro atractivo para los lectores como lo es el equipo de corresponsales en el extranjero del periódico. Pero probablemente la cuestión es más complicada. En primer lugar, contra lo que muchos creen, el éxito de *ABC* no es seguramente una paradoja. Los españoles, dentro de cada uno de los cuales alienta un cruzado, admiran—aunque muchos no respeten—a este cruzado por antonomasia, y el supuesto elemento paradójico de la cuestión, no pasa de ser un lugar común, debido a una apreciación superficial de las circunstancias.

En realidad, toda la historia de *ABC* ha sido una solitaria y quizá inconsciente cruzada por derribar este mito del «carácter nacional». Día tras día, a lo largo de 45 años, el periódico ha venido reflejando ante los españoles la prosaica realidad de su vida como nación. Mientras otras publicaciones han tratado de cimentar su atractivo en estados de ánimo tan pasajeros como el entusiasmo y el apasionamiento, *ABC* ha construído su castillo sobre bases menos movedizas: la seriedad y el sentido de la realidad. Todo el mundo parece ya de acuerdo en que estas dos cualidades están generosamente representadas en el tan traído y llevado «carácter nacional».

La España de *ABC* puede ser prosaica y poco excitante en comparación con las Españas que a través de otros periódicos puedan vislumbrarse, pero lo es a la manera en que una fotografía de la rendición de Breda sería prosaica en relación con el cuadro de «Las Lanzas». Hay poco sitio para la imaginación en las columnas de *ABC* y esto es quizá lo que constituye al mismo tiempo la grandeza y la servidumbre del periódico. En todo caso su notable preocupación por evitar el sectarismo se encuentra indudablemente en la raíz de su éxito ante el público.

* * *

Como todas las grandes obras y contra lo que profetizaban en su día muchos siniestros augures, *ABC* no ha tenido dificultad en sobrevivir a su creador. Pero sería injusto descargar sobre éste la responsabilidad exclusiva por la supervivencia del periódico. La gran crisis de *ABC*—los años de la República—fué denodadamente sorteada por su hijo, Juan Ignacio, que abandonó más tarde la Dirección del periódico para dedicarse a la diplomacia (ha sido durante varios años embajador de España en Chile) y a su ocupación favorita de escribir y estrenar comedias, de las que cuenta en su haber literario cerca de medio centenar. A él se debe la creación en 1929 de la edición sevillana de *ABC*.

Juan Ignacio Luca de Tena, actual Marqués de Luca de Tena, de la Real Academia Española, dirigió «ABC», desde la muerte de su padre (1929) hasta diciembre de 1939, en que fué nombrado Embajador de España en Chile.

Torcuato Luca de Tena, nieto del fundador e hijo de Juan Ignacio. Corresponsal de su periódico en Londres y Palestina, de 1933 a 1947, es actualmente Director-Gerente de la empresa propietaria de «ABC». Prensa «Española».

En la actualidad, la tercera generación de los Luca de Tena está siendo educada para sustituir a la segunda en la dirección de la empresa. Objeto de un entrenamiento especial está siendo el joven nieto del fundado que heredará en su día el título de Marqués aceptado por su abuelo en el lecho de muerte y el no menos honroso de Director de *ABC*. Con 28 años de edad, Torcuato Luca de Tena III se ha distinguido ya como corresponsal del periódico en Londres y en el Próximo Oriente y desempeña en la actualidad la gerencia de «Prensa Española», la empresa propietaria de *ABC*.

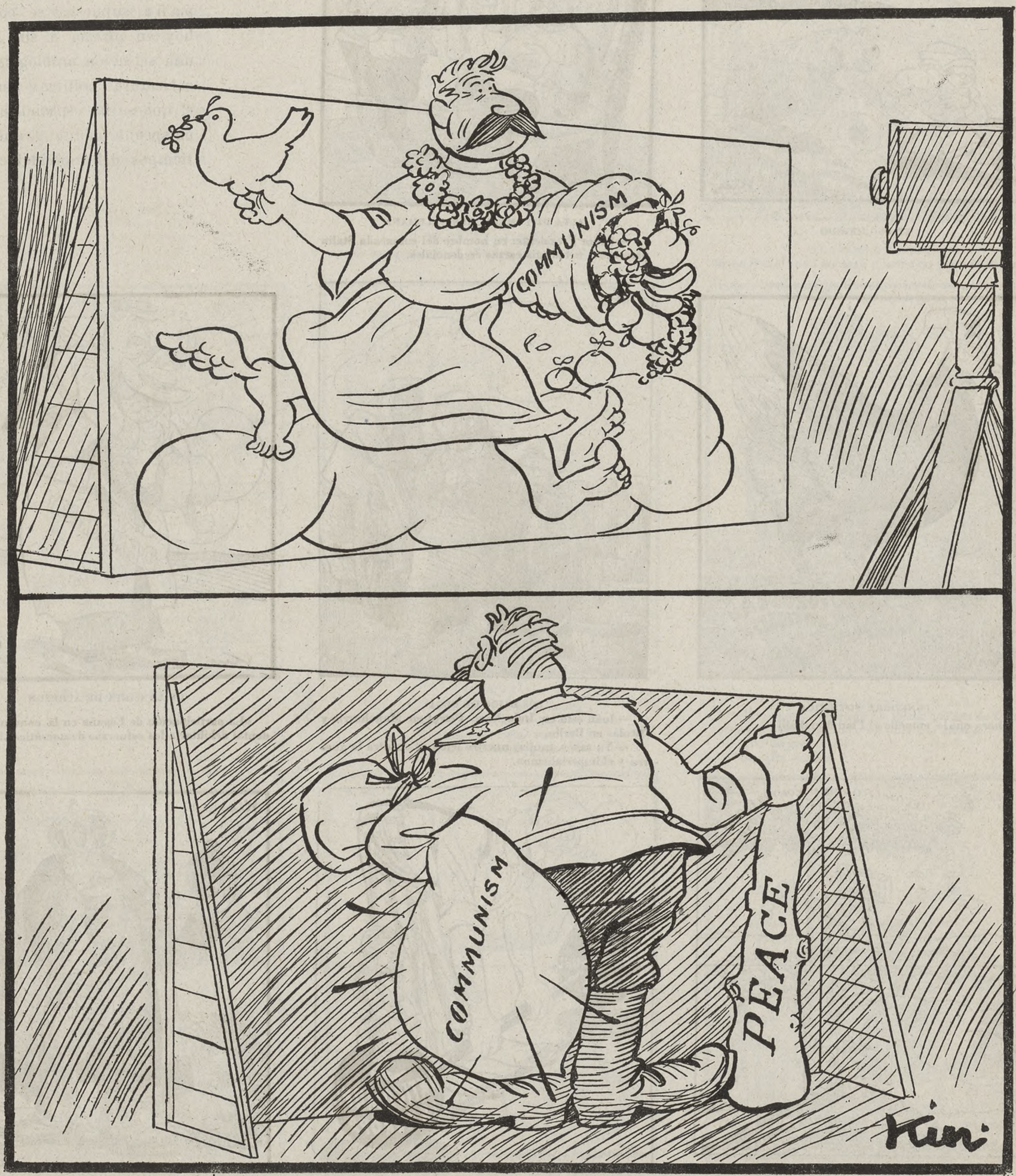
Quizá para vengarse en cierto modo de la Naturaleza, que impidió la llegada a América de los *Quijotes* de su abuelo, los Luca de Tena han iniciado desde el 1 de enero de 1950 una edición aérea semanal de *ABC*, dirigida principalmente a los españoles de los países hispanoamericanos. Cinco mil ejemplares de esta edición (que aspira a tener más tirada que la edición española) son enviados gratuitamente a las colonias españolas en el extranjero, a los hispanistas y ex embajadores en Madrid y al Cuerpo Diplomático español. Otras suscripciones han sido solicitados desde sitios tan inesperados como el Japón, Islandia, la Arabia saudita y el Pakistán.

Pero incluso esta novísima edición de *ABC* pertenece ya al pasado. ¿Qué hay del porvenir? La joven generación de la familia se siente en general optimista. *ABC* es ya una institución; las instituciones no envejecen y con ello queda eliminado el mayor peligro que existe para un periódico: el quedarse atrás en relación con los tiempos.

J U S T O P E R A L D E A C O S T A

17 CARICATURAS POLITICAS

por KIN



FOTOGRAFÍA DE BARRACA, POR KIN

Por delante, ...y por detrás.

MVNDO HISPÁNICO, que en un reciente número había reproducido algunos dibujos de Joaquín Alba, "Kin", como ilustración de unas supuestas crónicas sobre una España supuesta, se complace hoy en ofrecer a sus lectores una selección antológica de 17 caricaturas políticas, género en el que se ha especializado este chispeante gaditano, que, ya en tiempos del inolvidable sema-

EL OSO HERIDO

ALTA DIPLOMACIA RUSO-ALEMANA

—Señor Presidente: en nombre del camarada Stalin presento a usted mis cartas credenciales.

PONEDORA SOVIÉTICA

¡Y ahora que lo empolle el Plan Marshall!

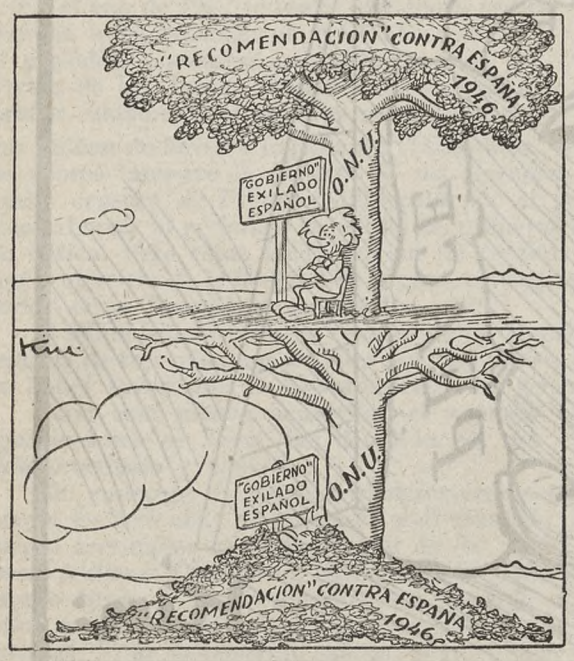
LOS HIJOS DE OLGA

—Joán está en Indochina, Petrof en Manchurria y Nicolás en Berlín.

—Ya sabes, mujer: nuestro lema es «contra la guerra y el imperialismo».

DE LA CARTA DE ACHESON

«La participación de España en la comunidad occidental debilitaría los esfuerzos democráticos.»



EL QUE AL BUEN ARBOL SE ARRIMA...

Una tragedia de otoño.

¡Cómo consuela tener aliados a la hora del esfuerzo!

EL PASADO EN ACTIVO

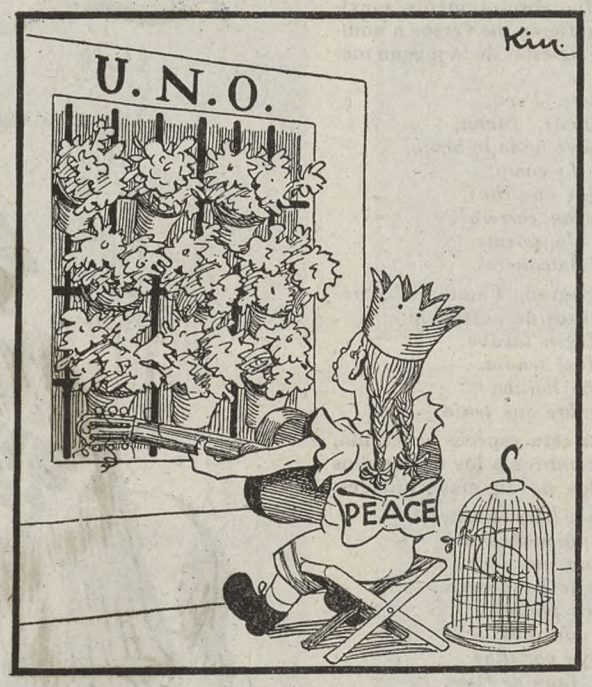
José I el Grande, por la «gracia» de los otros «grandes».

nario madrileño *Gracia y Justicia,* había adquirido un nombre popular como cultivador de un nuevo género de sátira llena de ingenio y gracejo peculiares, tanto en la agilidad de su lápiz para captar el matiz de la ironía plástica, como en el ingenio derrochado por "Kin" en los pies de sus dibujos. Creemos que estos diecisiete dibujos resumen el arte personalísimo de este gran caricaturista.

¡«A NOUS LA LIBERTÉ»!
—No me gusta usted. ¡No tiene libertades!

EL PERRO DE STALIN
Se le pisa el rabo en casa y ladra en cercado ajeno.

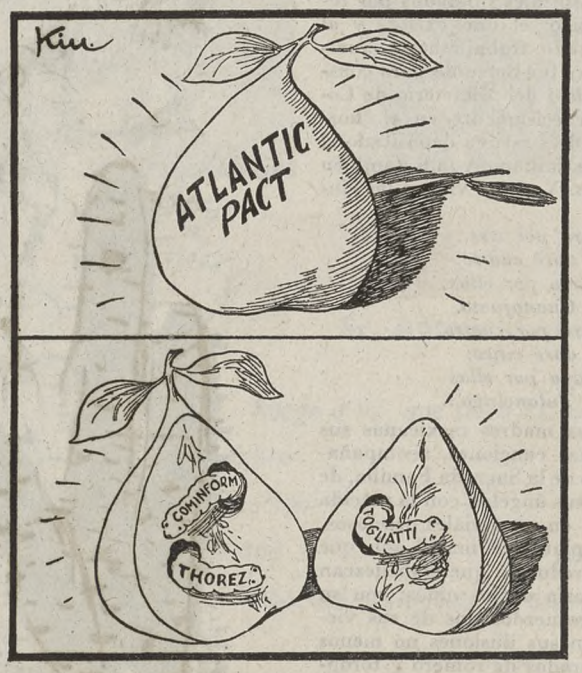
PLAN QUINQUENAL



SERENATA
«Pensando en la Democracia
están mis cálculos rotos.
Si votos, ¿para qué vetos?
Si vetos, ¿para qué votos?»

LO CLANDESTINO EN LA U. R. S. S.
—Creo que van a fusilar a la compañera de Ivanov porque le han encontrado un libro americano.
—¿De Kravchenko?
—No. ¡De cocina!

LA FRAGUA DE «VULCANO»



PERA POR FUERA
...Y PERA POR DENTRO.

DOLOR DE MADRE
—¡Qué envidia le tengo, señora! ¡Para cuando el mío ande a gatas ya estará el de usted en el servicio militar!

LOS ARRULLOS A LOS NIÑOS MEXICANOS

Son de un encanto especial las canciones populares de cuna con que las madres mexicanas arrullan a sus pequeños niños en las cunas: forman lo que llamaríamos una democracia de la poesía infantil, pues gente humilde y familias encumbradas, en la infancia, han escuchado y escuchan hoy mismo esas canciones delicadas que vienen tradicionalmente repitiéndose.

La primera vez que tuve en mis manos ese encantador libro de don Francisco Rodríguez Marín, que se conoce con el nombre de «Cantares Populares Españoles», debo decir que me produjo una extraordinaria impresión, cuando me dí cuenta de que muchos de los cantares que yo oí en mi casa, y que oía en las casas de mis amigos, un poco reformados por el ambiente, eran los mismos que registraba un erudito español en su abundante colección.

¿Cómo llegaron a México esos cantos o coplas de cuna? No hay ningún dato preciso al respecto, o por lo menos yo no lo conozco, pero las sombras anónimas que los trajeron, con sus emociones de maternidad o paternidad, llenaron de poesía, sin que ellos de seguro lo supieran, las cunas de la entonces Nueva España. Y acerquémonos a estos lindos recuerdos llenos de sencilla emoción.

Las madres cantan para que los niños concilien el sueño:

Duérmete, mi niño,
y duérmete ya,
si no viene el coco
y te comerá,

y así entramos a un mundo de fantasmas, muy propios de la inteligencia infantil, que se va a llenar de bellas imágenes:

A este niño lindo
que se va a dormir,
háganle su trono
en el toronjil,

dice una versión, pero otra, más mexicana, transforma el trono en «maca» o sea contracción de «hamaca», que se usa mucho para que los niños sean mecidos en el viento con suavidad. Y la madre sueña su sueño estético al tiempo que arrulla:

Toronjil de plata,
cuna de marfil,
tiéndanle su cama
que se va a dormir.

¡Plata y marfil, tan finos, cantados en medio de la pobreza de la mayor parte de los hogares que cantan esas coplas, pero no por su valor intrínseco, no como cosas de comercio, sino por su belleza, por su blancura y su brillo! Y junto a estas sencillas expresiones aparece el catálogo de los santos que protegen a los niños, que velan sobre sus cunas indefensas. Y les canta la madre:

La Virgen lavaba,
San José tendía
en los romerales
de Jesús María,

estrofa en la que se observa claramente un verso trasplantado de España, éste de los romerales, puesto al lado de uno de los templos antiguos de la metrópoli mexicana: el templo y calle de Jesús María. Y siguen los dos santos de la Sagrada Familia en sus artísticas ocupaciones:

San José y la Virgen
se van a embarcar
en chalupas de oro
y en agua de azahar.

Aquí el oro es cantado por un valor que encuentra el artista y el poeta: su hermosura y su brillo. Con ese oro la madre mexicana se imagina las «chalupas» en que se embarcan San José y la Virgen para un viaje maravilloso entre aguas aromadas. Y de paso les diré que las «chalupas» son únas pequeñas barcas, ligeritas, ágiles, que surcan las aguas dulces de los lagos y corrientes del altiplano, muy graciosas en comparación de otras más grandes—las canoas o las solemnes «trajineras»—(de trajín)—, que también navegan en las mismas aguas. Pequeñita, pués, y de oro, quizá cargada de flores de las «chinampas»—nuestros jardines flotantes—, así es la chalupa, la chalupita en que van San José y la Virgen en los sueños de los niños mexicanos.

Y sigue el desfile de los santos:

Arriba del cielo
está un «baldoquín»,
por donde se asoma
Señor San Joaquín.
Arriba del cielo
está una ventana,
por donde se asoma
Señora Santa Ana.

Este «baldoquín», arrastrado por la fuerza de la consonante, no es nada sorprendente: se trata de un baldaquino imaginario en que ya que no hay ningún San Joaquino; tuvo que terminar en «quin» para que pudiera asomarse Joa. Y luego su ligera remembranza de mitología azteca, que también es subida a los cielos, por lo que esos dioses pudieron haber tenido de buenos y benefactores:

Arriba del cielo
está un agujero,
por donde se asoma
don Panza de Cuero,

pero aun en esta discriminación—al pobre Panza de Cuero ya no le toca ni baldaquino ni ventana, sino un simple agujero—se hace presente la victoria de la catolicidad, en una forma absolutamente espontánea y popular. La cual se reitera cuando se revuelven las brujas y los ángeles debajo de la cama de los niños, dentro de una topografía absolutamente mexicana, ya que se refieren los versos a nombres de antiguas iglesias de la misma metrópoli:

Arrímate, Pepa,
y arrímate, Juana,
que «hay» anda la bruja
debajo la cama:
¡Son los angelitos,
que pegan carrera
desde Monserrate
hasta Balvanera!

Y vuelve la Sagrada Familia a aparecer en los momentos de necesidad:

La Virgen lavaba,
San José tendía.
El niño lloraba
de hambre que tenía,

y luego se canta esta especie la letanía, alusiva en sus nombres a los de templos coloniales o a los de algunas ciudades:

¿Por qué llora el niño?
Por una manzana
por una manzana,
que se le ha perdido.
Si llora por una,
yo le daré dos:
que vaya por ellas
a San Juan de Dios.
Si llora por dos,
yo le daré tres:
que vaya por ellas
hasta San Andrés.

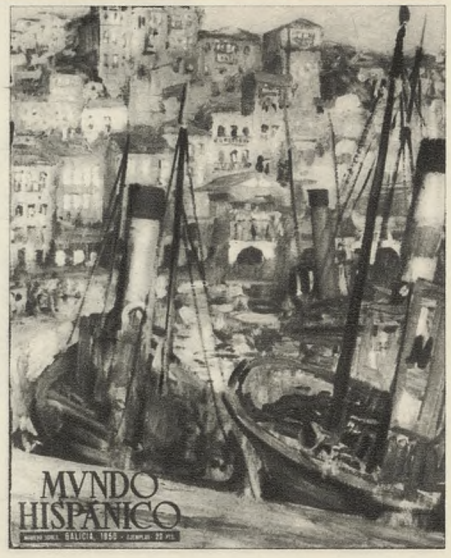
San Juan de Dios y San Andrés son dos antiguos hospitales fundados por religiosos en México: el uno existe, y al servicio del Estado trabaja hasta nuestros días, y el otro fué derruído para construir allí el edificio del Ministerio de Comunicaciones. Precisamente en el hospital de San Andrés estuvo depositado el cadáver de Maximiliano y allí también murió mi abuelo. Y ahora vienen las ciudades:

Si llora por tres,
yo le daré cuatro:
que vaya por ellas
hasta Guanajuato.
Si llora por cuatro,
yo le daré cinco:
que vaya por ellas
hasta Tulancingo...

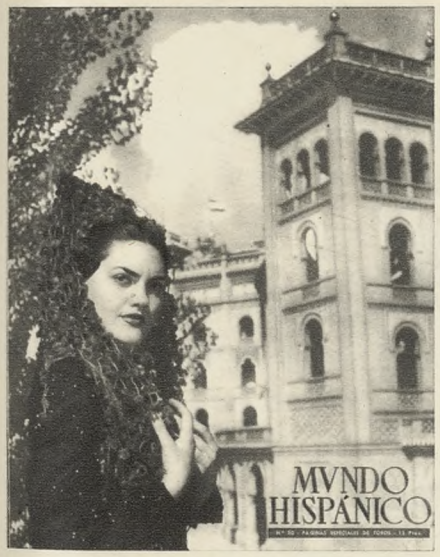
Así cantan las madres mexicanas sus dulces e ingenuas canciones, acompañadas del recuerdo de la Sagrada Familia, de sus santos y de sus ángeles; con la plácida mirada puesta en materiales preciosos, como el oro, la plata y el marfil, sólo que su ambición se reduce a que embellezcan la sencilla fantasía de los niños; con su bondad y sus recuerdos: los de sus viejos templos; con sus ilusiones no menos generosas: los prados de romero y toronjil y el agua suavemente perfumada...

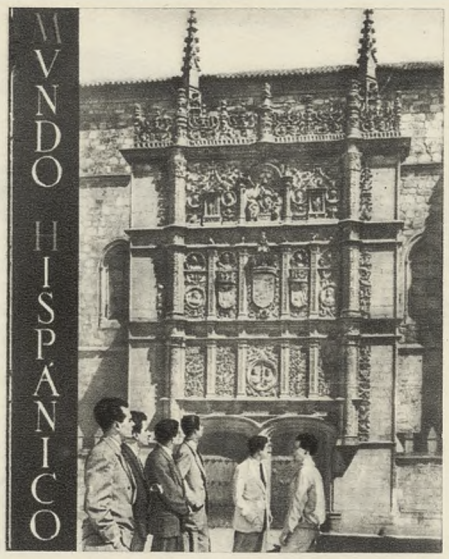
LUIS ISLAS GARCIA

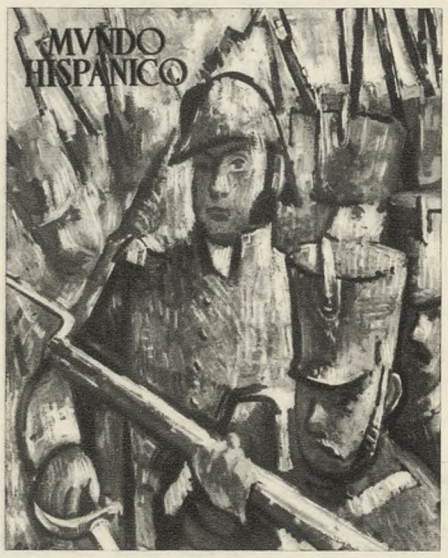
Si Vd. es español, si Vd. es hispanoamericano, si Vd. tiene parientes



o amigos a uno y otro lado del Atlántico, una suscripción a MVNDO







HISPANICO es algo que se debe Vd. a sí mismo y les debe a ellos.

MVNDO HISPANICO es un regalo por el que estará gratamente presente su recuerdo los doce meses del año.

MVNDO HISPANICO es un obsequio fácil de hacer. Basta con que nos indique nombre y dirección de las personas a las que Vd. quiere agradar en estas fiestas y nosotros nos encargamos del resto.

Su pago lo puede efectuar como le sea más cómodo: cheque, giro o contra reembolso. Envíe el siguiente boletín o copia del mismo:

Ejemplar: 15 ptas. Suscripción anual: 160 ptas. Semestral: 85 ptas.

Sr. Administrador de Ediciones MVNDO HISPANICO
Alcalá Galiano, 4.-Madrid

Ruego a Vd. que sirva las siguientes suscripciones anuales a MVNDO HISPANICO:

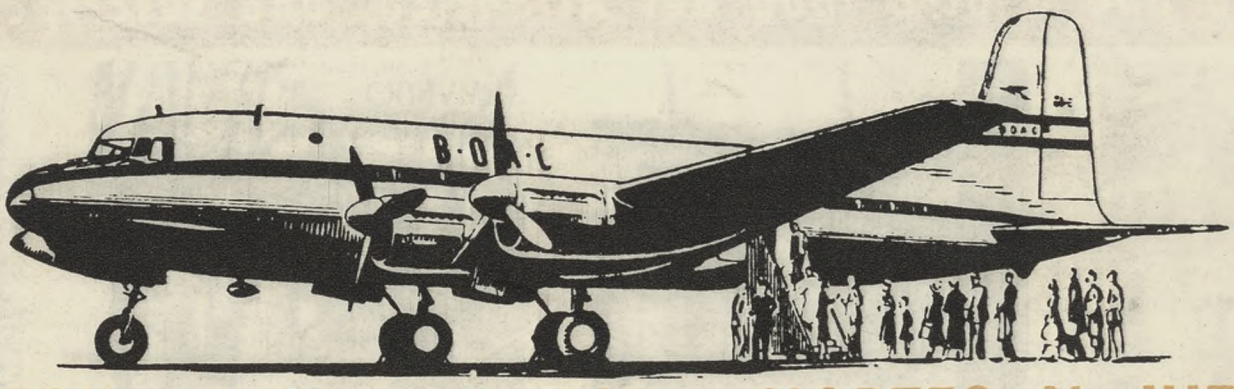
Nombre	*Nombre* .....
Dirección	*Dirección* .....
Ciudad ..... *Prov.* ..... *País*	*Ciudad* ..... *Prov.* ..... *País* .....

Abonaré el importe de estas suscripciones (..... *pesetas) mediante* ..... *(giro, cheque, etc.) o contra reembolso* (1).

Firma:

Número suelto: 15 ptas.
Suscripción anual: 160 ptas.
» semestral: 85 ptas.
(1) Táchese lo que no se desee.

Nombre y dirección del solicitante .....



ESTE AVION LE ESPERA CADA MARTES Y JUEVES

para llevarle a

Río de Janeiro *Montevideo* *Buenos Aires* *Santiago*

32 años de experiencias han formado nuestra norma de atender a su seguridad, dotándole de 4 motores MERLIN; al ahorro de su tiempo, con aviones modernos, y a su «comfort», con el acondicionamiento de aire para que pueda sobrepasar los temporales. Pero, ante todo, a la constante resolución de las preocupaciones de cada pasajero que ha de viajar por aire.

PRECIOS desde MADRID		
Río de Janeiro.....	Ptas.	10.015
Montevideo.....	»	11.780
Buenos Aires.....	»	11.950
Santiago de Chile.....	»	13.900

con los "Argonaut" Speedbird

B. O. A. C. ASEGURA SU BIENESTAR

VUELE POR B·O·A·C

Reserva de Billetes en las principales Agencias de Viajes (sin recargo) o en las oficinas de Líneas Aéreas Británicas, Madrid, Avenida José Antonio 68, teléfono 21 10 60; Barcelona, Av. J. Antonio, 613, tel. 21 64 79

LÍNEAS AÉREAS BRITÁNICAS